

# A REVISTA LOTERIA

## 1959



VOLUMEN V

Nº. 20

**OTERIA**

ÓRGANO DE LA LOTERÍA NACIONAL  
DE SOBEREENIA DE PANAMA

1000000

ENERO 1960

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL  
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA

*Gerente*

LIC. AGUSTIN FERRARI

*Sub-Gerente*

PABLO A. PINEL

*Jefe de Contabilidad*

GILBERTO MEDINA

*Tesorero*

SR. DON JOSE FELIX GOMEZ

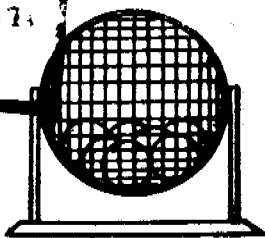
*Secretario*



LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

BIBLIOTECA: JUAN A. SUSTO

# LOTERIA



II EPOCA

PANAMA, R. DE P., ENERO DE 1960

No. 50

## SUMARIO

### NOTAS EDITORIALES:

Año Nuevo 3

En el Centenario del nacimiento de seis panameños ilustres. 4

### HOMENAJE:

Fotografías de seis panameños ilustres, en el Centenario de sus nacimientos:  
Dr. Manuel Meléndez Villarreal; Dr. Juan Antonio Henríquez; Don Justo  
Antonio Facio; Dr. Santos José Aguilera; General Manuel Quintero Villarreal  
y Don Aristides Arjona. 6

### HOMENAJE:

8 Panameños Ilustres, en el aniversario de sus nacimientos,  
por Juan Antonio Susto. 7

### NUESTROS COLABORADORES:

Son 96 fotografías de personas que colaboraron en la revista "Lotería", en el  
año de 1959. 10

### BIOGRAFIA:

En el segundo Centenario del nacimiento del Prácer Fray José Higinio Durán y  
Martel, por Concha Peña. 18

### EFEMERIDES:

Balance Histórico de 1959, por José Agustín Cajar Escala. 38

### CRITICA LITERARIA:

José Franco y la palabra como acción (Palabras para un homenaje),  
por César Augusto Young Núñez. 48

### CUENTO NACIONAL:

El Tesoro de la muerte, por Leonidas Escobar. 52

### DE LA GUERRA DE LOS MIL DIAS:

Como conoció a Victoriano Lorenzo, por Ezequiel Valdés A. 62

### ENSAYO:

Medioevalismo y modernidad en la conquista de Panamá,  
por Carlos Manuel Gasteazoro. 66

### DEL PRETERITO:

Sucesos y Cosas de antaño (141-160), por Ernesto J. Castillero R. 84

### SOCIOLOGIA:

Durkheim y la sociología, por Demetrio A. Porras. 88

### TESORO CULTURAL PANAMEÑO:

Disposiciones legales sobre lugares y monumentos históricos, monumentos, esta-  
tuas, busto, retratos y placas, por Juan Antonio Susto. 98

### POESIA:

Navidad Otomi, por Henri Leluzc. Versión en español y presentación,  
por Demetrio Fábrega. 105

VIAJES DE LIONEL WAFER AL ISTMO DEL DARIEN (Cuatro meses entre  
los indios).—Traducidos y anotados por Vicente Restrepo, Bogotá 1888  
(Continuara) 1

NUESTRA PORTADA: La Revista "Lotería" en 1959, arreglo fotográfico de  
Virgilio Cedeño

Descripción de las Portadas de la revista "Lotería" en 1959.

(Segunda página de la contraportada)

Números favorecidos por la suerte de Enero a Diciembre de 1959

(Tercera página de la contraportada)

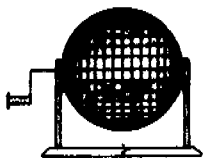
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia.

(Cuarta página de la contraportada)

Toda la correspondencia dirijase a la Revista "Lotería".—Apartado 21.

Panamá, República de Panamá.

# LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

*Director*  
DR. CARLOS E. MENDOZA  
*Editores*  
Domingo H. Turner  
Juan Antonio Sano  
*Administrador*  
José Félix Gómez

II EPOCA

PANAMA, R. DE P., ENERO DE 1960

No. 50

## *Notas Editoriales:*

# AÑO NUEVO

AL CUMPLIRSE EN ESTE AÑO SESENTA el 57<sup>o</sup> Aniversario de la República, sólo es dable pedir que durante él se halle latente en el corazón de todos los panameños el sentimiento de Patria y en el cerebro la idea de robustecer las instituciones democráticas para beneficio del género humano.

En lo moral: que se fijen de manera precisa los lineamientos de nuestra personalidad nacional. Los mismos por los cuales suspiraba Eusebio A. Morales desde el año de 1904. En una palabra: que se forje la República moral a que todo buen panameño aspira.

En lo interior: que se construya el Gobierno representativo, mediante un sufragio inmaculado, para que dirijan y administren la Cosa Pública las mayorías nacionales, sin perjuicio de oír el consejo de las minorías. Sólo así podrá existir la paz en los espíritus, necesaria para construir la obra de progreso que el país necesita con urgencia.

En lo exterior: que no cejemos en la lucha por que el pendón nacional flamee, imponente, sobre todo el territorio nacional, sin limitaciones odiosas ni imposición prepotente.

En suma: que al Año de 1960 sea el año de la Recuperación nacional en todo sentido.

Es nuestro voto y nuestra ambición.

## **En el Centenario del Nacimiento de seis Panameños Ilustres**

A CONTINUACION publicamos notas volanderas sobre seis panameños ilustres que cumplen este año el centenario de sus nacimientos y que, como tales, dieron brillo a la Nación en sus diferentes actividades profesionales. Ellos son, en el orden de fechas: Manuel Meléndez Villarreal, abogado de una moral sin dobleces, y Fiscal del Juzgado Superior de la República, que emitía su juicio sin temor a presiones de ninguna índole; Juan Antonio Henríquez, el prócer que, conjuntamente con don Porfirio Meléndez, don Carlos Clement y don Orondaste Martínez, dió los últimos pasos para consolidación, en Colón, de nuestra independencia; Justo Antonio Facio, de quien nos ocuparemos de manera especial en la revista correspondiente a su mes: reformador, conjuntamente con el doctor Eusebio A. Morales, de la educación nacional; Santos J. Aguilera: un gran benefactor y precursor de salud pública en los planteles de asistencia de su tiempo; Manuel Quintero Villarreal, político y guerrero de la mejor estirpe, que se destacó entre los revolucionarios liberales de la guerra de los Mil Días, y su primo, don Arístides Arjona, que fue Secretario General y Jefe Civil y Militar del Departamento, y después, Ministro de Hacienda y Procurador General de la Nación:

\* \* \*

Don Manuel Meléndez Villarreal nació en San Miguel de Las Perlas, el 12 de Marzo de 1860. Graduado de Maestro en la Escuela Normal de Varones de Panamá. Fue Inspector de Instrucción Pública; Juez Municipal y de Circuito; Fiscal del Juzgado Superior; Gobernador de la Provincia del Darién. Tomó parte activa en el movimiento cesesionista de Colón, con su primo don Porfirio Meléndez, el 5 de Noviembre de 1903. Murió en La Palma, Darién, el 11 de Noviembre de 1941.

\* \* \*

El Dr. Juan Antonio Henríquez nació en la ciudad de Panamá, el 27 de Abril de 1860. Fue abogado, literato y periodista; Gobernador del Distrito de Panamá; Fiscal del

Juzgao Superior; Juez de Circuito; Registrador de la Propiedad; Director de la Oficina de Estadística; Prócer en 1903 y Constituyente en 1904. Escribió varios folletos. Murió en la ciudad de Panamá el 28 de Septiembre de 1915.

\* \* \*

Don Justo Antonio Facio nació en Santiago de Veraguas, el 17 de Agosto de 1860. Educador y literato. Recibió educación en Costa Rica: allí fue Secretario de Relaciones Exteriores, Gobernador de San José y Ministro e Inspector General de Educación. Fue el primer Rector del Instituto Nacional de Panamá (1909). Escribió en Costa Rica: "Mis Versos" (1894); "A Panamá" (poesía) en 1908 y "En la Brecha" (1913). Murió en San José de Costa Rica el 26 de Diciembre de 1931.

\* \* \*

El Dr. Santos José Aguilera nació en la población de La Pintada (Coclé) el 30 de Octubre de 1860. Doctor en medicina. Graduóse en Bogotá. Prestó sus humanitarios servicios en el Lazareto, Hospital de Santo Tomás, Asilo de Bolívar, Cárcel de Chiriquí y en los Cuerpos de Policía y de Bomberos. Se le llamó, y con justicia, el "Médico de los pobres". Murió en la ciudad de Panamá el 19 de Febrero de 1924.

\* \* \*

El General Manuel Quintero Villarreal nació en la población de Pesé (Los Santos) el 17 de Noviembre de 1860. En David, Chiriquí, fue Secretario del Consejo Municipal, Juez de Circuito y Alcalde. Desde 1900 tomó parte en varias campañas militares. Ocupó a David y fue Jefe Civil y Militar. En 1902, Secretario de Marina y Comandante General de Chiriquí. En la República, fue Secretario de Fomento. En 1921 fue el Héroe de Coto. Murió en la ciudad de Panamá el 22 de Febrero de 1954.

\* \* \*

Don Arístides Arjona nació en la población de Pesé (Los Santos) el 30 de Diciembre de 1860. Abogado. Fue Diputado (1885); Juez (1886); Secretario de Hacienda, Secretario de Gobierno y Gobernador del Departamento de Panamá. En la República: Convencional en 1904: Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y Secretario de Hacienda y Tesoro. Murió en la ciudad de Panamá el 7 de Agosto de 1935.

## *Homenaje:*

**Dr. Manuel Meléndez V.**



8, Marzo, 1860  
11, Novbre., 1941

**Dr. Juan A. Henríquez**



27, Abril, 1860  
28, Septbre., 1915

**Don Justo Facio**



17, Agosto, 1860  
26, Dicbre., 1931

# CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE 6 PANAMEÑOS ILUSTRES

**Dr. Santos J. Aguilera**



30, Octubre, 1860  
19, Febrero, 1924

**Gral. Manuel Quintero**



17, Novbre., 1860  
22, Febrero, 1954

**Dr. Aristides Arjona**



30, Dicbre., 1860  
7, Agosto, 1935



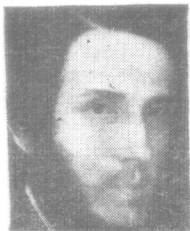
# 8

## Panameños Ilustres en el aniversario de sus nacimientos

por Juan Antonio Susto

**Pablo Arosemena de la Barrera.—José Pablo Martínez del Río.—Julio Poyló.—Sebastián Sucre Jiménez.—Julio José Fábrega Arosemena.—Alfonso Fábrega Arosemena.—José Encarnación Arjona.—Demetrio Korsi.**

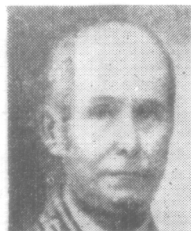
\* \* \*



1796.—Enero 26.—Nació en la ciudad de Panamá, Don **PABLO AROSEMENA DE LA BARRERA**. Hizo sus estudios en los Estados Unidos en un Colegio de Jesuitas. Fue político militante, como sus hermanos, los próceres don Mariano, don Blas y don Gaspar. Casó con doña Ramona de Alba y de esa unión vino al mundo en 1836, don Pablo Arosemena. Arosemena de la Barrera representó a Panamá en los Congresos de 1846, 1847, 1849 y 1850. Fue el primer Gobernador de la Provincia de Chiriquí, de 1849 a 1851. Murió en la ciudad de Panamá, el 28 de Noviembre de 1851.

\* \* \*

1809.—Enero 25.—Nació en la ciudad de Panamá, el Dr. **JOSE PABLO MARTINEZ DEL RIO**. Inició sus estudios en Inglaterra y luego en París donde siguió la carrera de medicina, obteniendo el grado en 1843. Se radicó en México, residencia de su padre, y allí se le reconoció su título en 1838. Vivió con su familia en Italia de 1859 a 1867. Impulsó la cirugía en México. Fue “una de las grandes personalidades médicas de América y una gloria de Panamá y de México”. Murió en la ciudad de México el 27 de Septiembre de 1882.



1864.—Enero 1º.—Nació en la ciudad de Panamá, don **JULIO POYLO**. Ingeniero. Trabajó en el Canal francés en 1883. Fue Director de Obras Públicas (1890-1892); Ingeniero de Obras Públicas (1907); Cónsul de Panamá en Barcelona (España) y en San Francisco (Estados Unidos); Ingeniero Jefe de Obras Públicas (1910). Presidente del Consejo Municipal de Panamá. Falleció en la ciudad de Panamá el 12 de Marzo de 1932.



\* \* \*



1864.—Enero 20.—Nació en la población de Aguadulce, don **SEBASTIAN SUCRE JIMENEZ**. Pedagogo. Egresado de la Escuela Normal de Institutores, el 17 de Febrero de 1882. Fue Director de varias escuelas en el interior del país; Jefe de la Guardia Urbana de Aguadulce en 1885; Inspector de Obras Públicas en Coclé, Los Santos y Veraguas; Prefecto de Coclé. Convencional en 1904; Gobernador de Coclé. Murió en Aguadulce el 11 de Julio de 1933.

\* \* \*

1870.—Enero 31.—Nació en Santiago de Veraguas, don **JULIO JOSE FABREGA AROSEMENA**. Abogado. Fue Gobernador de la Provincia de Chiriquí (1894); Juez de Circuito de Colón (1895); Sub-Secretario de Gobierno en el Departamento (1898); Representante en el Congreso de Colombia (1903); Ministro de Instrucción Pública y Justicia (1903); Miembro de la Comisión Codificadora (1916); Enviado Confidencial en Costa Rica (1925); Delegado a la Conferencia de Paz, en Buenos Aires (1936). Murió en la ciudad de Panamá el 21 de Mayo de 1950.

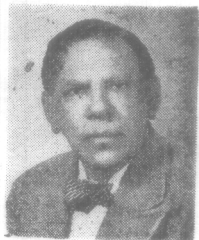




1878.—Enero -8.—Nació en Santiago de Veraguas, don ALFONSO FABREGA AROSEMENA. Recibió su educación en el "Colegio Balboa, de la ciudad de Panamá. Estudió en el Colegio Mayor del Rosario de Bogotá. Vuelto a Panamá fue Secretario del Prefecto. Desde 1905 fue Juez de Circuito de Panamá, luego Notario Público y finalmente Jefe del Registro Civil. Miembro de la Sociedad Pedagógica de Bruselas. Fue profesor de español en varias de la escuelas secundarias de la capital. En 1936, publicó la "Vida y la obra de Fray Maria Cornejo", su paisano. Murió en la ciudad de Panamá el 13 de Noviembre de 1949.



1887.—Enero 27.—Nació en la población de Pesé, el Dr. JOSE ENCARNACION ARJONA. Médico. En la ciudad de Panamá estudió en el "Colegio del Istmo", luego en Jamaica y finalmente en Estados Unidos. En 1913 se graduó de Médico y Cirujano. En 1914 vino a prestar sus servicios en el Hospital de Santo Tomás, donde fue Médico Jefe del Dispensario, Médico Jefe de Cirugía y Cirujano Consultor. Fue Director de Correos y Telégrafos de 1936 a 1940. Murió en la ciudad de Panamá el 4 de Enero de 1950.



1899.—Enero 13.—Nació en la ciudad de Panamá, don DEMETRIO KORSI. Periodista. Escritor. Poeta. Se graduó de Bachiller en Humanidades en el Instituto Nacional en 1916. Fue Cónsul de Panamá en San Francisco de California (1923); Cónsul en el Havre (1924); Cónsul de Burdeos (1931); Director de la Biblioteca Colón (hoy Biblioteca Nacional) 1934-1941; Director de la "Gaceta Oficial" en 1945. Publicó una abundante producción poética y periodística. Murió en la ciudad de Panamá el 30 de Octubre de 1957.

## *Nuestros Colaboradores:*

### COLABORADORES DE LA REVISTA "LOTERIA" EN 1959



**Dr. Mendoza  
Carlos E.  
Director**



**Lcdo. Turner  
Domingo H.  
Editor**



**Bach. Susto  
Juan Antonio  
Editor**



**Sr. Gómez  
José Félix  
Administrador**



**Sr. Aizpurúa  
Armando**



**Sr. Alaín Acuña  
Elías**



**Dr. Alfaro  
Ricardo J.**



**Sr. Alguero  
Manuel S.**



**Sr. Araúz  
Amado**



**Sra. Arias  
Eulogia de**



**Sr. Arias  
Tomás**



**Sr. Arjona  
Julio C.**



**Sr. Artel  
Jorge**



**Dra. Ayila  
Eneida**



**Sr. Batalla  
José Gmo.**



**Dr. Batista B.  
Isafas**



**Lcdo. Beleño C.  
Guillermo**



**Lcdo. Beleño C.  
Joaquín**



**Sr. Benedetti  
Abraham A.**



**Lcdo. Beytía  
M. Abel**



**Prof. Boza C.  
Cathy**



**Sr. Cajar E.  
José Agustín**



**Sr. Callejas B.  
Santander**



**Lcdo. Candanedo  
César A.**





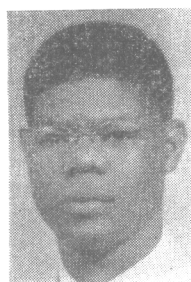
Prof. Carles  
Rubén Dario



Ldo. Castellero  
Alfredo



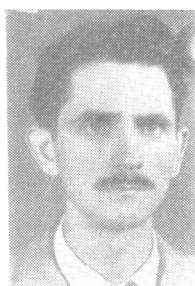
Prof. Castellero  
Ernesto



Sr. Castro  
Ariel H.



Prof. Cedeño  
Virgilio



Sr. Conte P.  
Jorge



Sr. Conte  
Simeón C.



Prof. Cordero  
Roque



Prof. Cruxent  
José María



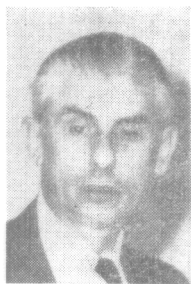
Dr. Domínguez  
C. Diego



Sra. Eisenmann  
Adelaide de



Sr. Fábrega  
Demetrio J.



**Ledo. Ferrari  
Agustín**



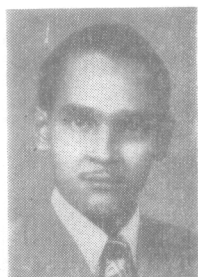
**Ledo. Fortune  
Armando**



**Sr. Franceschi  
Víctor Manuel**



**Sr. Franco  
José**



**Sr. García R.  
Luis Rubén**



**Dr. Gasteazoro  
Carlos Manuel**



**Sra. González  
Matilde R. de**



**Sr. Gordón  
Antonio**



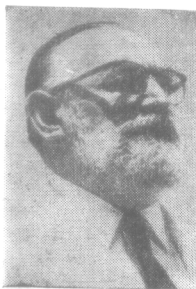
**Sr. de la Guardia  
Ernesto**



**Sr. Guerra  
Santiago**



**Prof. Herrera  
Barría, Adriano**



**Dr. Herrera  
Juan Miguel**



**Hermano  
Higinio**



**Dr. Isaza C.  
Baltazar**



**Sr. Justiniani  
Nicolás Luis**



**Sra. Kybal  
Elba G. de**



**Sra. Landi  
Margarita**



**Sra. Martín  
Rosa Q. de**



**Prof. Méndez  
P. Alejandro**



**Lcdo. Mendoza  
Carlos Alberto**



**Srta. Mendoza  
Esperanza M.**



**Lcdo. Miró C.  
Rodrigo**



**Lcdo. Moncada  
José Antonio**



**Dr. Mora  
José Antonio**



Dr. Moreno  
Anthony W.



Lcdo. Moreno  
Jr. Miguel José



Sr. Mc Kay  
Santiago



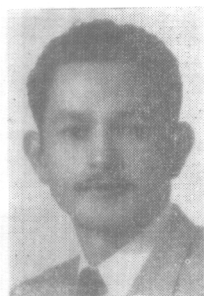
Sr. Nicolau  
Ernesto J.



Dr. Núñez  
Daniel E.



Dr. Núñez Q.  
José María



Sr. Núñez N.  
Ricaurte



Srta. Obaldía  
María Jilma de



Sra. Obaldía  
María O. de



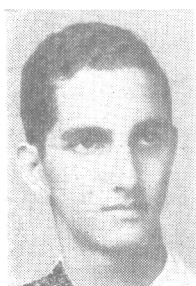
Prof. Ocaña V.  
Eligio



Sr. Oller N.  
José



Sr. Ortíz E.  
Juan Antonio



**Sr. Osorio Jr.  
Alberto**



**Dr. Ozores  
Renato**



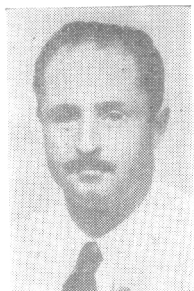
**Dra. Peña  
Concha**



**Srta. Peralta  
Berta Alicia**



**Prof. Pretelt  
Carlos Manuel**



**Dr. Reverte  
José Manuel**



**Lcdo. Reyes T.  
Benito**



**Dr. Ritter A.  
Eduardo**



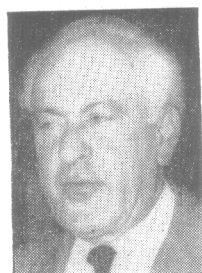
**Prof. Rodríguez  
Mario Augusto**



**Lcdo. Rosa  
Diógenes de la**



**Dr. Rubio  
Angel**



**Dr. Sáenz  
Vicente**





**Dr. Soler  
Ricaurte**



**Sr. Soto  
Mariano**



**Prof. Tejeira  
Gil Blas**



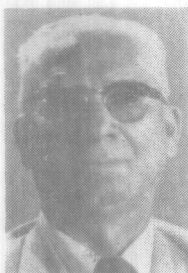
**Prof. Tejeira  
Moisés**



**Dra. Torres  
Reina**



**Dr. Turner  
David F.**



**Sr. Valdés A.  
Ezequiel**



**Sr. Vial  
Julio E.**



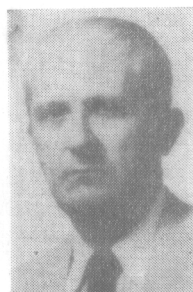
**Dr. Wassén  
Sven Henry**



**Dr. Westerman  
George W.**



**Lcdo. Young N.  
César A.**



**Prof. Zárate  
Manuel F.**

## **En el segundo centenario del nacimiento del Prócer Fray José Higinio Durán y Martel trigésimo nono Obispo de Panamá**

por CONCHA PEÑA

\* \* \*

En Panamá no puede pasar desapercibida una notable efemérides, la del 12 de Enero de 1760 fecha en que vino a la vida en Lima, Perú, el que había de llegar a ser Prócer de la Independencia del Istmo de España, en el glorioso 28 de Noviembre de 1821, Fray José Higinio Durán y Martel.

Fué fruto del matrimonio formado por Don Lázaro Durán Martel y Doña Rosa Alcocer, virtuosa familia descendiente de conquistadores hispanos.

Los primeros estudios, los realizó en su ciudad natal al cuidado de maestros españoles, sorprendiendo a sus progenitores por su aplicación y por la piedad inmensa que mostraba aquel niño de constitución débil, pálido y enfermizo, el que repartía entre las clases menesterosas las monedas y dadas que sus familiares destinaban a su esparcimiento y diversión.

A la edad regular ingresó en la célebre Universidad de San Marcos donde en muy pocos años logró la borla de Doctor en Teología, y Derecho Canónico.

Iba a ser nombrado catedrático auxiliar del mismo centro que le otorgara su diploma; pero Doña Rosa Alcocer de Durán, deseó que su hijo siguiera la carrera de sacerdote al igual que un hermano que radicaba en Madrid y que había llegado a ser capellán del palacio real.

Convencido José Higinio, que aquella carrera era la que Dios le señalaba ingresó en un convento de Mercenarios, Institución ponderable de vieja tradición cristiana que se había fundado en Barcelona, en el año 1218, bajo la tutela del Obispo Berenguer de Palau y cuya orden había realizado en América una grandísima labor catequizadora.



**Fray JOSE HIGINIO DURAN Y MARTEL**

Nació en Lima (Perú) el 12 de Enero de 1760.

Murió en Chepo (Panamá) el 22 de Octubre de 1823.

Siguió la carrera de sacerdote con ejemplar abnegación y luego de cantar su primera misa y confirmar sus votos de Mercenario, fué nombrado por sus superiores Lector en Teología en el Colegio de San Pedro Nolasco, donde explicó también humanidades.

Su facilidad de palabra y su don de persuasión, le sirvió para que le destinara a ser Capellán del Colegio del Príncipe de la Ciudad de los Reyes, donde se educaban los jóvenes más distinguidos de la colonia.

Fue por aquellos tiempos, cuando se distinguió como Predicador. Amante de su Orden y propagador elocuente de las doctrinas de Cristo, se atrajo bien pronto la admiración de cuantos escuchaban aquellas oraciones sagradas para levantar entre la ciudadanía el amor a la Virgen de la Merced Patrona de la Armada, imagen que trajo al Continente Cristóbal Colón donada por la reina Isabel de Castilla y que en tierras peruanas había entronizado el Hermano Antonio Correa en 1848.

Sus lecciones históricas y evangélicas, "sus virtudes y su ilustración", atrajeron la simpatía de los dirigentes de su Orden, y a pesar de ser todavía muy joven se le nombró Comendador del Convento de Nuestra Señora de Belén, primero en el Virreinato del Perú, cerca de cuya sagrada casa a espensas propias, levantó un hospital para pobres, con dineros que había heredado de uno de sus familiares.

Durante algunos años, al mismo tiempo que ejercía de Predicador, cuidóla con todo celo al Convento, y se preocupaba de atender a los enfermos, interesándose en los estudios de medicina para poder servir mejor a sus protegidos.

Se le promovió después a Vicario y cuando tenía treinta y cinco años, le ampliaron sus facultades, alcanzando a ser Vicario General de los Conventos de San Nicolás de Cartagena, Portobelo y Panamá.

En Cartagena de las Indias, el Doctor José Higinio Durán y Martel se hizo bien pronto popular, no solo por sus sermones, sino por su alta consagración a la enseñanza, ya que deseaba que los hombres fueran cultos, porque la cultura "acerca a Dios". Fué nombrado catedrático para explicar literatura e historia en el Seminario Conciliar, de donde habrían de salir sacerdotes muy preparados que difundirían con piedad y amor la doctrina evangélica.

Su trato agradable y su simpatía, le atrajo la protección y el aplauso del Obispo de aquella Diócesis Don Miguel Alvarez Cortes, del Gobernador Militar de la Plaza y de los hombres "doctos y ponderables de la ilustre ciudad, adorno del Caribe".

Estos, le inclinaron a marchar a España para que sus talentos se conocieran en la Madre Patria; pero el Dr. Durán y Martel, a quien agrado la sugestión de sus favorecedores, le decidió emprender el costoso viaje ha-

cia Europa, para conocer a Su Santidad el Papa, a quien tanto amaba por sus benefactoras gestiones en favor de su Orden.

Su visita al Santo Padre, fué según acredita una carta que envió al Obispo de Cartagena, la emoción más grande de su vida, y alentado por los sabios y prudentes consejos que recibiera en Madrid donde fué acogido con entusiasmo, comprobando a poco de su llegada a la capital de España, que la Hermandad de Nuestra Señora de la Merced, tenía gran prestigio y favor en la Corte.

El mismo año que arribara a la ciudad de Manzanares le tocó pronunciar una oración litúrgica en los días de Semana Santa, y como a la Iglesia del Convento Mercenario, asistieron los Reyes y pudieron escucharle, Don Manuel Godoy, favorito del Monarca Carlos IV, y en especial de la Soberana Doña María Luisa, le recomendó al ya ilustre peruano a sus soberanos, para que se le nombrase Predicador de sus Majestades, después de haber actuado como Examinador Sinodal en Avila y en Santiago de Compostela.

Aquel honor y distinción, no envaneció al Dr. Durán y Martel. Por el contrario, queriendo pagar el favor recibido del Príncipe de la Paz, se aprestó a calmar las murmuraciones que en la España de Goya corrían relacionadas con las relaciones de la Soberana y el valido.

Dice Don Héctor Conte Bermúdez, en un hermoso artículo que escribió sobre el Trigésimo Nono Obispo de Panamá, Fray Higinio Durán Martel y que apareció en el volumen XXVII, Números 308-309 del "Boletín de Historia y Antigüedades de Colombia en 1940, (\*) que "los labios ungidos del ilustre levita tuvieron entonces oportunidad más alta para los triunfos supremos de la palabra. El auditorio aristocrático y selecto escuchó durante diez años la plática de la verdad inmóvil". . .

Su alta posición en la Corte, le proporcionó el medio de entrar en relaciones con personajes de relevante posición y ser nombrado confesor de muchas damas palaciegas.

Fué testigo el Doctor Durán y Martel, Mercenario esclarecido, de los graves sucesos que acaecieron por aquellos días en Madrid.

Vió con dolor la persecución del favorito Don Manuel Godoy, y los manejos turbios y desesperantes de Napoleón Bonaparte, que en su ambición desmedida quería apoderarse del Gobierno de España.

Presenció con dolor inmenso, la marcha de los soberanos a Francia, la elevación al poder del hijo discolo, Fernando VII, y la tragedia del dos de Mayo de Madrid, le hicieron derramar lágrimas, auxiliando espiritualmente en la tarde de aquel infausto día a los heridos que habían caído por el disloque de las armas de los ejércitos de Murat.

Por eso, cuando José Bonaparte, ocupó con sus tropas la suntuosa ca-

---

(\*) Apareció en el "Boletín de la Academia Panameña de Historia", No. 1, Enero a Junio de 1943. —Páginas 53-60.



pital del reino, proclamándose Rey de España, se sintió enfermo y al recuperarse, se dió a la tarea de censurar a los afrancesados.

La Guerra de la Independencia le decidió dejar los paisajes españoles, y por la influencia de don Pedro Quevedo y Quintana, Obispo de Orense, miembro de la Junta Central que se formara para erigir el Consejo de Regencia, la Cámara de Indias le nombró para ocupar la mitra de Tierra Firme, vacante por la muerte del Obispo Don Manuel Joaquín González de Acuña y San Marino.

Una gran confusión reina entre los historiadores que se han ocupado de esta figura magistral de la orden de Nuestra Señora de la Merced, con relación a su exaltación al Obispado de Panamá.

Unos, aseguran que fué nombrado el 11 de Enero de 1815 y que tomó posesión de su cargo el 3 de Agosto de 1817, otros, sostienen que fué en 9 de Enero de 1813, cuando estando el Dr. Durán y Martel en Cádiz, y luego de asistir a los debates de la Constitución, donde hizo relación con Don José Joaquín Ortiz, Diputado por el Istmo a las Cortes gaditanas, fue cuando recibió el nombramiento y en el mismo año se trasladó a Panamá.

La verdad no está esclarecida, toda vez que respetando la opinión del historiador Conte Bermúdez, las aseveraciones del señor Rojas Arrieta y las de Monseñor Pedro Mega, que afirman que tomó posesión de la Silla Episcopal de Panamá en Agosto de 1817, podemos ver por un documento preciosísimo que reposa en los Archivos Nacionales, en escritura otorgada en la Notaría de Panamá, que el Ilustrísimo Señor Obispo, Don José Higinio Durán, donó a la Iglesia del Sagrario de San Felipe Nery de la ciudad de Panamá una lámina con la imagen de Cristo Crucificado, dorada con sus marcos y realces de plata y dos atriles también de plata, con un valor de ochocientos pesos fuertes, en el Protocolo del Año 1813, noticia que también dan el señor Conte y el Padre Mega, y que me la comprobó con especial atención del Sub-Director del Archivo señor Quirós.

Si este documento confirma que Su Ilustrísima hace una donación en el año 1813, debía estar ya en posesión de la Mitra panameña, y por si esta información para algunos no fuera válida, tenemos también la referencia del zapador de la Historia panameña, Don Mariano Arosemena, el que en su magistral obra APUNTAMIENTOS HISTORICOS, 1801-1840, dice al relatar el Gobierno de Meyner en 1814.

"Sea cual fuera la fecha que el Obispo Durán y Martel entró a regir el Gobierno eclesiástico del Istmo, sabemos que luego de su viaje y al llegar a Tierra Firme, Su Ilustrísima cayó enfermo y que las laboriosas tareas que habían de emprender cobraron importancia desde los primeros días del año 1817, ya que en los Archivos de la Iglesia de Santa Ana consta el siguiente

documento: "Santa Visita de la fiel Ciudad de Panamá a 17 de Noviembre de mil ochocientos diez siete.—Visitado este Libro de Entierros de españoles y blancos, aprobamos el método de sus partidas. Y las providencias que hubiésemos a bien hacer, se copiarán a su tiempo en uno de estos Libros para su cumplimiento.—El Obispo Fray Higinio Durán.—El Secretario Joseph de Yturrado".

La visita que Su Ilustrísima hizo a la Iglesia del Arrabal, le movió a interesarse en la obra que proyectaba realizar el Gobernador del Istmo, General de los Ejércitos de España, don Alejandro Hore el que pensaba en la construcción de un Cementerio, fuera de la ciudad en reemplazo del que se usara anexo a la Catedral.

Ya el Obispo Durán y Martel, sabía que se habían trasladado a San Carlos, restos de personas que recibieron sepultura en la Iglesia de Santa Ana. Su Secretario el Presbítero Yturrado le había informado, que los miserables, los desheredados de la fortuna, los pobres y mendicantes recibieron a lo largo de los años cristiana sepultura, sin hacerles funerales solemnes. A los ricos y poderosos, se les hacía pagar prebendas al ocupar sus muertos el solar de las capillas; pero llegaron a tantos los enterramientos que se efectuaron en el templo santanero, que no había ya lugar para sepultar nuevos difuntos, y movido por sentimiento de piedad y hasta de higiene, el Cura Párroco, Don José Justo Ibérico que ejerció su ministerio en 1798, presentó al mediar el año 1811, un Memorial muy razonado al Obispo titular Don Manuel Joaquín González de Acuña y Sanz Merino, en el que le presentaba el problema de los enterramientos, resolviendo Su Ilustrísima que los restos mortales de las personas sepultadas en la Parroquia del Arrabal, fueran trasladados a un Cementerio provisional de San Carlos, y con fecha 21 de Octubre de 1811, al rayar las nueve de la mañana de ese día, en el que se rendía culto a Santa Ursula, se procedió a celebrar una solemne misa, en la que ofició el mismo Señor Obispo y el Teniente Cura don Joseph Calixto Oidobro, presidió la romería de muertos y vecinos de Santa Ana que marcharon a San Carlos.

Esta información, la presentó Su Ilustrísima al Mariscal de Campo Don Alejandro Hore y decidió éste, con ayuda del Dr. Durán y Martel levantar el Nuevo Cementerio.

A pesar de las deferencias recibidas por parte del Gobernador, el Obispo veía con dolor que la administración de este General, tendía a desechar de los cargos públicos a los nativos y perseguía con saña a cuantos se rebelaban en el cumplimiento de sus mandatos.

El Reverendo Padre Mega, en su obra "COMPENDIO BIOGRAFICO DE LOS OBISPOS Y ARZOBISPOS DE PANAMA", aparecida en 1958, inserta una noticia interesante al sostener que en los libros parroquiales

de la Iglesia de San Miguel de La Atalaya, encontró "un Acta de Visita Pastoral al Ilmo. señor Higinio Durán, donde se exhortaba al Cura de la Parroquia a proseguir los trabajos interrumpidos de levantar la torre de la Iglesia", para cuya obra según un vecino de ese pueblo, Su Ilustrísima donó materiales de fábrica y dineros.

El historiador nacional, ilustre académico, Don Ernesto de J. Castillejo, y el no menos ilustre historiador y Secretario Perpetuo de la Academia de la Historia Don Juan Antonio Susto, insertaron en "Mundo GRAFICO" del 24 de Noviembre de 1945, la noticia de que el Prelado Durán y Martel, hizo visita pastoral al pueblo de Soná en Abril de 1818, y dejó una larga lista de 555 confirmaciones.

Supo al aproximarse las fiestas de Navidad y encontrándose en lugares del interior del país, que Inglaterra preparaba una expedición a Panamá destinada a tratar de separar al Istmo de España, dirigida por el General Mac Gregor y para comunicar al Gobernador los informes que había logrado, se trasladó a Panamá.

Esta desagradable noticia se confirmó meses después.

Los historiadores señores Sosa y Arce refiriéndose a este suceso, dicen que para llevar a cabo el propósito de independencia se formó bajo la vigilancia de la Agencia en Londres de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, con el concurso pecuniario de varios comerciantes, y se organizó la expedición constante de 417 hombres, que salieron de Inglaterra en Diciembre de 1818 en dos fragatas y un bergantín armados en guerra. Después de tocar en Santo Domingo y en Los Cayos de San Andrés de donde enderezó rumbo al continente poniéndose a la vista del Chagres el 8 de Abril de 1818. Continuando rumbo a oriente, la escuadrilla echó anclas en la ensenada de Buenaventura el día siguiente, desembarcando sin dificultad 300 hombres bajo el mando del Dr. José Elías López Tagle, emprendieron la marcha sobre Portobelo, arrollando las avanzadas españolas en el camino y tomando posiciones dominantes cerca del castillo de Santiago. Cuando a la mañana siguiente se disponía Mac Gregor iniciar el ataque sobre la fortaleza, supo que el Gobernador Juan M. Van Herch con la guarnición había abandonado durante la noche la plaza, circunstancia que le permitió entrar en la ciudad sin ninguna oposición. Mac Gregor organizó inmediatamente el gobierno civil de la provincia a cuyo frente puso al Dr. López y al Dr. José Joaquín Vargas, ambos emigrados granadinos, en tanto que el elemento militar se ocupaba de alistar bajo las banderas de la libertad un cuerpo de voluntarios portobeleños que debía servir de vanguardia en la compañía que se preparaba sobre Panamá.

Al conocer el General Hore los sucesos, se apresuró a reunir una junta de autoridades civiles y eclesiásticas a la que asistió el Obispo Durán y

Martel, con el fin de preparar de inmediato una fuerza respetable, para arrojar de Portobelo a los invasores.

En aquella reunión Su Ilustrísima, pidió que se le consintiera acompañar al Ejército, para tratar de persuadir a los traidores, que siendo hijos del Istmo se habían puesto al servicio de Inglaterra; pero ni el Gobernador ni sus feligreses consintieron tamaña temeridad, porque ya el Obispo contaba cincuenta y nueve años y su salud era en extremo delicada.

Con fuerzas del veterano batallón Cataluña, mandadas por el Coronel don Isidro de Diego, emprendió el General Hore la marcha por caminos extraviados, acompañados de representantes de Su Ilustrísima don Juan José Martínez, que había de llegar a ser Dean de la Catedral y el que prestó ayuda ponderable a las tropas libertadoras.

Luego de que la misión de Panamá reforzó la guarnición del castillo de San Lorenzo, llegaron con 500 hombres a las cercanías de Portobelo el 28 de Abril.

Los invasores confiados, se hallaban entregados "a los placeres y a la orgía, habiéndose en pocos días relajado la disciplina en las filas, mermaid además por las enfermedades".

El General Hore, resolvió atacar el día 30, a cuya efecto dividió el ejército en dos columnas mandadas respectivamente por el Coronel Isidro de Diego, y por el Teniente Coronel José Santa Cruz al que acompañó el Presbítero Martínez y la plaza fué sorprendida en la madrugada del último día de Abril, pudiendo Santa Cruz adueñarse sin grandes esfuerzos y pérdidas de hombres del edificio de la Aduana, donde cayeron prisioneros muchos soldados y los doctores López y Vargas a los que se les sentenció a ser pasados por las armas.

El General Mac Gregor avisado oportunamente de este hecho, logró escapar de las manos de los hispanos, lanzándose al agua, vestido y con sus arreos militares, ganando a nado los buques apostados en la bahía para salvarse de la muerte.

El Reverendo Juan José Martínez, en nombre de su amigo y Jefe el Obispo Durán y Martel pidió con toda esperanza de que se respetase la vida de los cabecillas granadinos, y que los prisioneros fueron conducidos a Panamá.

Más el General Hore, no puso atención al acto de piadosa misericordia del notable cura panameño. Los prisioneros fueron degollados con varios oficiales. El señor Martínez, les dió cristiana sepultura y por sus almas ofició una misa, acto que censuró asperamente Hore, prometiéndole denunciarle ante su Señoría Ilustrísima.

Mientras tanto, el Coronel Isidro de Diego, atacó con su columna el fuerte de San Gerónimo donde el Coronel Bafter, le opuso resistencia.

A pesar de la valerosa actitud del jefe inglés, los defensores del Castillo quedaron muy lastimados y como en la sangrienta lid habían caído muchos, se vió obligado a capitular.

De nuevo el comisionado del Obispo volvió a granjearse el encono del General Hore, cuando los caídos en número de más 300 plazas depusieron sus armas, solicitando el permiso de reembarcarse. El general español, violando la promesa hecha, ordenó maniatar a los prisioneros y conducirlos a las prisiones donde habían de sufrir cautiverio ejemplar, ya que solo se les racionaría con pan y agua, suficiente para sus necesidades.

El Reverendo Martínez se atrevió de nuevo a censurar al General Gobernador, acusándole de no cumplir la palabra empeñada, y el soberbio hispano para reducirle a la obediencia y al silencio le puso prisionero en una de las salas de la fortaza de San Gerónimo, donde permaneció hasta que el ejército triunfador regresó a Panamá.

Al conocer el Obispo Durán y Martel el trato afrentoso dado a su representante, se entibieron las relaciones con el Gobernador Hore, y para evitar enconos y censuras, después de ofrecer al Presbítero Martínez pruebas de su confianza y amistad, dispuso una nueva visita pastoral encargándole de la gobernación de la iglesia panameña mientras duraba su viaje.

Como ya había realizado gira hacia los paisajes de San Miguel de la Atalaya y a Santiago de Veraguas donde como máxima autoridad de la Iglesia de Tierra Firme había impuesto justicia en una heredad en pleito desde hacia largos años, en Santiago de Veraguas, marchó hacia tierras chiricanas y recibiendo una acogida muy grata, ya que reverenció a Su Ilustrísima de manera oficial el ponderable cura don Francisco Frago, que actuaba de Párroco de San José y de maestro de Religión en la escuela que recién habían establecido Fray Juan José Ximénez, continuando el sacerdote de León y abrigando el cura poeta don Pío Gallegos, a quien el Obispo Durán y Martel había conocido en España.

Distribuyó entre los pobres cuantiosas limosnas. Se preocupó por reparar la Iglesia de Manje y tantas muestras de caridad derramó el Señor Obispo, que surgió de la boca popular la siguiente letrilla:

*"Llegó Monseñor Durán  
a los valles de la Luna  
y todos sus feligreses  
entonaron a la una  
alabanzas sin igual,  
por gestas que durarán".*

Al regresar a la ciudad de Panamá emprendió otra tarea admirable. Fué la reconstrucción del Hospital Santo Tomás.

Dice el señor Rojas Arrieta en su ya mencionada obra, en el ca-

pítulo XLIV, y en su página 287, al historiar la actuación del Obispo don José Telesforo Paul, "que bajo la administración episcopal del Ilmo. Sr. D. Fray Higinio Durán en 1819, en términos de que equivalieron a una verdadera reedificación", se llevaron a cabo reformas importantes, hasta el punto de que en la mencionada casa de caridad existía en los tiempos que escribió su obra una inscripción se hallaba donde constaba lo siguiente. "El Ilmo Sr. Obispo Diocesano Fray José Higinio Durán, los señores don Ventura Martínez y don José María Vera, han sido los fundadores de este hospital, dedicado al alivio de la humanidad afligida".

En esta obra el Sr. Obispo dispensó su escasísima fortuna, "quedando casi en la indigencia porque sus haberes por aquellos tiempos eran mal retribuidos y con mucho retraso, se cobraban los diezmos y primicias de la Iglesia.

En los primeros meses del año 1820, se supo en Tierra Firme que una revolución se había desencadenado en España en favor del régimen constitucional, derrocando a Fernando VII, siendo los caudillos del alzamiento Riego y Quiroga, jefes del partido liberal.

El diligente Prelado de Panamá, con aquella clarividencia con que veía los sucesos que se desarrollaban, augurando que la transformación política de España había de tener grande trascendencia en el Istmo y en una carta que dirigía al Reverendo Superior de los Mercenarios de Madrid, se lamentaba de que el Istmo dejaría por completo de ser punto de tránsito de las expediciones comerciales y que los tráficos de Portobelo, que habían sido esplendorosos, se apagarían.

Los movimientos sobre emancipación no pasaban desapercibidos tampoco para una persona tan inteligente y cultivada, y aunque con gozo veía instalarse la primera imprenta de Panamá, "comprendió al punto que este vehículo de cultura serviría para avivar las ideas revolucionarias de los liberales".

Estas inquietudes se vieron confirmadas al aparecer LA MISCELANEA, publicación semanal redactada por los ciudadanos Juan José Argote, Manuel María Ayala, Juan José Calvo y Mariano Arosemena, "que aunque muy cristianos y prudentes" causarían inquietud entre las autoridades españolas.

Se organizó por entonces en Panamá el Cabildo constitucional, formado por hombres adictos a la reacción patriota, nombrándose Alcaldes Ordinarios a los ciudadanos Luis Lasso de la Vega, Mariano Arosemena y de Regidores a Manuel Arce Delgado, Juan Manuel Berguido, el Dr. Pedro Jiménez, Dr. Carlos Icaza Arosemena, Juan José Calvo, Remigio Lasso, José Pablo Jiménez y Tadeo Pérez y Sevillano.

Los Síndicos Personeros Blas Arosemena, Ventura Martínez y Manuel María Ayala, junto con los otros cabildantes visitaron al señor Obispo para informarle de sus labores y proyectos y para rogarle interviniese cerca del Gobernador para lograr la libertad de los prisioneros de Portobelo que sufrían cruenta prisión desde la invasión inglesa.

La muerte del General Hore, acaecida el 8 de Julio de aquel año, impidió al Dr. Durán cooperar con los patriotas, que contaban ya con sus simpatías por la influencia del Dean Sr. Martínez.

Ocupó la Gobernación, al desaparecer Hore el Teniente del Rey, Coronel Francisco Aguilar y sustituyó a éste el Brigadier Pedro Ruiz de Porras quien fué recibido con simpatía y aprecio del vecindario y a quien Su Ilustrísima pidió la libertad de los patriotas ingleses.

Cuando se estaba gestando una era de sosiego y bienestar, llegó a Chagres procedente de Jamaica Don Juan de Sámano y Uribarry, Virrey de la Nueva Granada, que pudo escapar de Santa Fé, después que los ejércitos realistas fueron vencidos por los libertadores en la batalla de Boyacá.

Venía precedido Sámano, de una fama negra por su gobierno de tiranía. Llegó a Panamá el 28 de Diciembre causando su arribo gran descontento entre los istmeños que no querían reconocerle por no haber jurado la Constitución. Muchas familias de patriotas se retiraron a los campos para escapar de la persecución del Virrey, a quien visitó el Obispo Durán para encarecerle desarrollara un gobierno de cordura, y con soberbia mal contenida manifestó al Dr. Durán "que no interviniera en los asuntos del Gobierno de Tierra Firme, porque su deseo era aniquilar a cuantos desearan la iniquidad de la independencia de España".

Continuó Sámano su política de terror, pero no pudo impedir que se formara un Cabildo tan patriótico como el del año anterior el que lo componían: Narciso de Urriola, Antonio Escobar, José de Alba, Gaspar Arosemena, Luis Salvador Durán, Gregorio Gómez, Manuel de Arze, José María Herrera, Remigio Lasso de la Vega, reeligiéndose de Secretario a Manuel María Ayala. Estos ciudadanos exigieron al Gobernador elecciones libres para elegir Diputados Provinciales y Diputados a la Corte, más como Sámano no consentía imposición, ordenó al batallón Cataluña sofocara los ánimos y el 21 de Junio ocurrió un choque violento entre los patriotas y los soldados.

El Virrey cayó enfermo en el mes de Julio y el 2 de Agosto moría. Para sucederle fué nombrado el Mariscal de Campo Juan de la Cruz Murgueon a quien la Corona había prometido que ocuparía el Virreinato de la Nueva Granada, si lograba reconquistar las dos terceras partes del territorio de aquéllas provincias.

El Obispo presentó sus respetos al nuevo Gobernador y le ofreció colaborar estrechamente con él para que reinara la paz entre los panameños.

Murgeon quedó encantado con su Señoría y cuando a España envió el informe de la labor de su gobierno decía: "El Obispo que maneja la Iglesia por acá, es hombre pulcro, inteligente y muy humano. Con él podré realizar grandes empresas".

Para atraerse a los descontentos protegió la imprenta, respetó el derecho de petición, fundó una logia masónica y pidió la opinión del señor Obispo cuando se trató de organizar la elección a Diputados de la Provincia, siendo favorecidos Manuel José Calvo, Carlos Ycaza, Manuel Lasso de la Vega, Antonio Zerda, Juan Herrera y Torres, recayendo la elección para Representantes en la Corte en Don Blas Arosemena a quien el Dr. Durán admiraba "por su alta capacidad intelectual".

El Colegio Electoral se reunió el 3 de Octubre. Estaba compuesto del Coronel José de Fábrega, Jefe político y presidente de los electores, Casimiro del Bal, Segundo Villarreal, José de Santa Cruz, José María Vásquez y José María Calvo, los que pidieron al Ilustrísimo Durán y Martell que pusiera su influencia para que se confiriese a los puestos de responsabilidad, como así se consiguió, siendo exaltados para los empleos de rentas públicas, Aduana y las Administrativas de Correos y Tabacos a ciudadanos panameños.

Murgeon se dió a la tarea de organizar la expedición contra la Nueva Granada, para atacarles por el Ecuador. Para tal empresa se necesitaban fondos y como las arcas del tesoro provincial carecían de ellos, dispuso el Gobernador imponer una contribución personal entre los más destacados ciudadanos, pidiendo también concurso al Obispo.

Su Ilustrísima tuvo por aquellos días que girar visita pastoral a pueblos del interior dejando encargado de la gobernación del Obispado al Provisor Don Juan José Martínez, y cuando Murgeon pidió a la Iglesia fondos para realizar su empresa, el representante del Dr. Durán entregó al Gobernador la suma de 15.000 pesos, de los 50.000 que solicitaba.

Con estos fondos y la suma de 20.000 que produjeron la venta de algunas elementos de guerra a un agente del Gobierno del Perú, pudo el general Murgeon aprestar su escuadrilla, compuesta al decir de Don Mariano Arosemena, de la corbeta "Alejandro", y de tres goletas, que zarparon del puerto de Panamá el 22 de Octubre, conduciendo dos cuerpos de Infantería, "Cataluña" y "Tiradores de Cádiz", dos escuadrones desmontados y algunos artilleros, con destino al puerto de Esmeraldas.

Al partir Murgeon para rescatar de las manos de los libertadores, las tierras que habían caído en su poder, dejó encargado del mando del Istmo al Coronel José de Fábrega.



Su Ilustrísima regresó a la ciudad de Panamá en los primeros días de Noviembre de aquel 1821, y pocos días después de su arribo se supo que en la Villa de Los Santos había estallado un movimiento revolucionario que en la historia se conoce con el nombre de GRITO DE LOS SANTOS.

Al punto de conocerse la actitud de los *independientes*, el Gobernador convocó una Junta a la que asistieron las autoridades y empleados públicos y el Obispo Dr. José Higinio, el que propuso, que una Comisión de paz marchara a informarse de la verdad de lo acontecido en Los Santos, siendos nombrados Don José María Chiari y Don Juan de la Cruz Pérez.

Mientras los emisarios partían hacia el interior, el Señor Obispo por su Secretario Yturrado supo el nombre de los patriotas que se movían en la ciudad formando asociaciones cívicas para gestar la Independencia, tratando a toda costa de minar los cuerpos del ejército, haciendo desertar a los soldados para que se quedarán en aislamiento los jefes y oficiales.

La delicada misión de hacer desbandar la tropa, dice el señor Mariano Arosemena, en su obra citada, se la impusieron Blas, Mariano y Gaspar Arosemena, panameños, y José María Terrientes hijo de Antioquia, quienes formaron de sus fortunas particulares los fondos necesarios para el pago a los desertores los que recibían 10 pesos al dejar el cuartel y 25 si se fugaban con armas.

Por el Provisor Don Juan José Martínez, supo el Dr. Durán y Martel que el cuartel de la "Mano de Tigre", se iba quedando sin soldados y que en la noche del 27 hubo una desertión de más de sesenta números.

Al recibir este informe llamó con urgencia a todos los sacerdotes que servían en la Catedral, para que éstos a su vez informaran al clero regular y secular de los graves acontecimientos que se sucedían. El pasó la noche de aquel día en oración, "pidiendo al Señor que no corriera la sangre por la generosa tierra del Istmo" y al amanecer, recibió un recado del Gobernador Fábrega, rogándole que asistiera a una reunión que se celebraría en el Cabildo para considerar la delicada situación en que Panamá se encontraba.

Horas después un grupo de arrabaleros hacía al señor Obispo la misma súplica de asistir a la reunión, convocada por los patriotas en el Cabildo.

A la hora convenida el Dr. Durán acompañado de los sacerdotes Juan José Martínez, Manuel José Calvo, Cura Rector del Sagrario, Don Andrés Zamora, don Juan Arosemena y otros varios Presbíteros se dirigió a la plaza de la Catedral para asistir a la reunión, comprobando el inmenso gentío que se hallaba en los alrededores de la santa Iglesia.

A su llegada al Cabildo, sala que también estaba colmada de ciudadanos relevantes entre los que se distinguía el Coronel Fábrega, el Auditor de Guerra, el Procurador General, empleados de Hacienda, jefes militares, los miembros del Concejo y los promotores de la secesión, su Ilustrísima fué acogido con gran entusiasmo, porque los patriotas comprobaban que la Iglesia no estaba ajena al movimiento insurreccional que iba a desarrollarse.

Antes de comenzar a deliberar, pudo comprobar que la Independencia y no otra cosa era lo que había provocado la reunión, y después de un augusto silencio se procedió a la discusión del negocio.

La primera proposición sometida al debate, fué la de que se proclamara la separación de España. El Provisor y Arcediano de la Catedral, señor Martínez, "fué de parecer que se votara por la afirmativa, a reserva de lo que resolvieran las Cortes del reino, que fué rechazada, aceptándose la siguiente: "Panamá, espontáneamente y conforme al voto general de los pueblos de su comprensión, se declara libre e independiente del Gobierno español".

Discutióse después sobre cuál sería el gobierno que se establecería, si de todo independiente, o agregándose a otro. Esta moción última fué la que prevaleció, y el Señor Obispo, don José Higinio Durán y don Mariano Arosemena, propusieron que se agrupara al Perú. La mayoría se inclinó por el de Colombia. Don José Vallarino desde los balcones de la Consistorial, comunicó al pueblo que se aglomeraba en la Plaza de la Catedral la noticia diciéndoles: "Pueblo ciudadano: el territorio de Panamá va a hacerse libre; pero por su debilidad no podrá sostener sólo su independencia. Se trata, pues de que el Istmo se adhiera a Colombia o al Perú. Colombia, como vosotros sabéis, es hoy la depositaria de los destinos de América y de sus mayores glorias militares. Además el territorio del Istmo no tiene solución de continuidad con la gran nación peruana. En cambio, somos geográficamente una extensión de la Nueva Granada. Por estas razones, Panamá debe ser un territorio colombiano. Conciudadanos, griten conmigo: ¡Viva Colombia!"

El pueblo enardecido vitoreó a Colombia, a Panamá y a Vallarino.

Y el Cabildo en presencia de aquel entusiasmo se aprestó a dejar consignado en un Acta la patriótica resolución por la Independencia, encargándose de redactarla don Manuel José Hurtado.

Leído aquel documento sagrado, se procedió a firmarlo, siendo el primero en hacerlo el Gobernador señor De Fábrega y seguidamente el

Dr. José Higinio, Obispo de Panamá. Siguieron después firmando el Acta los ciudadanos responsables que habían asistido a la deliberación, por la cual se declaraba libre e independiente del Gobierno español el Istmo.

El día 30 de aquel mismo mes, se hizo el solemne juramento de independencia y el Coronel Fábrega fue reconocido como Jefe Superior del Istmo.

Este de inmediato informó oficialmente al Gobierno de Colombia y lo mismo hizo el Obispo Dr. Durán y Martel, enviando con fecha 15 de Diciembre una carta, al Presidente de la República de Colombia, Bolívar el Libertador, que a la sazón se hallaba en Popayán.

La carta de su Ilustrísima decía así:

Excelentísimo Señor: El 28 del pasado Noviembre se declaró por este Gobierno y sus autoridades la Independencia del Istmo de España a cuyo acto asistí jurándola con mi Provisor y Dean de la Iglesia Catedral. Dios había destinado al Coronel Gobernador y Jefe Superior Político del Istmo, José de Fábrega, natural de esta ciudad y querido de sus habitantes, para que con su bondad y precaución se haya mantenido el orden público, conservando la paz y tranquilidad sin dar mérito a disgustos ni efusión de sangre. He tenido la mayor complacencia en que mi Cabildo, curas y clero tampoco hayan dado motivos de desavenencias, porque parece que la decisión era general en el Istmo, y todo me hace repetir gracias a Dios Nuestro Señor porque nos ha conducido al cambio de gobierno sin experimentar los males que suelen concurrir a tales movimientos.

Suplico a V. E. tenga la bondad de hacerlo presente al Supremo Congreso, a quien rindo mis respetos con la firme esperanza de que su soberano Gobierno hará sostener la veneración, decoro y religiosidad con que debe ser conservada nuestra religión Católica, Apostólica Romana, que hemos jurado igualmente defender.

Dios guarde a V. E. muchos años, Excmo Señor JOSE HIGINIO, Obispo de Panamá”.

El Dr. Durán interesado en la marcha del Gobierno y viendo las graves dificultades que tendría el Coronel Fábrega para atender al pago de los servicios urgentes, decidió convocar a su Cabildo Eclesiástico y a los párrocos notables, que habitaban la ciudad de Panamá a una reunión, para informarles de que la Iglesia debía cooperar en las cargas del nuevo Estado, cediendo al Erario Nacional ayuda.

Todos los asistentes al acto se mostraron muy conformes con el deseo de su Ilustrísima y con el voto general se acordó ceder al Gobierno sesenta mil pesos "en propiedades de fundación, de capellanías, cofradías y obras pías, las cuales se vendieron para atender a tales necesidades, quedando el Gobierno obligado a pagar el cinco por ciento de interés en cada año".

La incorporación del Istmo a la Gran Colombia, dió motivo al Ejecutivo de aquel país a que se expidiera el decreto del 9 de Febrero de 1822 y se nombrara al venezolano Coronel José María Carreño. Intendente de la nueva entidad y Gobernador de la Provincia de Panamá, pasando el Coronel Fábrega a regir el Gobierno de Veraguas, ya que el antiguo territorio de Tierra Firme, fué declarado octavo departamento de la República de Colombia, dividido en dos Provincias: Panamá y Veraguas.

El Gobierno del Coronel Carreño comenzó promulgando la Constitución que expidió el Congreso de Cúcuta en el año anterior jurándose el 25 del mismo Febrero.

El acto de la jura fué solemne. El Obispo José Higinio ofició una Misa Pontifical en la Catedral y el Dean señor Martínez pronunció un discurso admirable que fué un deleitoso panegírico sobre la Carta republicana.

La vida laboriosa del Dr. Durán y Martel fué muy movida por aquél año. Hizo nuevos nombramientos de sacerdotes, que habian de tener a su cargo las parroquias de varios pueblos del interior. Procuró que las fiestas de Semana Santa fueran muy lucidas, e intervino con sus sabios consejos en la elección para Senadores y Representantes al Congreso y al Senado Nacional, saliendo electos con su favor para los primeros don Manuel José Hurtado y don José Vallarino Jiménez y como Representantes, por Veraguas don Atanasio García y por Panamá el Presbítero don Juan Francisco Manfredo y el Dr. Isidro Arroyo.

En los Archivos Nacionales reposan documentos importantes de esta fecha, suscritos por el Obispo Durán y Martel que nos ayudó a lograr el Sub-Director Señor Quirós, consistente en dos escrituras una por la cual Su Ilustrísima otorgaba poder general a don Félix de Jesús García existente en el protocolo o expediente No. 2845 pag. 5 y otro poder para cobrar en Bogotá la suma de 2.000 pesos anuales sobre la Mitra que se le había designado, que se encuentra en el Protocolo Notarial de ese año señalado como el número 2949.

Al llegar el 28 de Noviembre se celebró el aniversario de la independencia con gran regocijo y religiosidad. Se ofició una Misa Solemne en la Catedral. Al terminar, con dineros de su Ilustrísima se repartieron en el atrio gran cantidad de limosnas para atender a las clases menesterosas y hubo además "todo género de diversiones: lidia de toros, carreras de caballos, iluminaciones y desde los balcones de su residencia, pudo ver el Señor Obispo la procesión cívica encabezada por los patriotas".

La salud del Obispo José Higinio, se resintió al comenzar Diciembre. Pasó las navidades en cama; más al iniciarse el año 1823, encontrándose muy mejorado se aprestó a reunir a su Cabildo para encarecerles fomentaran la piedad entre sus feligreses y la moderación de las costumbres, y por una acta del mes de Febrero: sabemos de su preocupación porque los negocios de la Iglesia "cobrarán pureza".

El documento que lo acredita es el siguiente:

"El Ilmo. Dr. Fray José Higinio Durán y Martel, Obispo de este Istmo Libre, habiendo deseado desde su ingreso en su Gobierno observar el orden legal exención de cuentas que por haber derecho y costumbre le pertenecen las cuales halló establecidas por su meritísimo antecesor inmediato en acatamiento que ha seguido hasta el presente: llegado que ha sido el tiempo de celebrar provisiones generales en su obispado de todos los más beneficios cuya época es la que esperaba por más oportuna para destruir todo lo que con incertidumbre podía traer agravio y perjuicio recíproco en esta cobranza prohibida por cierto con especialidad en derecho de la ley diocesana (Canon Limano, cap. C), debía mandar y mando que desde primero de enero próximo entrante en adelante, todos los curas tengan un libro en que asienten la razón de lo que producen, escribiendo las partidas, con día mes y año para dar no solo cuenta de la "Visitas sino al Vicario anualmente con prevención de que al que se hallare no tener dicho libro ni haber asentado las mencionadas partidas, se le exigirá la pena de veinte y cinco pesos aplicable a su Iglesia de más de la satisfacción de que ha de hacer de lo que han hecho de verdad debiese de las referidas cuentas y como será lo más obvio al honor de los curas el que ellos mismos (si el Vicario no lo hiciese por sí) por persona de su satisfacción formar dichas cuentas todos los años con reserva de la purificación de ellas, pasándolas a manos del citado Vicario respectivo, juramentadas para el testimonio de su pureza y coserlo en el Libro Parroquial, después de quedar el ajustamiento estampado en el Libro de asiento de este Ramo firmado del Cura y Notario si lo hubiese: el insinuado Vicario deberá dar noticia por Secretaría a S. S. Ilustrísima, de tener en su poder las cuentas respectivas de los Curas de su Cantón, junto con lo producido que es de Cargo

del Cura poner en él para la providencia que deba dar a S. S. Ilustrísima en el extracto de las dichas cuentas que se remite. Y por este Auto así lo proveyó, mandó y firmó, Su Señoría Ilustrísima FRAY JOSE HIGINIO, Obispo de Panamá. Y para que conste así lo firmó JOSE YTURRADO Secretario”.

Este documento, transcrito según hemos copiado en una obra del Rvdo. padre Mega titulada LA ATALAYA, a pesar de su confusión, constaban que tenía por fin aclarar las entradas y los gastos de cada parroquia, con el fin de hacer la comunicación debida a las autoridades eclesiásticas de Colombia.

Tuvo intenciones el Dr. Durán de girar visita a la Comarca del Darién mas como su salud se hallaba resentida, sus amigos y corifeos se opusieron a este viaje.

Al conocerse en Panamá la rendición de Puerto Cabello, el Señor Obispo en acción de por el triunfo de las tropas libertadoras, al mando de le Bolívar, ofició un solemne Te Deum en la Catedral.

A pesar de que la salud de su Ilustrísima seguía delicada, no dejaba de laborar para que el Gobierno de la Iglesia que él dirigía lograra alcanzar una perfecta regularización con referencia a los cánones establecidos, y anhelaba con toda su alma que todos los panameños, sin distinción de clases y razas profesaran la religión de Cristo.

Por eso, sintió un inmensísimo placer cuando vió que el General Carreño se ocupara de los indios, parte de los cuales seguían en estado de heregía y para las comarcas donde ellos se agitaban envió a diligentes sacerdotes para convertirlos al cristianismo.

Sobre la raza autóctona, el historiador don Mariano Arosemena, dice en sus apuntamientos que una mudanza perfecta, en el orden político social, se había efectuado en el trato de los indios de nuestras Comarcas del Darién, Chepo, Chiriquí y otros lugares, con las poblaciones del Istmo civilizado, después que nos hicimos independientes de España.

“Esos indios espantadizos antes, desconfiados y hostiles a los istmeños bajo el Gobierno de Su Majestad Católica, que los mantenía en el pupilaje y la abyección más desgraciada considerándoles aparceros de los que veían como sus enemigos y usurpadores de sus tierras, comprendieron al vernos independientes que los peninsulares habían dejado de tener predominio en el país y nos apreciaban ya como a sus hermanos defensores de sus derechos naturales”.

Carreño, comprendió el beneficio que podía surgir en el Istmo, si los indígenas fueran tratados “con humanidad y cordura”; y por eso se cuidó de estrechar las relaciones con ellos.

De acuerdo con el Señor Obispo, dispuso al comenzar el mes de Ju-

lio de 1823, enviar a las regiones habitadas por indios una comisión de patriotas, acompañados de dos sacerdotes consagrados para que gestionaran la venida a la ciudad de Panamá de representaciones de los cunas, guaymíes, chocoes, nortños y bribris, con el fin de que asistieran a una fiesta que se celebraría en la plaza de Santa Ana, al plantar el árbol de la libertad.

Y así fué como el 16 de Agosto de 1823, frente a la pobre ermita del arrabal fue sembrada una planta de coco.

A la solemnidad de este acto, asistió el Gobernador Carreño con la oficialidad de la plaza, empleados civiles, ciudadanos respetables y una nutrida representación del clero, encabezada por el Señor Obispo Fray José Higinio.

En el cerco de la plaza, se vió por primera vez a los indígenas en la ciudad de Panamá, que vestían lujosas galas y armonizaban con los santaneros que escuchaban complacidos la orquesta de tambores y flautas, cornetas y clarines, que se *desafogaban* con sonos armoniosos.

Al sembrarse la palma de la libertad, las campanas de todas las iglesias repicaron a vuelo al mismo tiempo que salvas de armas de fuego se confundían con los gritos de entusiasmo que lanzaba el pueblo emocionado por la idea redentora que simbolizaba la palma.

Cuando el cocotero fué aprisionado por la tierra e irguió su elegante tronco y el abanico de sus ramas, daba ya sombra protectora, el Coronel Carreño, pronunció un vibrante discurso en el que hizo notar la gestión laboriosa del Dr. Durán y Martel que había sabido despertar en la raza indígena el amor al verdadero Dios, y mientras sus palabras emocionaban al pueblo, al toque de clarines, Su Ilustrísima iba repartiendo dineros a las clases necesitadas.

La noche de aquel día memorable hubo regocijo; se hicieron luminarias y se celebraron bailes en el arrabal interviniendo indios que ya habían sido bautizados.

Al siguiente día, se celebró la fiesta religiosa en la que actuó el Señor Obispo.

Este comprobó con alegría que la igualdad y la fraternidad nacía en el Istmo en aquella inolvidable fecha de plantar la palma de la libertad.

En los primeros días de Octubre, decidió Su Ilustrísima llevar a efecto el viaje tantos meses proyectado, para girar visita pastoral en la provincia.

Se dirigió a Chepo donde funcionaba el Seminario Provincial, al que donó muchos libros y estampas religiosas y habló a los estudiantes que seguían la carrera del sacerdocio con sin igual elocuencia, la misma que había arrobado a las clases poderosas en el Madrid del Carlos IV.

El día 15 enfermó de nuevo.

Rápidamente se envió a la ciudad de Panamá a dos propios para que trajeran un médico y al conocer esta decisión del Rector del Seminario, su Ilustrísima habló así: "No necesito el auxilio de la ciencia, sólo he menester del auxilio de Dios".

No volvió a pronunciar palabra hasta el 21, en que pidió los auxilios espirituales y con plena razón se confesó y comulgó.

Al amanecer del siguiente día, los ojos de aquel inmenso Mercenario se cerraron para siempre. Tenía al morir sesenta y tres años.

Al conocerse esta desventura en la ciudad de Panamá el pueblo lloró desconsoladamente y en la Iglesia Catedral se celebraron los funerales.

El día 27, ante un gentío inmenso, el Dean Don Juan José Jiménez pronunció una maravillosa oración funeraria, recordando las virtudes de aquel Prelado sin par, que habiendo nacido en los paisajes del Perú, moría en un pueblecito del Istmo, país a quien amó como si fuera su verdadera patria, contribuyendo, con su gesto magnífico a gestar la Independencia de España, ya que su decisión ejemplar, fué aliento ponderable en la grey que con tanto amor le seguía.

En los Archivos Nacionales existe el Juicio de sucesión del Dean Juan José Martínez, tenedor de bienes del Ilustrísimo Señor Obispo Fray José Higinio Durán y Martel, incoado por Don Juan Manuel Berguido y señalado en el protocolo de la Notaría Pública con el número 4 del año 1829, donde puede apreciarse la pobreza del Obispo Prócer. Era rico solamente en obras sagradas de sabor cultural y los doce cajones grandes de libros que dejaba al morir, pasaron a la Tesorería del Departamento.

Ojalá, que al cumplirse el segundo centenario del nacimiento del Prócer Dr. Fray José Higinio Durán y Martel, el pueblo panameño le rinda los honores que merece aquel varón de singulares virtudes cristianas y cívicas, espejo de caballeros y gestor de nuestra Independencia del 28 de Noviembre de 1821.

PANAMA, 12 de Enero de 1960.



*Efemérides:*

## Balance histórico de 1959

por JOSE AGUSTIN CAJAR ESCALA

\* \* \*

El año 1959 se caracteriza por una lucha constante, un afán del hombre por lograr metas que hasta ayer parecieron inasequibles y que hoy se van tornando en realidad. La batalla sideral que se ribeteó con tintes dramáticos el año pasado, en este lapso llevó al hombre hacia triunfos definitivos, como fueron los satélites que envió a la superficie de la luna uno de los cuales colocado en una órbita conveniente reveló al mundo por primera vez en su historia qué hay en la cara oscura de selene.

Es que el hombre tiene una sed infinita de horizontes: no se detiene ante lo que ya está en sus manos, sino que sigue de largo en la búsqueda de nuevas metas que sólo serán un acicate para continuar la marcha.

Primero fue la epopeya de Colón que destruyó el mito de la tierra plana y que Magallanes reafirmara con su viaje de circunvalación; luego es el dominio de las capas inferiores de la atmósfera que va dando dimensiones nuevas al mundo en que vivimos, gracias al invento del aeroplano y del globo aerostático; más tarde las expediciones a los abismos insondables del océano que traen a la ciencia elementos desconocidos y amplían el haber de sus conocimientos. Ahora, y hace apenas unos cuantos lustros, es el afán por el dominio del espacio, el conocimiento de las caras superiores de la atmósfera y el alcance de la primera parada, que es la luna, hacia las superficies de otros planetas.

Así como 1492 significó el descubrimiento de la América, la historia ha de señalar a 1959 como el año en el cual el hombre colocó en la luna su primer proyectil y empezó a investigar los misterios de esa cara que jamás hemos podido ver.

Pero si la conquista de los espacios siderales provocaron en el hombre infinita alegría, ha sido fuente de sosiego también la ofensiva iniciada por la Unión Soviética hacia la eliminación de la guerra fría para propiciar un mejor entendimiento entre los hombres que profesan las dos tendencias políticas que predominan en el mundo: la doctrina democrática y la comunista.

Si dentro del plano científico pueden calificarse como jalones sobresalientes en los hechos de 1959 el ocurrido el 12 de Septiembre cuando el Lunik II se estrelló contra la superficie de la luna y el 4 de Octubre cuando se lanzó el Lunik III que tomó las fotografías de la parte oscura, la visita de Nikita Krushchev a los Estados Unidos y la reunión con Eisenhower en el Campo David, donde se sentaron las bases para la búsqueda de las fórmulas que lleven a la "Nueva línea de Paz", puede calificarse como el momento estelar de la historia de los sucesos del año que acaba de fenecer. De convertirse en realidad las perspectivas alentadoras que a este respecto deja 1959, los estados podrán dedicar gran parte de los esfuerzos que exige el mantenimiento de la guerra fría, en llevar el alivio a millones de humanos que sufren la implacable miseria, el hambre y el frío, a que están condenados por un mundo que distrae millares de millones en evitar que la humanidad se destruya con otra guerra.

También a nosotros nos encuentra 1960 empeñados en la lucha por nuestra superación. Ya 1959 ha registrado jornadas en defensa de los sagrados intereses de la Patria y planteamientos en los cuales se ha exigido al Gobierno de los Estados Unidos el cumplimiento de los compromisos suscritos y un poco más de comprensión para las reclamaciones de un país que ha sido y es un aliado leal de la Nación más poderosa del mundo. Y si 1959 nos encontró con la amargura que llenaba nuestros corazones ante la impotencia de luchar contra un coloso que desoía nuestras razones, y un resentimiento que fruncía los ceños e incendiaba las almas, 1960 nos halla con la esperanza de que las declaraciones formuladas por funcionarios del Departamento de Estado y el Presidente de los Estados Unidos, hagan cambiar radicalmente la política equivocada llevada a cabo hasta aquí y que las piedras que han herido nuestras plantas en el largo sendero de nuestras relaciones, se aparten del camino y hagan una realidad la convivencia cordial que debió ser la divisa de estas dos Repúblicas.

## EL KALEIDOSCOPIO INTERNACIONAL

Dos hechos sobresalientes, pero no tan vitales como los enunciados anteriormente (la conquista de la luna y la nueva línea de paz Washington-Moscú), son el nuevo giro que de Gaulle da a su política nacionalista francesa y su afán de formar un frente en la Europa continental que haga sentir la opinión de estos países y descontinúe el sistema de adoptar sus programas a lo que dicten los Estados Unidos e Inglaterra. Dos o tres gestos de de Gaulle a este respecto, han acrecentado su prestigio en Europa y es probable que hagan derivar en derredor suyo la opinión de la República Federada Alemana, Italia y los otros países de la región central que se extienden desde la cortina de Hierro hasta el Canal de la Mancha.

El veto de Francia a la celebración inmediata de la conferencia en la cumbre y su aplazamiento hasta la primavera; la decisión de hacer estallar en el Sahara su primera bomba atómica; la exigencia de compartir los secretos atómicos de los Estados Unidos e Inglaterra y la orden de reducir a un mínimo las fuerzas de Francia en la Alemania Federal, son actos que van dando un poder inusitado al líder del nacionalismo francés al punto de que es probable que en 1960 su figura sea la más discutida en el mundo occidental, sobre todo después de la visita que hará Kruschchev a París, antes de la reunión en la cumbre.

El otro suceso, es la expansión periférica de la China Comunista, primero en Laos y luego en la frontera India. Sin embargo, estos hechos parecieron ser globos de prueba, para desinflarlos más tarde y dar respaldo a la política de paz de Rusia, a la cual Mao seguirá a regañadientes. Sin embargo, cabe indicar aquí las opiniones de expertos, que señalan el enorme desenvolvimiento de la China Comunista que bien puede en corto tiempo llevar su poderío al punto de no depender de Rusia y convertirse ella en la potencia de Asia. Frente a esta situación, la India se debate dentro de su política equidistante entre la democracia y el comunismo, y se enfrenta a un terrible déficit que, con el aumento progresivo de la población, puede desatar en los próximos años una de las hambrunas más espantosas de su historia.

En la América Latina, sin duda alguna el suceso de mayor trascendencia ha sido el triunfo de Fidel Castro y sus barbudos y la conmoción que ha causado su discutida política, señalada por unos como precursora de un régimen comunista y por otros la de un plan para liberar a la isla de la presión económica norteamericana que han sido decisivas en la vida de la bella isla de las antillas. Las acusaciones formuladas contra Castro y su régimen de tratar de intervenir en la política interna de los países centroamericanos y el Paraguay en el sur, con objeto de crear regimenes sino satélites, si afectos a su política, ha creado en el ambiente latinoamericano una serie de aprehensiones que llevaron cómo en el caso de la invasión a Panamá a la movilización de la OEA, a fin de eliminar cualesquier peligro que significa un hombre audaz y con recursos que piense pueda emprender la conquista del continente.

También ha sido un suceso trascendental en la vida de latinoamérica la creciente inconformidad de todos los países que están al sur del Río Grande, con respecto a la política inconveniente que los Estados Unidos han venido siguiendo con este hemisferio. Se ha señalado constantemente la exigua ayuda anual a estos países, mientras los millones se derraman a montones en los otros continentes donde no tiene intereses tan vitales como en América. Consecuencia de este sistema ha sido la penetración económica

que Rusia ha venido desarrollando en la América del Sur, la cual se intensificará en 1960. Los convenios y préstamos hechos a la Argentina, Brasil y Chile y los acuerdos de la comisión peruana que visitó los países tras la cortina de hierro, deben dar mucho que pensar al coloso del norte, el cual ha anunciado una nueva política de acercamiento con los países del hemisferio.

## EL MUNDO CRISTIANO

Para el mundo cristiano, la dinámica desarrollada por Su Santidad Juan XXIII ha sido de notables beneficios para la Iglesia. El aumento del número de cardenales y el nombramiento de algunos latinoamericanos ha causado gran beneplácito en este sector del mundo cristiano. Pero sin duda alguna la acción más vigorosa de su reinado en 1959, fue el anuncio de la convocatoria de un concilio ecuménico que tendrá como objeto unificar al cristianismo a base de las tres principales ramas cuales son la católica, la protestante y la eslava. Los entendidos afirman que muchas cosas se lograrán en este concilio, el cual tiene caracteres grandiosos dentro del espíritu religioso mundial.

## EL ESCENARIO NACIONAL

Tres hechos sobresalientes caracterizaron el año 1959 en el escenario nacional: la intensificación de los esfuerzos del Gobierno y los panameños para lograr que se cumplieran las normas del Tratado Remón-Eisenhower, que culminaron con los hechos del tres y 28 de Noviembre y la llegada a Panamá del Subsecretario de Estado Livingston Marchant; la invasión de los cubanos a Nombre de Dios, campanada que puso fin a un plan para invadir desde Cuba varios países centroamericanos y la rebaja de la cuota electoral que provocó la proliferación de los partidos políticos y el espectáculo que hoy ofrecen los grupos de oposición los cuales, al terminar 1959 no habían podido llegar a un acuerdo.

Dada la importancia de estos hechos, vamos a considerarlos separadamente.

## LA CUESTION DEL CANAL

El Gobierno Nacional, convencido de que se había buscado una interpretación amañada para burlar la letra y el espíritu del Tratado Remón-Eisenhower sobre todo en cuanto se refería a los salarios de la Zona del Canal y en vista de que las representaciones hechas hasta la fecha no ha-

bían dado ningún resultado, envió una carta al Presidente de los Estados Unidos, en la cual le planteaba la situación surgida y los serios temores de que el problema que se había querido resolver con la cláusula aludida iba a quedar en pie y que por consiguiente centenares de panameños que trabajaban en la Zona del Canal quedarían afectados. No fue sino varios meses después, el 16 de julio, cuando el Presidente de los Estados Unidos contestó la Carta del Presidente de la República de Panamá: ésta no produce la reacción optimista que se esperaba ya que no resuelve el problema. En Agosto, el Canciller de la República, Lic. Miguel Moreno Jr., asiste a una conferencia en Chile y allí expone el problema de nuestro país con los Estados Unidos, y declara que éste no ha cumplido sus compromisos con Panamá, a pesar de que nosotros lo hemos hecho hace tiempo. En Septiembre, al inaugurarse las sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Lic. Moreno vuelve a exponer la razón de Panamá y manifiesta en aquella memorable reunión que "la nación panameña se encuentra poseída del sentimiento inquietante de que el reiterado desconocimiento en su propio territorio, por parte de la Zona del Canal de Panamá, del principio universalmente aceptado de que toda persona tiene derecho sin discriminación alguna, a igual salario por igual trabajo, constituye una barrera para la satisfacción de una de las condiciones vitales para su bienestar económico y para su tranquilidad social".

La respuesta de la prensa norteamericana a esta valiente postura de Panamá en la ONU, fue la de atacarnos en forma despiadada lo que logró acrecentar el resentimiento de los panameños contra los Estados Unidos, pues se observaba que no había intención de hacernos justicia. Por último, en visita que hiciera Don Ricardo Arias Espinosa al General Eisenhower antes de salir hacia Panamá le manifestaba que la demora en resolver los problemas de nuestro país estaba creando una situación que podría traer gran repercusión. Fue entonces, cuando se planteó entre un grupo de ciudadanos, la cuestión de ir el tres de noviembre a la Zona del Canal, a colocar la bandera panameña como símbolo de soberanía, pues Panamá jamás había cedido ésta sino los derechos jurisdiccionales para la construcción, funcionamiento y mantenimiento del Canal de Panamá.

Llegó el tres de noviembre, y lo que en un principio fue una manifestación pacífica, que recorrió algunas calles de la Zona del Canal y la Avenida Cuatro de Julio, debido a la intolerancia de un policía zoneíta, se desató en violencia y lanzó a los confines del orbe, el grito herido de un pueblo a quien un Estado poderoso le niega la justicia a que tiene derecho. Días después llegó a Panamá el Señor Livingston Marchant y luego de una serie de entrevistas con el Presidente de la República, Excmo. Sr. Ernesto de la Guardia Jr., el Ministro de Relaciones Exteriores y los miembros del Consejo de Economía, manifestó que los Estados Unidos jamás habían ne-

gado que Panamá tuviera soberanía en la Zona del Canal y que estaba de acuerdo con algunos de los planteamientos que se habían hecho en relación con los problemas existentes. Vino luego la manifestación del 28 de noviembre con sus secuelas de hechos ocurridos en la Avenida Cuatro de Julio, todo lo cual no ha sido más que la demostración de un pueblo indelfenso que busca los cauces necesarios para demostrar su inconformidad. El año 1960. encuentra al pueblo panameño en la espera de que haya un cambio fundamental en la política norteamericana con respecto a nuestras relaciones para que se nos haga justicia.

## LA INVASION

Si la valiente gestión panameña en defensa de nuestros derechos soberanos en la Zona del Canal debe enorgullecernos, un sentimiento contrario es el que surge en el corazón de todos los panameños sensatos cuando recuerdan los sucesos que se desarrollaron en relación con la invasión de los cubanos al suelo patrio.

Desde principios de año, había venido circulando constantemente en Panamá la especie de que éste sería el último año del Presidente de la Guardia y de que se le bajaría a punta de bala y que las fuerzas armadas de nuestro país también caerían al impacto de una revolución que estremecería los cimientos mismos de la patria.

Más tarde comenzaron a llegar informes escuetos en el sentido de que se estaba preparando una invasión al Istmo desde Cuba y la prensa internacional manifestaba que en La Habana, abiertamente, con la tolerancia o complicidad del régimen de Fidel Castro, se trabajaba en el fin apuntado y el de enviar asimismo expediciones invasoras a Guatemala y Nicaragua. Cuando las noticias comenzaron a circular fueron muchos los que las tomaron como una bola más, pues no cabía en sus mentes que hubiera un solo panameño con una ambición de mando tan desorbitada que tramara la toma del poder público a base de mercenarios que hollaran el suelo patrio y mataran a sus compatriotas. Cuando el gobierno, con informes confidenciales, denunció el caso, la ciudadanía incrédula aún, pero maliciosa, se puso en estado de alerta y de pronto fue sorprendida por un grupo de estudiantes y hombres maduros que se internaron en la cordillera de Tute con visible objeto de recibir al invasor por Coclé del Norte, aunque después se quiso señalar el movimiento como un acto idealista de jóvenes exaltados. Los hechos ocurridos más tarde comprobaron la vinculación de este levantamiento con el desembarco en Santa Clara, del Dr. Roberto Arias G. y algunos cubanos y el levantamiento de otro grupo en Colón que trataba de ponerse en contacto con los de Tute. Se demostró que éstos tenían conocimientos de la planeada invasión.

Una enérgica denuncia de nuestro Embajador en Washington, don Ricardo M. Arias Espinosa, ante la OEA y el decidido apoyo de gobiernos vecinos, hizo fracasar el intento de arrasar al Istmo por parte de mercenarios cubanos, cuyo primer contingente arribó a las playas de Nombre de Dios a mediados de Abril, mientras el Gobierno de la Perla de las Antillas hacía declaraciones de no saber nada de la invasión que salió de esa República.

La protesta del pueblo panameño fue unánime; todos los organismos cívicos y profesionales repudiaron el intento y centenares de panameños se alistaron para, en caso necesario, ir en defensa de la Patria.

Los cubanos se rindieron en Nombre de Dios luego de una intervención de los comisionados de la OEA el 30 de Abril y con ello se cerraba el comienzo de una invasión que patrocinaron altos funcionarios del Gobierno de Cuba y que de haber tenido éxito en Panamá, se habría extendido como un reguero de pólvora por todo el Istmo Centroamericano.

## REBAJA DE LA CUOTA POLITICA

Simultáneamente con la inquietud nacional existente antes y después de los sucesos de Tute, con objeto de crear el clima de la invasión, los periódicos de oposición insistían en que una de las causas de esta inquietud era la alta cifra de adherentes que se exigía para la formación de un partido político y como este era el argumento de fuerza que se esgrimía, el Partido Coalición Patriótica Nacional solicitó al Organismo Ejecutivo que sometiera a la Asamblea un proyecto de ley mediante el cual se bajara la cuota de inscripción a 5.000 adherentes. Liquidado así uno de sus argumentos principales, la prensa opositorista buscó otros puntos de ataque, pero ya la tensión popular había bajado notablemente. El significado de esta medida fue sin duda alguna trascendental, porque cambiaba radicalmente el proceso político y hacía volver nuestro sistema al de la proliferación de partidos sin ideal alguno, basados muchos en aspiraciones de pequeños grupos que quieren imponer su voluntad a toda costa. Al concluir 1959, se encontraban inscritos nueve partidos todos los cuales afirmaron que lanzarían sus propios candidatos presidenciales. Indudablemente, la medida alteró totalmente el panorama de la política Nacional y sus efectos se observarán con mayor prominencia durante el próximo período de gobierno cuando el mandatario tendrá que gobernar con número plural de partidos que exigirán su parte en el presupuesto nacional.

## EL CONGRESO DE LA CEPAL

No podemos dejar de incluir entre los hechos sobresalientes del año, la celebración del Octavo Período de Sesiones de la CEPAL, en el cual se dis-

cutió el informe sobre la situación económica de Panamá y otros países de América, así como el problema del Mercado Común. Esta magna reunión trajo a nuestro país al Secretario General de las Naciones Unidas, señor Dag Hammarskhold.

## NUEVO CONTRALOR DE LA REPUBLICA

El nombramiento del nuevo Contralor General de la República, recaído en la persona de don Alejandro Remón C., fue sin duda alguna uno de los hechos salientes del año que acaba de terminar por cuanto éste es uno de los cargos más importantes de la Administración Pública. El señor Contralor al entrar de lleno en el desempeño de sus funciones ha hecho un análisis de la situación fiscal a fin de buscarle la solución adecuada.

## EL DOCTOR RICARDO J. ALFARO EN LA HAYA

Como uno de los honores más altos que Panamá ha recibido últimamente, no puede dejarse de anotar el nombramiento del Dr. Ricardo J. Alfaro como Magistrado del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, hecho por las Naciones Unidas. La selección del Dr. Ricardo J. Alfaro entre otros jurisconsultos también de fama mundial, fue un hecho que llenó de júbilo a todos los ciudadanos de la República, pues era el reconocimiento de toda una vida al servicio del derecho internacional.

## ACERCAMIENTO INTERNACIONAL

En el plano de acercamiento internacional cabe mencionar la entrevista que sostuvieron los Jefes de Estado de Panamá y Costa Rica, don Ernesto de la Guardia Jr. y Mario Echandí en la frontera con objeto de colocar la primera piedra del edificio de aduana internacional que ha de quedar en la Vía Interamericana. En el mismo orden se anota la visita que hiciera a nuestro país el Presidente de Guatemala General Ydigoras Fuentes, la cual coincidió con la celebración de las Bodas de Oro del Instituto Nacional, otro de los acontecimientos sobresalientes de este año. En el mismo orden ha de incluirse la visita del Canciller de la República de Colombia y su comitiva, quienes plantearon la concertación de un convenio de integración económico cultural.

## EN EL CAMPO POLITICO

Los hechos señeros en cuanto a política, lo constituyen la postulación de Don Ricardo M. Arias Espinosa, como candidato de la Coalición Patrió-



tica Nacional a la Presidencia de la República en unión de los señores Heracleo Barletta B. y Alberto A. Boyd a la Primera y Segunda Vice-Presidencia, la formación de seis nuevos partidos políticos y los esfuerzos, frustrados hasta ahora, de consolidar un frente de oposición.

### MUERTE DEL DR. CONTE MENDOZA

Un acontecimiento que conmovió la comunidad fue la muerte del Dr. Horacio Conte Mendoza, en Londres, cuando iba a ser objeto de señalada distinción por una de las más altas corporaciones médicas de la Gran Bretaña. Su fallecimiento constituyó una muestra de pesar ciudadano el cual fue testimoniado por los centenares de panameños que concurrieron a su entierro.

### FALLECE NACHO VALDES

Si la Medicina Nacional estuvo de duelo por el deceso del ilustre ciudadano, Dr. Horacio Conte Mendoza, el Periodismo también colgó sus tules negros al desaparecer el periodista Nacho Valdés, quien durante más de un cuarto de siglo sirvió en las faenas de la prensa escrita y hablada. Sus colegas de la prensa y el pueblo panameño rindieron tributo de pesar por tal motivo.

### ACUEDUCTO Y ALCANTARILLADO

En cuanto a las realizaciones logradas por el Gobierno Nacional durante 1959 señalamos como una de las más importantes la iniciación de los trabajos del alcantarillado de las afueras de la ciudad y la inauguración de las mejoras del acueducto en ese sector. Esta obra, es de una urgencia vital pues, según declaraciones formuladas en diversas ocasiones por técnicos en Salud Pública, las afueras de la ciudad están en inminente peligro de una epidemia debido a la falta de alcantarillado y a la saturación de la tierra la cual ya no puede filtrar las aguas negras de los tanques sépticos que en muchos lugares corren por las calles. Ha sido este gobierno el que se ha decidido poner en marcha una obra de esta magnitud cuyos beneficios sólo se apreciarán cuando el sistema comience a funcionar.

### ESCUELAS

No se detuvo la acción gubernamental en las escuelas construidas en 1958; durante el año que acaba de terminar, se intensificó la acción a este respecto y fueron inaugurados varios edificios de singular importancia en

el Distrito de Panamá, así como dos gimnasios, uno para el Liceo de Señoritas del Centro Escolar "José A. Remón Cantera" y otro en la Escuela Profesional "Isabel Herrera O.", los cuales cuentan con todos los adelantos en esta materia. Asimismo fueron construidas en el interior de la República más de 300 escuelas con la ayuda de la comunidad, todo lo cual viene dando al estudiante las comodidades necesarias para un mejor rendimiento.

## INSTITUTO DE VIVIENDA Y URBANISMO

La acción de la Administración en el mejoramiento de la vivienda ha tenido su expresión en la labor intensa que viene desarrollando el IVU con objeto de dotar de viviendas con un mínimo de comodidades a las clases necesitadas. Se están terminando los estudios para la adjudicación de 1200 lotes en el área vecinal N° 1 de San Miguelito y se adelanta la construcción de una nueva Barriada para maestros y otra para obreros en combinación con la Caja de Seguro Social.

Esta labor se ha visto reforzada ahora por la Ley sobre inquilinato, la cual ha pasado al IVU la Junta de Inquilinato y por consiguiente todo lo relacionado con este problema. Así la institución va cobrando una importancia tal en el desarrollo de la vida nacional que muy pronto será una de las principales instituciones autónomas del país.

## LEY DEL SALARIO MINIMO

No puede cerrarse este resumen de hechos importantes, sin consignar como uno de los pasos más audaces del Gobierno la sanción de la Ley del Salario Mínimo, la cual ha tenido honda repercusión en todos los sectores del país, ya que ha aumentado sustancialmente los sueldos a millares de empleados particulares y públicos cuyos salarios oscilaban entre los treinta y cincuenta balboas. Se espera que haya dificultades en cuanto a su aplicación, pero a la larga ella beneficiará a las clases humildes y subirá el nivel de vida.

## **José Franco y La Palabra como acción**

(PALABRAS PARA UN HOMENAJE)

*por César Augusto Young Núñez*

\* \* \*

Nunca, quizá, había sido tan urgente que los corazones humanos se percataran de la realidad significativa del artista de hoy. Toda la historia de la poesía contemporánea no es sino la agonía de un sol luminoso signado por la tragedia. La voz inagotable de la poesía se detuvo a mitad del camino del cielo y de la tierra y lloró por segunda vez la caída del hombre. Las guitarras fueron arrancadas de las manos de los poetas y rotas sus cuerdas. Cesare Pavese en 1950 ponía fin a sus días suicidándose en un Hotel de Turín. Maiskoski, la personalidad más deslumbrante de la poesía rusa contemporánea, se alojó un balazo en el corazón cuando más se esperaba de su genio centelleante. Miguel Hernández, pastor de Orihuela, se pudre los pulmones en las cárceles franquistas. Lauro de Bosis, poeta romano, acosado por los aviones del Duce, se hunde envuelto en llamas en el mar Tirreno. (1) Y la lista fúnebre parece interminable.

"El dolor de los hombres es un tema tan grande que parece que nadie podría palparlo, a menos de ser como John Keats, tan sensible, decían que hubiera podido tocar con las manos el dolor mismo", escribe Albert Camus en "El Artista y su Tiempo".

Todos estos poetas, con el sueño entre las manos, aceptaron morir gloriosamente frente a un mundo insólito y salvaje. Sus voces tremolaron en la orilla de la justicia, haciendo ondear la bandera de la más alta dignidad en la conciencia de su época.

Estas palabras, os la he formulado, para que se sepa cómo los más grandes poetas, aún hoy, fueron marcados por un destino implacable y sus sacrificios aún no han sido suficientemente calibrados por sus contemporáneos.

Hoy, asumo el encargo honroso, de levantar mi voz en este homenaje que se le ofrece al poeta José Franco, homenaje que rebasa los linderos

---

(1) Thorton Wilder, "Los Idus de Marzo", Emece Editores, 1949.

estrictamente literarios para pasar a un sentido de entrañable afecto humano. Y este tributo no es sino el modo de valorar el testimonio de la dignidad poética. El caso de José Franco es el drama lucido de una conciencia alerta frente a la injusticia y la impostura. Su voz, su poesía, es la voz misma de la patria, su música doliente, su más fiel campanario.

Me viene a la memoria una conversación que sostuve con Miguel Angel Asturias —ese gran novelista de América— en compañía de Manuel Aguilera Rojas, allá por los años de 1954, cuando la sangre caliente de la juventud poética del país asomaba a una nueva realidad lírica. Miguel Angel Asturias expresó que abrigaba un gran optimismo con respecto a las nuevas producciones de los poetas recién venidos. Yo le había mostrado una serie de poemas, entre los cuales se encontraba uno de José Franco que llamó la atención del famoso novelista.

José Franco publicaba al año siguiente su primer libro que él titulara “Sollozos Anónimos”. Libro donde manifiesta su cosmos de imágenes y recuerdos en una síntesis lírica. El poeta saca a pasear una poesía cuya naturaleza campesina es un retorno a los rumores más íntimos de la tierra. Unas veces, es profunda y desolada que nos recuerda al Antonio Machado de las “Galerías”, y otras veces, frágil como el cristal de la lluvia. A este libro de poemas pertenece la “Elegía a Griselda Almar”, por cuya ventana un ruiseñor de oro entona un canto de un extraño poder enervante frente a la muerte de una maestra que enseña en una escuelita de su pueblo:

*He vuelto a llenar mi corazón de días sencillos.  
De mar, de ríos, de antiguos villorrios,  
como un verano de hojas juveniles.  
He vuelto a beber los días silvestres  
del canto mineral; los marañones  
en flor, y los naranjos en las afueras del pueblo.  
Porque tu blusa fué una día por el llano rodando  
como una enredadera de pañuelos en el alba.  
.....  
Siempre que miro el pueblo te recuerdo.*

“Sollozos Anónimos” es un libro que le valió señalarle para un puesto destacado en la lírica panameña. José Franco pasa entonces en los años siguientes por un período febril, se examina y canta. Su aventura creadora hace incursiones en el cuento y la novela. Viaja a El Salvador donde es saludado por los poetas de ese país con calurosa admiración.

Bien sé que estamos en los prolegómenos de sus historia artística. Mi voz se confunde con la voz del hermano y, ojalá quiera él comprender que mis palabras no son sino un acto de acercamiento a su obra y su vocación que comienza a caminar en la difícil tarea del arte.

Cuatro años después de su primer libro, José Franco publica "Panamá Defendida". Libro que hemos tenido el honor de leer hace poco. Con este libro el poeta enclava en el corazón mismo de la patria su dolor más alto, su alianza con la verdad y la libertad en profundo acuerdo con sus raíces y sus sueños.

José Franco recoge los elementos de la vida y de la historia de su tiempo y los ha hecho pasar por el círculo de fuego de su voluntad creadora, transformándolos en materia poética en lo que llamea la ira de la justicia y la poderosa expresión de la esperanza. La palabra se transforma en acción. La palabra tocada por el poeta se convierte en poesía de comunión con el hombre. Sueña en voz alta como diría Octavio Paz, "roca solar de la poesía mexicana".

Shalley en "La Máscara de la Angustia" no creyó nunca que la reforma de la sociedad pudiera comunicar la belleza del amor y hacer que reinara entre los hombres, si antes no llevara aparejada la regeneración de los cozarones humanos. (2) Pero Shelley jamás alcanzó a comprender que una reforma de la conducta social aseguraba en gran parte la reforma del hombre, que en última instancia llegaría a constituir la más elevada de las metas humanas. Por eso somos partidarios de una poesía para el hombre presente, para la vida presente, con su temporalidad fuera y dentro de sí misma, frente a la falsa postura de un arte de evasión para hombres de épocas venideras que jamás conoceremos.

Jean Paul Sartre, representa mejor a su época con "Nekrasov" que el delirio religioso de Pierre Jean Jouvre. "Las Uvas de la Ira" de John Steinbeck pulsa mejor toda una época en la historia del Sur de los Estados Unidos que el teatro cortesano y decadente del autor de "Cuatro Cuartetos".

El Artista, dice Albert Camus, si se aparta de su tiempo, habla en el vacío. De T. S. Elliot, por ejemplo, en el torbellino del tiempo, sólo se salvará "La Plegaria por los Navegantes" y otras poesías donde la lucha del hombre con el tiempo y la muerte se sobrepone al nihilismo de la época.

José Franco crea una poesía de categoría humana, donde la ideología y la emoción son productos de una mentalidad libre, y afirma:

---

(2) William Buttler Yeats, "Ideas sobre el Bien y el Mal". Obras escogidas, Aguilar, S. A. 1956.

*Porque reclinado al manso animal  
de su alma el hombre nace,  
besa los abrigos crepusculares; y cae  
e implora y muerde el polvo,  
atado a las raíces  
del devenir principio sustentado.*

Su angustia revolucionaria le hace responsable el oficio de escritor y comparte la esperanza de sus compañeros de ruta:

*Cuando termine la tristeza, cuando  
no haya mendigos y haya frutos, cuando  
sean los horas joyeles de alegría  
y la leche no falte en los manteles,  
cuando no se lastime la ternura  
de las recién paridas madres jóvenes,  
y los ríos extraños busquen sitios  
a sus banderas de aguas amorosas,  
cuando los barcos —islas errabundas—  
del pueblo universal llevan la paz  
seguiremos creyendo en tu memoria.*

Hermosa lección de humanidad. "Panamá Defendida" hace pública confesión del drama del canal panameño. Frente a esta declaración su voz se levanta indignada de las cenizas que cubrieron los ojos de la patria.

Las cuerdas de su poesía buscarán otras resonancias pero no perderán de vista el destino glorioso de su autonomía estética y humana.

Y será siempre valedera su magnífica potencialidad en el momento en que una nueva aurora redima al poeta de su alto sacrificio.

En medio del fracaso de los dioses la poesía es la fuerza que salvará al hombre de su colapso vital.

Bajo esa estrella saludamos a José Franco.

# El Tesoro de la Muerta

por LEONIDAS ESCOBAR

\* \* \*

## I

Pasada la primera etapa de la Colonia, con su bagaje de dolores, tragedias hechos heroicos que casi todos conocemos, y cuando ya habianse fundado casi todas las ciudades y aldeas del Istmo de Panamá, figurando algunas de ellas con grandísimo renombre en los anales de las conquistas de España en ultramar, comenzaron a llegar verdaderas invasiones de inmigrantes con el objeto de radicarse definitivamente en aquel nuevo y codiciado mundo. Portobelo, Panamá, Penonomé, Natá, La Villa de Los Santos, Santiago de Veraguas, Remedios, Alanje, etc., eran los sitios preferidos por los recién llegados, gente en su mayoría española, deseosa de apoderarse de las fértiles tierras alledañas a los caseríos, hacer sus construcciones, constituir pequeños feudos y abrirse paso hacia el futuro.

Todavía merodeaban por ahí algunas bandas de piratas, o mejor dicho salteadores, que eran los restos de aquellas grandes cuadrillas de hombres sin Dios, ni ley, que años atrás habían ensangrentado el Istmo, sembrando en él la destrucción y la muerte.

A pesar de la existencia de aquellos maleantes, ya las familias colonizadoras no mostrábanse muy alarmadas, como al principio acontecía, ya fuera porque habíanse acostumbrado a vivir ante el peligro, o ya porque la guardia armada que las principales fundaciones tenían era suficientemente numerosa, constituida por soldados y civiles, al mando de un oficial que recibía órdenes directas del gobernador de tierra firme.

Fue por este tiempo, cuando llegó al Istmo, procedente de España, y para radicarse en la Villa de Los Santos, don Alonso Melguizo del Camino, conde de Villaverde, casado con la condesa señora doña Soledad Valencia, nieta de los marqueses de Casavalencia y una de las damas linajudas de Castilla.

Ambos eran entrados en años, pues don Alonso hallábase bordeando los setenta y doña Soledad los sesenta y cinco, motivo por el cual, el primero habíase opuesto a aquel viaje, pero no así la segunda, quien ilusionada por las cosas que su hijo único don Pedro Antonio le pintaba, entróle fuertemente el deseo de no morir, sin antes haber conocido aquel nuevo mundo del que tantas maravillas se contaban y del cual habláse continuamente en todos los países de Europa.

Cuando don Alonso, doña Soledad y don Antonio llegaron a tierra panameña, traían consigo veinte esclavos negros y robustos a quienes dieron libertad en la capital del Istmo, siguiendo consejos de personas honorables, que dijéronles se proyectaba reducir en cuanto fuese posibles la esclavitud en el nuevo mundo, según diligencias que ya estaban adelantando las autoridades eclesiásticas ante las cortes españolas. Libre aquellos esclavos, el conde de Villaverde solo dejó a su servicio a un negro de cuarenta años, llamado Pedro Nicolás a quien el señor Melguizo había utilizado como ayuda de cámara desde diez años atrás, y en quien todos los de la casa tenían depositada la más absoluta confianza, por ser Pedro Nicolás un servidor honrado y fiel. Fue este, pues, el único criado que los acompañó a la Villa de Los Santos, no en calidad de esclavo, sino como mayordomo que ganaba de sus amos algunas pesetas al mes.

Transcurrieron algunos años, y Pedro Nicolás, con el permiso de sus amos, casó con una mulata llamada Micaela Hernández, siendo muy regalado por sus patrones, quienes no solo diéronle una casa para vivir, sino que aumentaron su sueldo, en forma generosa, con el objeto de que pudiese atender solícitamente a las necesidades de su hogar. De este matrimonio vinieron al mundo un par de mellizos muy sanos y bellos que causaron admiración general y merecieron ser llevados a la pila bautismal por don Alonso y doña Soledad, que eran considerados en la Villa como los principales personajes en dinero y linaje. Cinco meses más tarde murió repentinamente doña Soledad, causando verdadera consternación entre los vecinos del lugar, y siendo muy llorada por don Alonso que encontrábase inconsolable, por su hijo don Pedro Antonio, y por Pedro Nicolás, quien la quería como una verdadera madre.

Enterrada la señora, corrió por todo el pueblo la noticia de que había sido sepultado con todas sus joyas y prendas de oro, por haber sido voluntad suya que nadie gozase sus collares, aretes, anillos, brazaletes, prendedores, peinetas y cadenas que ella había lucido en la vida con tanta señoría y magnificencia. Agregaban las informaciones que, sobre el pecho de la muerta habían colocado un crucifijo de oro puro, que pesaba una libra, y que brillaba como una llamarada sobre los hábitos mortuorios del cadáver.

Todo esto oyólo Pedro Nicolás a la gente de la calle, y aunque él sa-



bía que aquello era pura falsedad, pues él más que nadie había visto el cadáver de su ama antes de ser sepultado, comenzó a entrar en dudas, por lo cual resolvió informar a don Alonso sobre los rumores que circulaban.

Habíase ido para la ciudad de Panamá don Pedro Antonio en viaje de negocios y por olvidar sus penas, y aquel día el décimo después del entierro de doña Soledad, encontrábase afligidísimo don Alonso, viéndose sin su mujer y sin su hijo no quedándole otra compañía que la del fiel Pedro Nicolás y la de un sacerdote misionero que, desde el entierro de la difunta, visitaba diariamente la casa.

Llegó Pedro Nicolás de la calle y encontró a su amo en una alcoba, acomodado en un sillón y sumido en la más profunda meditación. Tímidamente, y haciendo muchos preambulos, infórmole todo lo que la gente decía, terminando por preguntarle si aquello era verdad y opinando, que el asunto era muy peligroso, pues conducía a que los ladrones profanacen el cadáver por robarse las joyas que la acompañaban.

Como todo en realidad no era más que una absurda conseja forjada por la imaginación chismosa y calenturienta del pueblo, don Alonso mostróse muy incómodo y dijo así a su criado:

—Es increíble, Pedro Nicolás, que en una mente equilibrada pueda caber tan grande y extravagante adefesio. No profanes la memoria de tu ama y señora uniéndola a tan ridículas versiones. Preocúpate únicamente por las cosas que atañen a tu amo y a tu hogar y no prestes oídos a las absurdas leyendas de la gente sin oficio. Eleva tus oraciones por la salud eterna de tu amo y pídele al Señor que nos de cristiana resignación para soportar el vacío que nos ha dejado.

Desde aquél día y con estas palabras, quedó convencido por completo Pedro Nicolás de la ridiculez y falsedad de lo que la gente decía, pero no así Micaela, su mujer, quien cada vez que su esposo llegaba a su casa, comenzaba a decirle:

—Vez esta pobreza en que nos encontramos, y pensar que tu ama prefirió irse a la tumba con todas sus riquezas, sin dejarnos siquiera un anillo o un arete.

A lo cual Pedro Nicolás contestaba:

—Mujer cabeza de roca eres tú, que más que nadie sabe y conoce que mi difunta ama sólo llevóse a la tumba su túnica mortuoria. Porque siempre has de salirme con esas cosas? Otra vez que me lo digas, voy a propinarte una paliza que te deje maltrecha las posaderas. Y con éstas u otras palabras quedaba solucionado por el momento el conflicto matrimonial.

Al cabo de año y medio de estos acontecimientos, murió también casi repentinamente don Alonso Melguizo del Camino, siendo también muy llorado como lo fue su esposa, y dejando según la voz pública, un testamento por el cual constituía en heredero universal de todos sus haberes a su hijo único don Pedro Antonio, quien para aquel tiempo habíase casado en Panamá con una bella dama, también española, rica y noble.

Igualmente decían las gentes que el testamento del difunto poseía una cláusula especial por la cual don Alonso dejaba a Pedro Nicolás la cantidad de treinta mil pesetas, dos caballos y un pedazo de tierra alodado al río la Villa.

Pero lo cierto del caso fue, que nunca hubo ojo humano que pudiera decir yo ví aquel importante testamento, por lo cual, según órdenes impartidas desde Panamá por don Pedro Antonio, llegaron a la Villa de Los Santos, dos abogados de Natá, quienes hicieron inventario de todo lo existente y en pública subasta lo realizaron como pudieron, no oyendo en ningún momento la súplica llorona de Pedro Nicolás, quien repentinamente vióse a las puertas de la miseria, privado por completo del sueldo, el cariño y la bondad de sus protectores.

Ante tanta ingratitud y tanta ignominia, Pedro Nicolás incendió con sus gritos el pueblo, llamando mil veces ingrato a don Pedro Antonio, ladrones, estafadores y rateros a los abogados; y desagradecido al difunto don Alonso. Estos gritos eran coreados por todos los vecinos de la población, los cuales decían que verdaderamente el finado hubiera podido dejar a Pedro Nicolás alguna renta para vivir y no condenarlo al desamparo, al olvido y la miseria.

Pero la algarabía fue "voz clamando en el desierto" y los abogados no prestaron oídos a las súplicas, lamentaciones y cuentos de Pedro Nicolás; callóse éste el pico y resignóse con su suerte, comenzando a ganarse la vida como Dios se lo ayudó.

Así las cosas; un día llegó al pueblo la noticia de que un pirata irlandés, a quien llamaban el "Tuerto" había desembarcado en el puerto de Mensabé y que venía con una cuadrilla de malhechores, a través de los campos, hacia la Villa de Los Santos con el objeto de saquear el cementerio y apoderarse del tesoro de doña Soledad Valencia.

Esta noticia estalló como una bomba en el vecindario, y al momento todos los hombres, bajo la dirección de las autoridades, comenzaron a hacer preparativos para defender bríosamente sus bienes y sus hogares, en caso de que "El Tuerto" y su cuadrilla quisieren entrar a la Villa a sangre y fuego.

Nadie creyó conveniente montar guardia sobre el cementerio, pues toda la gente honorable de la ciudad sabía que no había ningún tesoro en la tumba de doña Soledad y que las versiones al respecto eran puro chisme y habladurías, cosa que, por lo demás iría a proporcionar un gran chasco a los bandidos.

Al comenzar la noche de aquel día llegó Pedro Nicolás a su casa con algunos pescados que había cogido en el río y lleno de nervios con la noticia que estaba circulando en el pueblo. Y no bien hubo tomado asiento en una burda banca que había en la cocina, cuando su mujer irrumpió diciendo: Que ya veía que los piratas venían por la joyas de la señora, que eran tan ciertas como ser ellos pobres, y que aquella riqueza que hubiera podido ser de ellos, se la iban a llevar ahora unos ladrones sin corazón que hijos del diablo debían de ser.

El cuento de las joyas habíase olvidado por completo, pero con la cuestión del pirata volvióse a resucitar, en tal forma, que cuando Pedro Nicolás oyó lo que su mujer le decía ya no dióle la airada respuesta que acostumbraba darle, sino que, mirándola maliciosamente díjole entre sonreído y nervioso.

—Cállate la boca mujer que alguno puede pasar por la calle y oír tus atormentados cuentos. Pero para que te calmes y te consueles, oye lo que voy a decirte: Yo sé que en la tumba de mi ama no hay oro ni nada que se le parezca, pues que yo mismo ví el cadáver antes de ser clavado y sepultado el ataúd, pero para quitarte esos chismes y esas lamentaciones infundadas, has de saber que esta noche, después de que las doce sean nos iremos tú y yo para el cementerio con las herramientas necesarias, desenterraremos el cadáver de mi ama, y tú verás con tus propios ojos que en la caja no hay más que un esqueleto de hueso y puro hueso.

—Dios te bendiga, Pedro Nicolás —dijo entonces Micaela—. Es la primera vez que te veo con tus cinco sentidos completos. Eso es, precisamente, lo que debíamos haber hecho desde hace mucho tiempo. Ya estaríamos ricos. Pero... en fin... todavía podemos hacerlo. Quizás los piratas no lleguen hasta mañana, y entonces se encontrarán con el hueco vacío. Vamos a cenar, Pedro Nicolás, que esta noche con la ayuda de Dios seremos ricos.

Admiróse Pedro Nicolás de lo valerosa que era su mujer, por lo cual sintió vergüenza de sí mismo, y palmoteándola en la espalda le dijo cariñoso:

—Vaya! Maravilla! con la mujer que tengo!

### III

Entró la noche, huérfana de luna y de estrellas, como anunciando una tragedia. Desde las siete, una lluvia lenta y menuda se desató sobre la Villa, y el río cercano bajaba crecido produciendo gran estrépito, como si se despeñasen los montes.

En las esquinas de las calles encendiéronse faroles, a cuyo reflejo, tenue, advertíase entre la penumbra las siluetas de los centinelas que guardaban el pueblo. En el campanario de la iglesia lanzaban los buhos sus gemidos siniestros.

Los hombres caminaban por las calles con el corazón expectante y las armas en las manos, al cinto o al hombro. Todas las casas hallábanse cerradas y dentro las mujeres entonaban plegarias. Se aguardaba el ataque de los bandoleros de un momento a otro.

Las horas pasaban y pasaban lentas, dilatando la angustia de la espera.

Cuando las doce de la noche fueron y, siempre bajo la lluvia tenue, caminando hacia el cementerio iban Pedro Nicolás y su mujer, tratando de no meter ruido y procurando no ser vistos en medio de las tinieblas.

Para ampararse de la lluvia, ambos iban envueltos en mantas que al mismo tiempo servíanles para ocultar las herramientaas con que iban a hacer su desentierro. Hubiérales visto alguno en aquella facha, por aquél camino y a tales horas, y hubiera podido jurar que había visto fantasmas, pues eso y no más que eso semejaban los dos entre la noche.

Llegados al cementerio, dijo Pedro Nicolás a su mujer:

—Bueno, Micaela: mientras yo abro el hueco, aguaita por toditicas partes, a fin de que nadie vaya a sorprendernos en este negocio, pues si tal cosa sucediera, los dos iríamos a parar a la cárcel en un cerrar de ojos.

—Trabaja sin nervios, hombre, —contéstole Micaela— que yo estaré alerta y, al primer ruido que oiga o a la primera sombra que vea, te pondré en aviso para que nos ocultemos. Ya en esto habíase puesto Pedro Nicolás a cavar la tierra con devoradoras ansias, arrancando con los primeros golpes del barretón una pequeña losa de mármol y una cruz que era todo el adorno que la sepultura de doña Soledad tenía, puesto que ella había dado instrucciones a su confesor para que cuando muriese le enterrasen en la misma tierra y no en bóvedas ni monumento alguno.

La lluvia había arreciado un poco más y con esto vinieron algunos truenos y relámpagos, a la luz de los cuales, las cruces del cementerio se veían como un extraño ejército de inmóviles fantasmas con los brazos abiertos.

Una bandada de murciélagos revoloteaban sobre las cabezas de Pedro Nicolás y su mujer, al tiempo que las palmeras del camposanto, enloqueci-

das por el viento, bailaban como una danza macabra, a la luz de los relámpagos y bajo los gritos del trueno.

Micaela comenzaba a arrepentirse de haber cometido aquella barbaridad y, secretamente, pedía a la Virgen no les fuese a dejar matar de un rayo por la profanación que estaban cometiendo, cuando vino a sacarla de sus plegarias la voz de Pedro Nicolás que decía:

—Ya mujer! Ya! Aquí está el cajón. Voy a anchar un poco más el hueco para que lo saquemos y veamos lo que contiene.

—Está bien —contestó Micaela con tartamuda voz—. Apúrate lo que más puedas que en realidad te digo que estoy muriéndome de miedo.

Siguió Pedro Nicolás cavando con todas sus fuerzas, ya metido dentro del hoyo que había abierto cuando en esto cayó un rayo tan cerca y con tal furia que el relámpago y el trueno dieron en tierra con la pobre Micaela, quien nerviosa como estaba, creyó que había llegado su fin.

—No te asustes mujer —gritóle Pedro Nicolás—. Corre a escampar bajo un árbol mientras yo termino este trabajo que ya casi acabado está.

—Yo me quedo aquí en el suelo —respondió Micaela sollozando—. Pero trata de acabar ligero. Padre Nuestro que estás en los cielos... (Y comenzó a rezar).

—Invoca a Santa Bárbara —gritóle desde el hoyo Pedro Nicolás—, porque la tempestad es muy grande y a lo mejor Dios nos echa un rayo encima.

Y como si lo hubiera llamado, un nuevo rayo cayó entonces sobre una de las palmeras del cementerio, la cual se vino a tierra al tiempo que el trueno estalló como la descarga de un inmenso cañón.

—Dios nos ampare, Micaela —exclamó desde el hoyo Pedro Nicolás— y como advirtiese que su mujer no contestaba asomó la cabeza buscándola, a lo cual descubrióla desmayada, bocarriba y privada del conocimiento casi al alcance de su mano.

Salió del hueco, confundido, creyendo que estaba muerta, pero a poco conoció que era el susto que la tenía así, por lo cual apartóla un poco del hoyo, y obrando con la mayor rapidez volvió de nuevo a su trabajo.

En las grietas de las tumbas viejas el viento al penetrar, producía gemidos extraños, y en todo el cementerio percibíase algo así como un quejido prolongado y fúnebre que era una canción de muerte.

—Ya está! Ya está! —dijo dentro del hueco Pedro Nicolás—, contando con que su mujer le oía. Y trascurrido que hubo poco más de un minuto, y haciendo los mayores esfuerzos paró perpendicularmente el carcomido ataúd dentro del hoyo. Hecho esto saltó fuera, agarró la fúnebre caja de la parte que quedábale a mano, y tirando con todas sus fuerzas acostó el ataúd cuan largo era sobre la tierra fangosa del camposanto.

Corrió entonces, hacia el sitio en donde estaba Micaela, pero hallóla lo mismo. Sin conocimiento. Casi inerte. ¿Qué hacer?...

--Regresó al lado del ataúd. Palpóle lentamente por todas partes, entre la oscuridad de la noche. Lo halló desmoronado y podrido. Y sin vacilar dióle dos fuertes golpes con el barretón, haciendo saltar la carcomida tapa, la cual dejó al descubierto el descarnado esqueleto de la que en vida fué Doña Soledad Valencia. Sin embargo, Pedro Nicolás no lo veía porque la oscuridad era densa y él no llevaba luz alguna.

Deseaba con todo corazón que la luz de un relámpago iluminase lo que dentro del ataúd había, más no habiendo relámpago por el momento, temblorosamente, lentamente fue metiendo la mano dentro de la fúnebre caja, palpándolo todo con cuidadosa emoción. Primero tropezaron sus manos con un hueso largo y arqueado, que él juzgó fuese una estilla. Luego con otro de la misma forma. Y otro, y otro y otro más. Estaba todavía intacto el armazón de huesos, y Pedro Nicolás con una sangre fría sobrehumana, fue tocando hasta los pies toda la desnudez ósea de aquél cadáver ya purificado por los gusanos de la tierra.

De repente, un pálido relámpago iluminó la noche, y los ojos asombrados de Pedro Nicolás vieron a través de las rejas de las costillas del cadáver, un lindo crucifijo de oro puro que brilló como una brasa bajo la luz del relámpago.

Con un brusco movimiento se apoderó de la joya, lleno de codicia, y corriendo al lado de su mujer gritóle:

--Aquí está, Micaela! Aquí está. Era verdad! Somos ricos! Muy ricos! Aquí está el oro, Micaela! El oro! Desperta mujer. Aquí está el oro!

Arrodillóse junto a ella para tratar de reanimarla, pero en seguida observó que estaba helada. Helada como un cadáver.

Dió un grito de espanto y lleno de estupor exáminole el corazón. Tampoco. No latía. Su pobre mujer estaba muerta!

--Muerta! Muerta! --dijo en voz alta, en el colmo de la desesperación--. Dios mío, Dios mío, está muerta!

Tiróse una manotada a la cara para atajar el llanto que se le venía. Puso sobre el pecho inerte de Micaela el crucifijo de oro que tenía en la mano, díjole como si pudiera oírlo:

--Bueno mujer. Este es tuyo. Llévatelo. Lo otro será para mí y para mis hijos.

Y dicho que hubo esto, encaminóse al carcomido ataúd donde estaban los restos de Doña Soledad.

Palpando, palpando... palpando... siempre en medio de una oscuri-

dad tétrica, fue Pedro Nicolás sacando, una a una todas las joyas de su ama. En realidad allí estaban todas, a los pies del esqueleto.

Quitóse la camisa. Extendióla sobre la tierra húmeda, y allí sobre aquél mísero trapo, fueron cayendo las valiosas prendas de oro purísimo que en otros tiempos pertenecieron a la linajuda nieta de los marqueses de Casavalencia. Cadenas, collares, aretes, brazaletes, peinetas, anillos y prendedores. Un tesoro completo.

Limpiando el ataúd de aquellas alhajas mundanas, y obrando Pedro Nicolás como a impulsos de una voz secreta, comenzó a dar golpes con el barretón al esqueleto de Doña Soledad, con el objeto de desmenuzarlo o volverlo diminutos pedazos... para enterrar de una vez allí, en aquél ataúd, el cadáver de su adorada Micaela. No tuvo que golpear mucho tiempo. El esqueleto desbarátose, en pocos minutos y quedó reducido a un macabro arrume de huesos y cenizas que ocupaba poco espacio.

Trajo entonces, el cadáver de Micaela. Acomodólo como pudo en la carcomida caja. Colócole el crucifijo sobre el pecho. Tapó el ataúd y, bajandoló al hoyo como Dios le ayudó, comenzó a echar de nuevo la tierra sobre él. Había venido a buscar oro, y lo había encontrado, pero en aquella empresa había perdido a su esposa que era también oro puro en el horizonte de su vida. El espíritu de Doña Soledad Valencia se había vengado en aquella forma.

Una hora después el trabajo quedó concluído, y la losa y la cruz colocadas de nuevo en su puesto. La lluvia también había terminado y a lo lejos cantaban los gallos anunciando la presencia de la madrugada.

Pedro Nicolás envolvió cuidadosamente en su camisa las preciosas joyas. Tómolas en una mano, y en la otra las herramientas, y a paso lento y desfalleciente encaminóse hacia la salida del camposanto. Iba como sonámbulo. Sentía que la cabeza le daba vueltas. No podía pensar. Un raro malestar hacía temblar su cuerpo. Únicamente se daba cuenta de que iba caminando... como por un inmenso túnel sin salida.

Medio minuto más y habíase salido del cementerio, más no fué así. De repente sintió que dos garras aprisionaban su garganta, al tiempo que una voz ronca le gritaba:

—Ríndase Ud.! Ríndase o lo estrangulo como a un perro!

En este mismo instante un potente farol de mano fue encendido por alguien, y Pedro Nicolás vió que hallábase frente a un hombre corpulento y de rostro sanguinario que le miraba con un solo ojo, pues sobre el otro tenía un redondo tapón de cuero. El desconocido llevaba además un sombrero de anchas alas, dos pistolas al cinto, y calzaba altas botas de caballería. Detrás de él había otros hombres igualmente vestidos.

Paralizado por el estupor, Pedro Nicolás comprendió que estaba en presencia del pirata que llamaban "El Tuerto" y su cuadrilla, y aunque quiso gritar y hablar no pudo, porque el terror se lo impidió.

En un abrir y cerrar de ojos le arrebataron las herramientas y el atado formado por su camisa y las joyas, y nuevamente oyó la voz ronca del Tuerto cuando ordenó a sus hombres:

—Abran ese envoltorio para ver que contiene. A lo mejor este bicho nos ha ahorrado el trabajo que veníamos a hacer.

Uno de los bandoleros desató rápidamente los nudos de la camisa y a la luz del farol, apareció claramente lo que el envoltorio contenía: un montón de huesos humanos.

Huesos? Sí. Una calavera y gran cantidad de vertebras de un esqueleto humano. El Tuerto y sus hombres cambiaron miradas de inteligencia, entre sonreídos y asombrados, mientras que Pedro Nicolás con la boca abierta y los ojos casi saltados de las órbitas no daba crédito a lo que veía.

—Llevabas esto para hacer una sopa? —le preguntó el Tuerto.

Una carcajada estridente salió de la boca de los bandoleros y pasó como una cuchilla sobre los párpados de Pedro Nicolás que, sin saber cómo ni porqué, encóntrose en la cama de su casa, entre las mantas tibias, lleno de sudor y pálido mortal, acabado de despertar de aquella horrible pesadilla.

Todo había sido una tremenda pesadilla, de aquéllas que acometen a los seres humanos cuando les causa indigestión la cena.

En este momento nuestro hombre oyó la sonora y querida voz de Micaela que gritaba desde la cocina:

—Levántate maridito que ya está el desayuno.

Y Pedro Nicolás, rió entonces, de la vida, y de la muerte!



## *De la Guerra de los Mil Días:*

# Como conocí a Victoriano Lorenzo

por EZEQUIEL VALDES

\* \* \*

Por aquella época murió mi padre, don Ricardo Valdés López, en Penonomé, donde ejercía las funciones de Juez de Circuito. Mi madre, doña Benigna Aguilera de Valdés, había muerto seis años antes y quedamos huérfanos tres hermanas y yo, el menor, que contaba apenas diez años. Nos vimos en la imperiosa necesidad de trasladarnos a Antón y donde residían nuestros parientes más cercanos por la línea materna.

Era durante la guerra de los mil días. Acababa de pasar el combate del Puente de Calidonia, allá por julio de 1900, en el que fracasó ruidosamente el Ejército Liberal Revolucionario, comandado por el Dr. Belisario Porras y otros conspicuos jefes del partido. Pocos meses después de la capitulación, Victoriano Lorenzo se levantó en armas en las montañas de Coclé, tomando como insignia el rojo, pendón liberal. La tropa de Victoriano Lorenzo consistía en un grupo bastante numeroso de "cholos" y su armamento en escopetas de toda factura y calibre, de machetes y de algunos rifles Remington "reformados" que había logrado tomarle a las tropas regulares del enemigo que se aventuraba a entrar en la manigua. Adoptó el sistema de guerrillas. Sus hombres se situaban en los barrancos o entre los matorrales, a los lados del camino por donde tenían que pasar los soldados del Gobierno, y disparaban una descarga, matando a unos, sembrando la confusión en otros y dispersando a los demás, mientras que ellos desaparecían entre la maleza como ardillas, haciendo difícil su persecución. Por medio del terror Victoriano tenía sometidos a los moradores de toda la región coclesana. Penonomé estaba prácticamente sitiada y Antón se encontraba abandonado a su propia suerte, pues allí no



General VICTORIANO LORENZO

“Era un indio con todas las características físicas de su raza, pero de temperamento nervioso, de movimientos ligeros y, por su manera de hablar, de inteligencia clara y despierta”.

existía autoridad de ninguna clase y los hombres de edad militar, como quien dice, con pocas excepciones, habían abandonado el pueblo para no verse obligados a ingresar en ninguno de los dos bandos. Así es que sólo quedaban algunos viejos, las mujeres y los niños. Tal era el terror en que se vivía, que con decir "vienen los cholos", quedaban cerradas todas las puertas aun en pleno día. Se rumoraba que Victoriano y su gente estaban cometiendo atrocidades y que pasaban por las armas a cuantos "godos" (conservadores) o sospechosos de enemigos caían en sus manos. Nuestra situación era alarmante, pues, precisamente, eran conservadores casi todos nuestros parientes. Teníamos noticias de que habían sido víctimas de los "cholos", Ramón Herrando, asesinado alevosamente en Río Grande; Trinidad Lombardo, muerto a machetazos en San Agatón, Leandra Gutiérrez, ahorcada en La Negrita; el Capitán Julio Rincón, descuartizado en Chigoré; y el Padre Antonio Ruso, sacrificado a balazos en la misma iglesia de La Pintada.

Cuál sería mi estado de ánimo, cuando, impresionado por el relato de todos estos horribles hechos, una noche desperté al oír un disparo y luego el ruido de armas y pisadas de caballos en el portal del caserón en que habitaba con mis familiares. Yo dormía en un espacioso salón con mi tío Augusto Aguilera, quien por ser de filiación liberal y estar viejo y enfermo no había creído necesario huir del pueblo como el resto de los hombres de la familia. De pronto tocaron violentamente la puerta a golpe de culata. Como mi tío no sabía qué hacer y los golpes se repetían con más fuerza, resolví abrir yo. Un grupo de hombres se avalanzó al salón y entre ellos, a pesar de su corta estatura, se distinguía la figura del Jefe Guerrillero, General Victoriano Lorenzo. Era un indio con todas las características físicas de su raza, pero de temperamento nervioso, de movimientos ligeros y, por su manera de hablar, de inteligencia clara y despierta.

"Dése preso", le dijo Victoriano a mi tío. "Traiga la soga de "Soto Mayor", ordenó a uno de sus hombres. Era que habían, bautizado con el nombre de uno de los generales del partido conservador, famoso por su valor y audacia, el caballo en que montaba el guerrillero.

Mientras esto sucedía, la soldadesca se distraía en registrar la casa. Mi tío Augusto temblaba como un azogado y hacía protestas de liberalismo, pero sin resultado, pues continuaba amarrado con la soga de "Soto Mayor". Sin embargo, Luisa Soto, una negra muy fiel y muy buena a quien siempre recuerdo con el mayor cariño porque me cuidaba y me quería entrañablemente, como una madre desde que murió la mía propia, logró convencer a Victoriano Lorenzo de que mi tío era un efecto un genuino liberal y obtuvo su libertad.

Entonces, para que su entrada en la casa no resultara del todo inútil el temido General pidió papel y tinta para confeccionar una lista de los Aguileras conservadores. Doña María Caizedo de Ponce, una respetable matrona bogotana, casada con mi tío, el Dr. Salomón Ponce Aguilera, le trajo recado de escribir y el guerrillero se puso a anotar en una consola de mármol los nombres de Manuel María Aguilera, Pedro Antonio Aguilera, Salomón Ponce Aguilera, Sebastián Ponce Aguilera (1) En eso estaba, cuando se le acercó un mensajero que acababa de llegar del puerto de "Pescaderías" y le informó que habían desembarcado allí fuerzas del Gobierno. Al tener la noticia, Victoriano saltó de su asiento dejándolo todo, y abandonando nuestra casa con precipitud inusitada, llamó a su ayudante, le dió órdenes a la tropa que formara inmediatamente, y abandonó la plaza en el acto. Al despuntar la aurora no quedaba un soldado de Victoriano en el pueblo y la calma volvió por el momento a sus moradores.

Aquella época calamitosa de mi vida ha dejado recuerdos imborrables en mi memoria. Carecía de todo, inclusive de una protección adecuada debido a mi orfandad. Sin embargo, el hambre y todas las penalidades sufridas sirvieron para templar mi espíritu y prepararlo para luchar contra el miedo y el dolor.

Se dice que el audaz y valiente guerrillero fue juzgado y sentenciado a muerte por todos los crímenes a que me he referido en el curso de este relato, aunque no todos fueron cometidos ni autorizados por él, pero, sea como fuere, Victoriano Lorenzo fue hecho célebre, ocupa lugar prominente en la historia política del Istmo, y hasta ha sido considerado como mártir del liberalismo de su época, por la manera espectacular como fue fusilado en la "Plaza de Armas de Chiriquí", conocida hoy con el nombre de "Plaza de Francia".

(1) Además de mi tío Augusto eran liberales mi tío Arcadio Aguilera y mi tío Redolfo Aguilera quienes tomaron parte activa en la guerra de los mil días.

*Ensayo:*

# Medioevalismo y Modernidad en la Conquista de Panamá

por CARLOS MANUEL GASTEAZORO

*a Miguel J. Moreno Jr. y Graciela Gasteazoro de Moreno  
fraternamente.*

\* \* \*

Era costumbre en el medioevo castellano que los matrimonios estériles que querían adoptar un hijo se metieran dentro de un ancho camisón para ejecutar con pantominas todo el proceso del parto. Luego, pasados los años, cuando los hijos que antes adoptaron resultaban ingratos, venían las lamentaciones por haberse metido en camisas de once varas. De este entonces data la expresión. Traigo a colación esta anécdota porque, en realidad de verdad, al proponerme rastrear las huellas medioevales y las modernas en la conquista de Panamá me he metido en camisa de once varas. Trataré de salir de ella en la forma más airada posible. Permitidme, pues, a este universitario que no puede dejar de ser modesto, el también ser audaz.

Pero, ante todo y como tarea inicial, se hace necesario aclarar dos palabras que está en el título de esta conferencia. Ellas son: medioevalismo y modernidad, las cuales están circunscritas a un determinado espacio geográfico que en este caso es Panamá.

El término medioevo es relativamente viejo. Al parecer, se introdujo hace unos trescientos años en el lenguaje de los humanistas en relación con los estudios clásicos y la resurrección de lo antiguo con lo que se sintió el renacer de una nueva edad. Para los humanistas la destrucción del mundo greco-romano fue fundamentalmente obra de barbarie como también los siglos "medios" que siguieron y que se caracterizaron por ser una época de oscura ignorancia. Como resabios de esta antigua concepción tenemos la terminología inglesa de "dark age" y el tan arraigado concepto de las tinieblas de la Edad Media. Esta expresión que hoy ya sólo podemos tomarla en broma, sigue siendo para muchas personas un concepto tradicional. La revalorización de la Edad Media corresponde a la historiografía contemporánea.

Paso al complicado problema de los límites o fronteras de esta época que termina precisamente cuando se inicia el Renacimiento, el que por consiguiente entra ya dentro de los predios de la modernidad.

El problema no es tan sencillo como a primera vista nos parece. Apenas nos tomamos el trabajo de seguir con algún detalle un hecho histórico nos damos cuenta, enseguida que está íntimamente relacionado con los hechos antecedentes y subsecuentes. Tenemos, pues, que toda parcelación cronológica en la historia es arbitraria.

Pero volvamos a los humanistas que analizaron el problema. El primero en establecer un límite entre la historia medioeval y la historia nova, fue Cristóbal Cellarius al poner como fecha de separación el año de 1453, con la toma de Constantinopla (por los turcos). Desde ese entonces se ha gastado mucha tinta y mucho papel para proponer un sinnúmero de fechas límites para la separación tajante de ambos mundos. Quizá el punto de vista más correcto sea el de Henri Pirenne en nuestros días, cuando señala el siglo XV como comienzos de la Edad Moderna, no queriendo decir ello que atisbos de modernidad existieron a lo largo de toda la Edad Media y que precisamente fue la que lenta, pero firmemente, preparó los tiempos modernos.

Tanto la Edad Media como la Edad Moderna trabajaron con la herencia de la antigüedad para edificar sobre ella su propia modernidad, y por ello es medioeval el Renacimiento como es renacentista la Edad Media. Traigo a colación una prueba entre muchas que me parece oportuna y quizás demasiado común: el caso de Petrarca. (Nació en 1304 y murió en 1374). Cometeré la perogrullada necesaria al recalcar ahora que el siglo XIV es Edad Media todavía y, sin embargo, el poeta italiano tiene todas las características del hombre moderno, no sólo por su biblioteca de clásicos grecolatinos donde acostumbraba a tener coloquios íntimos con Virgilio, sino también por usos y costumbres de un hombre de hoy.

Tal modernidad hay en Petrarca que Mayer, en su "Historia del pensamiento político", llega a mirar el principio del Renacimiento en el ascenso del poeta al monte Ventoux donde contempla, desde las alturas, el mundo circundante en contraposición precisamente del hombre gótico que tenía como mundo de perspectivas su propia intimidad.

Pero apesar de ser Petrarca no un precursor, sino un iniciador del Renacimiento, como también lo fueron el Dante, Boccaccio y tantos hombres ilustres que sería ahora largo enumerar, nos llevan a la conclusión que historiadores de primera línea en nuestros días han llegado a formular como el danés Norstrom, el alemán Thode y el español Menéndez Pidal, que el Renacimiento vino a ser la culminación de la Edad Media. Tesis contrapuesta a lo que Burckhardt había planteado en su magistral "Historia del

Renacimiento Italiano", que vió surgir este esplendoroso movimiento como un florecer milagroso sin ligaduras con el pasado medioeval.

Concluyendo con este punto podemos decir que el mundo medioeval y el mundo moderno se dan la mano a través del Renacimiento que vienen a ser las voces de una pasarela en la historia encargada de unir dos épocas distintas en cuanto a sus líneas de fuerza y a sus ideales.

Se conservaron en el Renacimiento muchos elementos medioevales vivos y por consiguiente creadores, pudiendo hacer suya en este entonces la Edad Media una frase que dice un personaje de una novela de Mark Twain, cuando advierte: "yo creo que es demasiado prematura la noticia de mi muerte" y sin embargo conviven con esos elementos muchos otros nuevos y hasta inéditos en la experiencia histórica. Efectivamente, en los siglos XV y XVI se conservan aún la desconfianza en la naturaleza humana, el pesimismo y temor a la muerte y al juicio final. En cambio el Renacimiento es también optimismo, fé en el hombre, amor a la vida y por consiguiente, goce de vivir. La Edad Media es, ante todo, el triunfo de la cristianidad que en el Renacimiento empieza a declinar, entrando en crisis todas las ideas e instituciones hasta entonces valederas, incluso el papado.

Hay la idea muy arraigada de que el Renacimiento de finales del siglo XV y principios del XVI quedó circunscrito a un determinado espacio geográfico: a Italia. Indudablemente, esta creencia se debe a que aquí el resurgimiento de la antigüedad clásica fue más decorativo y espectacular, pero no por ello se dejó de sentir su fuerza en todos los reinos de la cristiandad. Y hasta me atrevo a afirmar, con base en las lecturas de Menéndez Pidal, Menéndez Pelayo, Américo Castro, Montero Díaz, Sánchez Albornoz, García Gallo, Vicens Vives, entre los maestros españoles, y Henríquez Ureña, entre los americanos, que en España se fue preparando este feliz y, a veces, trágico encuentro de ideas antiguas y modernas con prioridad al resto de naciones europeas. Si no lograron llegar a la síntesis, se debió, indudablemente, al mismo espíritu antagónico del hombre español que Unamuno ve simbolizado en la figura de Don Quijote y Sancho Panza, éste representante de un realismo vulgar y tosco y aquél, de un idealismo seco y formulista que van siempre juntos, pero que nunca se funden en uno.

Teniendo presente este antagonismo tradicional español, podemos comprender mejor la teoría de Ramón Menéndez Pidal cuando habla de *frutos tardíos* y *frutos precoces* en la historia de España. Aquéllos se caracterizan por la vitalidad y el perfeccionamiento que alcanza el arraigo tradicional, éstos se basan en la pura innovación individual, "por esto España es tierra de precursores" nos ha de decir el ilustre polígrafo. Y es indudable, según mi leal saber y entender, que en el reinado de los Reyes Cató-

licos y en la empresa de América, precisamente en el momento en que el hombre español tiene que cabalgar entre dos épocas, cuando veremos una mayor producción de esos frutos tardíos y precoces.

Bajo la divisa de "tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando" van a pasar a estas tierras de América y, por consiguiente, de Panamá las huellas medioevales y modernas que traen consigo los bajeles españoles.

España fue cuna de democracia y en ella tuvieron origen las instituciones representativas, ya que un siglo antes que se reuniera el parlamento de Leicester, se obtenía la representación popular en las Cortes de Burgos de 1109. Tenemos pues, la presencia de notas del Estado moderno en el Estado medioeval, amamantado por la influencia de las antiguas libertades visigodas. Frente a este fenómeno, contemplamos a España como idólatra del monarquismo tradicional y modelo selecto de la monarquía autócrata. Igual trayectoria antagónica hemos de ver en los dos grandes reinos españoles del siglo XV: el de Castilla y Aragón. Mientras aquél mantiene por más de siete siglos una guerra de reconquista contra los musulmanes que tiene el entusiasmo de una cruzada, en la que se favorece a la vida ciudadana concediendo privilegios y fueros, permitiendo ciudadanos armados mientras los señores feudales y "omes ricos" decrecen en importancia, en el reino de Aragón veremos cada vez más fuerte la influencia de éstos. Como lo prueba la fórmula de juramento que tenía que pronunciar en el momento de su coronación, el rey arrodillado ante el justicia mayor que permanecía sentado y que decía: "Nos, que cada uno somos tanto como vos y que juntos podemos más que vos, os juramos obediencia y fidelidad si respetáis nuestros fueros; si no, no".

Con la unión de las dos Coronas de Aragón y Castilla, no sólo se logró definitivamente la unificación de la Península, sino también la fuerte inyección de modernidad que se complementa admirablemente en las dos figuras reales. Esto no es original mío, utilizo aquí la gran autoridad del hispanista alemán Ludwig Pfandl cuando advierte: "Fernando e Isabel son dos prototipos del Renacimiento, cada cual a su manera. El, en el sentido de maquiavelismo; ella en el de humanismo. Mantener, sin miramiento alguno, la voluntad de soberano respeto a los súbditos, como fin; diplomacia astuta y exenta de todo impedimento interior, como medio, tal como había sido ejercida por los príncipes y repúblicas de la Galia Cisalpina, primero y después ponderada ingeniosamente por Maquiavelo, como cosa general. Tales son los rasgos del Renacimiento característico de Fernando. El concepto de Estado que radica en la idea de mejorar al mundo y a los hombres, que no lucha tanto contra antiguas malas costumbres como los que se esfuerzan por dar al orden político formas adecuadas, al fin que deja a un lado al feudalismo y establece la moderna jerarquía ad-



ministrativa, tal es la dotación humanista del Renacimiento a Isabel”.

Pero junto a los elementos humanistas de un lado, y maquiavelistas del otro, los que indudablemente son auténticos signos de modernidad, no se pueden negar las líneas de fuerza tradicionales que están igualmente presentes en la tónica político administrativa de los gobernantes. ¿Quién, en efecto, podría dudar de la adhesión de las dos coronas a las grandes verdades y bellezas de la Edad Media? ¿Acaso, en ese entonces como antes, no vemos actuar la idea de la fama con la misma intensidad?

Y en lo que respecta a la religiosidad española, en la Epoca Moderna como en la Medioeval, no vamos a encontrar la misma escala de valores que vió admirablemente Menéndez y Pidal en esa joya de la poesía castellana que son las “Coplas a la muerte de su padre” de Jorge Manrique, en la que se encuentran tres mundos claramente definidos: el mundo de la vida temporal que es perecedera, “la vida de la fama, más larga y gloriosa que la corporal y la vida eterna, coronación de las otras dos. Pues esas dos vidas, posteriores a la muerte las siente todo español”.

Esta preocupación por no romper con las ligaduras medioevales no quedó circunscrita a la vida interior del hombre español. Se puso de manifiesto y mucho en la formación del espíritu imperial de España y fue palpable en su preparación para llevar con éxito la expansión en el Nuevo Mundo.

Paso enseguida a fundamentar esta aseveración. Quiero recordar que las causas que determinaron el descubrimiento de América fueron de orden científico, político, económico y religioso. Esta última caracterizada, principalmente, por el sentido proselitista que la tipificó. Es cierto, sin embargo, que el primer viaje, sin frailes y sin propósito de conversión, tiene la apariencia de empresa comercial. Pero enseguida hay que formalizar el descubrimiento, darle un título legal valedero y entonces es cuando España solicita en 1493 una donación de estas tierras al Papa, en ese entonces Alejandro VI, perteneciente a la casa española de los Borjas (o como se italianiza el apellido Borgia), y éste viene a ser el título de propiedad de España sobre las islas y tierra firme del mar océano, como en ese entonces se les viene a llamar a estas tierras.

Pues bien, la donación papal no era una innovación improvisada ni mucho menos. El historiador belga Ernest Nys, en un estudio ya clásico que publicó en 1896, llegó a probar hasta la saciedad que ésta fue una antigua práctica medioeval y que las donaciones que los papas hicieron a Portugal y a España con anterioridad fueron aceptadas por todos como título valedero, ya que para el concenso del hombre medioeval el Papa era el supremo dispensador de las tierras y señoríos del mundo y su jurisdicción se extendía sobre fieles e infieles. En dos palabras, era el *Do-*

*minus Orbis*. Ahora, en el Renacimiento, tal título se ponía en entredicho. y un Francisco I, Rey de Francia, reclamaba ver el testamento de San Pedro donde se le autorizaba a sus sucesores repartir el orbe: Se trataba simple y llanamente de una práctica medioeval que se realiza en los albores de la Epoca Moderna.

Al momento de otorgar el pontífice romano las bulas a los Reyes, éstos las llegaron a considerar como título valedero, ya que el dominio era absoluto y soberano. Pero casi enseguida, debido al profundo sentido ético del pueblo español, se llegó a plantear a sí mismo el problema acerca de la justicia o legitimidad de los títulos conque se conquistaba al Nuevo Mundo. Esta cuestión del "*justo título*" suscitó fuertes controversias entre los juristas, filósofos y teólogos españoles y apasionó al mismo pueblo español.

Pero no nos adelantemos demasiado. Señalemos que al irse ampliando los descubrimientos, partiendo ahora de la isla de Santo Domingo en forma de abanico por el resto de las Antillas y el litoral centro y sur americano del Caribe, los conquistadores, ya se trate de los Pinzones, Ojeda, Guerra, Bastidas, etc., reclamaban el derecho de la Corona sobre las tierras y, ante la natural resistencia de los indios, venía la guerra. Por este hecho se explican dos cosas: primero, el carácter bélico que tuvo la conquista antillana y segundo, como consecuencia de lo anterior, el mal trato para con los indios que eran rendidos a vasallaje y sometidos a toda clase de trabajos forzados, ya que los conquistadores tenían que instruirlos en la religión católica para lo cual se les encomendaba.

La protesta por el mal trato y vasallaje de los indios se dejó sentir desde el primer momento. En 1510, un humilde frailecito de la Española, el dominico Fray Antón de Montesinos, predicó delante de los funcionarios reales y de los encomenderos, un sermón vehementísimo en que acusó aquellos de la crueldad y tiranía que usaban contra los indios: "Todos estáis en pecado mortal --dijo el religioso-- y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierra mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan oprimidos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dáis incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánima racionales? ¿No sóis obligados

a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado en que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo”.

El sermón de Montesinos produjo un verdadero revuelo. Los encomenderos protestaron ante el Rey, pero también iluminó al espíritu de uno de esos encomenderos: Bartolomé de las Casas, que renunció a su encomienda, se hizo dominico y con Montesinos le tocará viajar a la Metrópoli para encender la gran chispa de la polémica teológica en torno a los justos títulos de propiedad sobre las Indias y sobre la capacidad y la libertad de los indios.

El momento no se hizo esperar. La propaganda apostólica de Montesinos consiguió que se nombrase una Junta en Burgos en 1512, en la que, con los consejeros de Castilla, entrasen algunos teólogos y juristas. La Junta enunció siete proposiciones relativas a los indios en las que se declaraba, a más de su libertad, la capacidad para ser instruídos en la fe y se sentaban las bases del derecho social y del trabajo al recomendar se les diese faenas livianas y descanso periódico, salario conveniente a su trabajo, se les reconocía la propiedad privada y la hacienda propia con tiempo libre para trabajarla y en el aspecto cultural se le daban facilidades para la instrucción.

Pero los dominicos no quedaron conformes con los resultados de la Junta de Burgos. Para ellos el origen del mal estaba precisamente, en los títulos pontificales y por consiguiente, la ilegalidad de la conquista, en el régimen de la encomienda, cuya legitimidad quedaba establecida en la Junta pese a que se pretendió limitar sus alcances y atemperar o mejorar el tratamiento a los indios. Había que esperar una nueva oportunidad para volver a la carga y ésta se presentaba un año después con los preparativos que en la Metrópoli se hacían para la cortesana armada de Pedrarias Dávila, organizada minuciosamente por el Rey Don Fernando, dándole por consiguiente a la conquista, el sello de una empresa del Estado, en contraposición al carácter de aventura privada que hasta entonces había ostentado.

Los Dominicos del Convento de San Pablo en Valladolid provocaron una nueva Junta, aprovechando del traslado de la corte a esa ciudad y ahora se volvería a replantear el problema, estableciendo los frailes dominicos la situación distinta de los indios americanos a la de los moros y turcos, éstos como infieles que no aceptaban la religión y aquéllos que la desconocían.

Frente a los argumentos de los teólogos de San Pablo se levantaría la voz del Bachiller Martín Fernández de Enciso que conocía bien estas

tierras americanas, ya que había sido vecino de La Española, explorador con Juan de la Cosa y Américo Vespucio, compañero de Alonso de Ojeda, prisionero de Vasco Núñez de Balboa y enemigo emperdenido de éste a su regreso a la metrópoli.

Desgraciadamente no nos han llegado documentos sobre los puntos de vista del Bachiller con relación al indio panameño, tal como lo expuso en la célebre Junta de Valladolid. Lo que sí quedó fue un memorial extenso sobre los títulos pontificales en los que establecía una analogía entre la conquista española y la conquista judía de la tierra de Promisión que había concedido Jehová a Abraham, la cual se encontraba habitada por gentiles y a los cuales tuvo que hacer Jossué un requerimiento para que adorasen a Jehová como Dios verdadero y ante la negativa de éstos infieles, vino la guerra. En el caso americano —nos ha de decir el Bachiller— el Papa estaba en lugar de Dios como su legítimo representante y estas tierras se las había dado a los Reyes Católicos que se las podía quitar a los indios “e tomársela por la fuerza e matarlos e prenderlos sobre ello, e dar por esclavos a los que sobre ello fueren presos, e como había fecho Jossué a los de la tierra de promisión”.

Pero como a Jossué, había que darle a conocer a los indios la misión encomendada a los Reyes Católicos por el Pontífice de Roma. Se le encargó este trabajo a los más célebres juristas de la época: a Juan Torres de Palacios Rubio, a quien cupo la responsabilidad de redactar el documento largo y farragoso que en la historia habría de llamarse el *Requerimiento* y cuyo contenido era el siguiente: Una explicación de la creación del mundo, de la primera pareja que habitó el paraíso terrenal, de la caída de Adán y Eva, el diluvio universal, la historia del pueblo judío, el nacimiento de Cristo, su crucifixión y muerte, el poder delegado por Cristo a San Pedro para la fundación de la Iglesia, la delegación de San Pedro al Papa de Roma y el otorgamiento de estas tierras por el Sumo Pontífice Romano a los Reyes de España para su conquista y cristianización.

Esta notificación había que hacérsela a los indios antes de usar la fuerza, invitándoles a aceptar pacíficamente el dominio del Rey de España y la predicación de la fé católica. Si el indio oponía resistencia entonces pasaba a ser lícita la guerra. Este documento redactado expresamente para la expedición de Pedrarias al Darién venía a ser la consagración de la filosofía medioeval sobre el poder terrenal del Pontífice Romano.

Sobre este documento dice el historiador norteamericano Charles Anderson: “El ‘Requerimiento’ era el documento político jurídico más abominable que jamás hubiera producido el intelecto humano. Sólo el cristianismo practicado en la forma en que lo era en España hacia el año 1500 era capaz de elaborar un documento semejante. Ninguna otra de las na-

ciones europeas, católicas o protestantes, que vinieron a América y exploraron el Nuevo Mundo, hizo jamás exigencias tan absurdas a los indios”.

Pero lo que ignora este ingenuo y sectario historiador norteamericano es que la notificación de Palacios Rubio significaba un gran adelanto humanitario en los usos de la conquista indiana. Pero hay algo más, es imperdonable que al criticar este documento del siglo XVI se olvide que entrado el siglo XVIII, o sea aproximadamente doscientos años después de redactado el Requerimiento, el Reverendo Samuel Hopkins exponía en 1703 en las colonias inglesas, la teoría de que Dios quería que los indios fuesen exterminados y aprobaba las cacerías de indios que se hacían con jaurías de perros.

Es natural que el extenso documento lleno de explicaciones teológicas, difíciles de ser traducidas y comprendidas por los indios, llegara a cumplir su cometido. Casi enseguida la cortesana armada de Pedrarias Dávila pudo constatar el absurdo de tal procedimiento. El mismo Bachiller Martín Fernández de Enciso nos ha de dar cuenta de cuando por primera vez hace uso de él al leerle el documento a los indios del Ccnú en las vecindades del Darién. Veamos que alegan los indios puestos frente al documento: “que en lo que decía que no había sino un Dios; y que este gobernaba el cielo y la tierra y que era Señor de todo, que les parecía bien y que así debía ser; pero que en lo que decía que el Papa era Señor de todo el Universo en lugar de Dios, y que él había fecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla, dixeron que el Papa debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el Rey que pedía y tomaba tal merced debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y que fuese allá a tomarla, que ellos le ponían la cabeza en un palo, como tenían otras que me mostraron de enemigos suyos puestas encima de sendos palos cabo el lugar”.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que como es bien sabido venía en la expedición de Pedrarias al Darién, nos ha de contar una anécdota semejante en torno al uso inútil del Requerimiento. Después de un encuentro con los indios dice que fue donde Pedrarias y le dijo: “Señor: páreceme que estos indios no quieren escuchar la teología deste Requerimiento, ni vos tenéis quien se la dé entender: mande Vuestra Merced guardalle, hasta que tengamos algún indio destos en una jaula, para que despacio lo aprenda e el Señor Obispo se lo dé a entender. E dile el Requerimiento, y él lo tomo con mucha risa del e de todos los que me oyeron”. Luego, añade: “Yo pregunté después del año de mille quinientos e diez y seys, al doctor Palacios Rubio porque él había ordenado aquel Requerimiento, si quedaba satisfecha la conciencia de los cristianos con aquel Requerimiento; e dixome que sí, si se hiciese como el requerimiento lo dice.

Más pareceme que se reía muchas veces cuando yo le contaba lo de esta jornada y otras que algunos capitanes después avian hecho". Por último, un religioso nos ha de hablar de un compañero de Balboa que acostumbraba amarrar a los indios a los árboles para leerles el Requerimiento.

Recapitulando, para seguir adelante, tenemos el hecho paradójico y curioso de que ahora en los preparativos de la conquista de Panamá surgen con la misma fuerza las ideas y costumbres medioevales y modernas. Los frutos tardíos y los frutos precoces de que nos habla Menéndez Pidal. En efecto, el Requerimiento no venía a ser otra cosa que el triunfo de la concepción del poder terrenal del Pontífice. Ello lo ha demostrado a toda cabalidad el historiador mexicano Silvio Zavala al rastrear las fuentes de inspiración del doctor Palacios Rubio. Ella la encuentra en la doctrina de Enrique de Susa, Obispo de Ostia en el Siglo XIII, comúnmente conocido con el nombre de El Ostiense.

Pero al lado de ello, están las siete proposiciones en favor de los indios que antes he mencionado, las veintidos leyes que se dictaron durante la Junta de Burgos que fueron adicionadas en Valladolid en 1513 en las que se avanzaba no sólo reconociendo la capacidad humana de los indios, sino exigiendo para ellos **benevolencia**, ya que eran las más de las veces vejados por la codicia de los conquistadores convertidos en encomenderos.

No queda dicho todo con el hecho de señalar las huellas medioevales y modernos de un acontecimiento que ocurre en la Metrópoli y que, por consiguiente, es sólo historia externa del Istmo. He de pasar a rastrear otras experiencias más cercanas a nosotros, no en el tiempo, pero sí en el espacio.

Volvamos a tener presente el título pontifical. A pesar de la autorización concedida a los Reyes de Castilla, en las Bulas, la conquista fue una aventura privada (la expedición de Pedrarias Dávila al Darién al ser una empresa del Estado, fue una excepción). A cambio de títulos, honores, mercedes y privilegios se les dió licencia para conquistar y poblar. Silvio Zavala encuentra aquí, precisamente, **una costumbre medioeval en la** que las mesnadas particulares de los señores en las guerras interiores o exteriores de España no llegaban a mezclarse con los ejércitos del Rey. El Caudillo, a toque de tambor, convocaba a sus compañeros que habían de acompañarlo en la empresa, dándoles vestido, alimento y armas. Luego venía la acción en el mismo continente.

Pero ahora metámonos en la pelleja de cada uno de éstos soldados anónimos que formaban la hueste conquistadora o del propio capital que la organizaba. Este hombre español tenía tras sí todo un mundo que se resolvía entre la vida heroica y la leyenda aurífera. Pasa al Nuevo Mun-

do a conquistar almas para el cielo. —por ello Rufino Blanco Fombona ha dicho que la conquista de América es la última de las cruzadas—, pero también viene a conquistar fama y fortuna. El conquistador no podrá sustraerse al influjo caballeresco y místico de la vida. Por ello siempre vió en América la existencia de una fábula medioeval. Tenemos el caso de las Antillas de la fons Juventis, de la Cibola, región de las siete ciudades y, sobre todo, de El Dorado.

Si la ilusión no llegó a concretar en el Istmo de Panamá ninguna de las leyendas auríferas, es indudable que con base autóctona, pero también con calenturienta imaginación medioeval, Vasco Núñez de Balboa llegó a soñar con los reinos del cacique Dabaybe donde cogían los granos de oro “del tamaño de naranjas e como el puño”, sacándolo con redes de los ríos y en tal cantidad nos ha de decir Vasco Núñez de Balboa “que para quien no sabe las cosas de esta tierra será bien dudoso de creer”. Tal fue la riqueza que describió el futuro descubridor del Mar del Sur y por la cual el Rey Don Fernando bautizó a estas tierras con el pomposo nombre de Castilla del Oro.

Pero la realidad habría de ser muy otra. En vez de las minas fabulosas de oro se habrían de encontrar los compañeros de Pedrarias con un calvario de miserias, enfermedades y hambre. Veamos el testimonio crudo y dantesco de Fray Bartolomé de las Casas: “creció esta calamidad del hambre en tanto grado, que morían dando quejidos “dame pan” muchos caballeros que dejaban en Castilla empeñados sus mayorazgos y otros que daban un sayón de seda carmesí e otros vestidos ricos porque les diesen una libra de pan de maíz o bizcocho de Castilla o cacabí. Una persona, hijodalgo de los principales que había traído Pedrarias, hiba un día ciamando por una calle que padecía de hambre, y delante del pueblo cayendo en el suelo se le salió el alma. Nunca parece que se vido cosa igual; que personas tan vestidas de ropas ricas de seda y aún parte de brocado, que valían muchos dineros, se cayesen a cada paso muertas de pura hambre...” Concluye el testimonio diciendo “aquí vieron todos bien a las claras como el oro con redes se pescaba”.

Esta terrible decepción que produjo la Castilla Aurífera dió ciertas notas típicas a la conquista de Panamá. La hizo más dura y cruel que en cualquier otra parte del continente. Si la conquista de México fue esencialmente un paseo triunfal, la del Perú un paciente ascender a los Andes, la del Istmo la podríamos considear como una epopeya cosmogónica, donde el español le tocaría enfrentarse con pueblos sin historia y sin geografía estable. Si en otras zonas el conquistador se topó con indios que habían vencido a la naturaleza como el caso de los aztecas, mayas, chibchas e incas, o que fraternizaban con ella, tal el caso de los araucanos o los choro-

tecas, aquí se trataría de grupos humanos absorbidos por una tierra llena de árboles y arcabucos y donde eran eternos vagabundos el agua, los hombres y los vegetales.

Este ambiente influyó sin lugar a dudas en la psicología del español avencinado en el Darién. Aquí tomaron más pasión las banderías y los escándalos que a su vez podrían descifrarse como el encuentro del caudillismo medioeval de Balboa y el gobierno autoritario y renacentista de Pedrarias. Pero ya en otra ocasión he insistido en ello y por consiguiente creo inútil el volverlo a repetir.

Creo oportuno, no obstante, recalcar que este choque de dos concepciones de la vida no queda circunscrito a éstos dos personajes, sino que se puede observar en las figuras en segundo orden, tal es el caso del Adelantado Pascual de Andagoya que pone siempre de manifiesto ideas muy modernas de lucro en el fragor de la conquista y en el caso de Doña Isabel de Bobadilla, la fiel esposa del Gobernador Pedrarias, atenta siempre a "desfacer entuertos" entre los conquistadores y participar en el gobierno de la ciudad, pudiéndosele considerar en el Istmo como legítima sucesora de la Reina Isabel la Católica.

Modernidad hubo en el veedor de Tierra-firme, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que aunque pesimista sobre la condición humana del Indio y el analfabetismo de sus compañeros de armas, sintió profunda curiosidad científica por la flora y la fauna tropical, a tal punto que Angel Rubio ha llegado a considerarlo como el "descubridor intelectual del Istmo". En efecto, el "Sumario de la natural Historia de la Indias" que fue escrita para entretenimiento de Carlos V y que le granjeó la simpatía de la corte, viene a ser una pequeña gran enciclopedia de la historia natural y la geografía de las Antillas y Tierra-firme. Todo está cuidadosamente fichado en su memoria, desde los leones reales hasta los sapos y desde los árboles de mamey hasta las yerbas más insignificantes. Tan completo es su catálogo que se ha afirmado que después de escrito no se han descubierto nuevos animales y plantas oriundas de esta zona, de valor alimenticio, medicinal o económico.

Por otro lado, como hombre entre dos épocas, estaría el Obispo del Darién Fray Juan de Quevedo, quien revive en el Darién la lucha por la supremacía del poder eclesiástico sobre el poder real, problema éste ya resuelto en España con los Reyes Católicos a favor de la autoridad cesárea. Los escándalos del Darién, o sea el pleito prolongado entre el Gobernador y el Obispo por las varas de la justicia, son buena muestra de ello. Vuelvo a usar un testimonio de primera mano, el de los oficios reales Diego Márquez y Antonio de la Puente que escriben una extensa carta al Rey en 1516, sobre este particular. Cuentan cómo después de haber to-



mado abusivamente las varas el Obispo Quevedo, Pedrarias las fue a reclamar a su casa “y el dicho Gobernador hizo salir a todos fuera, y quedaron solos, y el Alcalde Mayor con ellos; e dizque el dicho Gobernador le riño mucho del alboroto que había hecho, porque era un deservicio de V. A. e que mirase que no era parte, para nada de lo que quisiese hazer, con una vara de justicia de V. A. por pequeña que fuese. Y el dicho Obispo le respondió: tomaros he yo la mitad de la gente que tenéis y seguirme han, e que Gobernador dixo, castigarlos he yo; e aque dicho Obispo le respondió subirme he al campanario de la Yglesia para lo que me cumpliese. Y quel Gobernador templó, para no dar lugar aquel pueblo entendiense más”.

Si las numerosas disputas ocurridas entre estos dos personajes terminaban siempre como la anterior, o sea, con un respetuoso silencio de parte de Pedrarias, a la larga venció su poder y hartó el Obispo de los calores del Darién, del salvajismo de los indios y de la severidad del “Gran Justador”, viajó a España para exponer sus quejas al Rey.

Pero precisamente, cuando el Obispo llegó a España, estaba también allí Fray Bartolomé de las Casas en lo más y mejor de su campaña a favor del indio. Aquél era escuchado con gran autoridad sobre las cosas de estas tierras del Darién, donde había ejercido su magisterio, donde había declarado que “estamos en galera de por fuerza, e otras cosas conforme a éstas. Tanto que dize quel Anticristo, sabidas las cosas desta tierra, que está cierto no vendría a ella por ser tan mala; dize “que dos años desta tierra, consumen tanto la vida como cuarenta años de Castilla”. Y en relación con el indio era de igual opinión. Las Casas aprovechó el estar cerca de Carlos V, en Barcelona, para promover una polémica personal y, enterado de ella, el Emperador los convocó en su presencia para escuchar sus opiniones contrapuestas.

En presencia de los grandes funcionarios de la Corte, españoles y flamencos, de obispos y letrados, el Emperador ordenó hablar al Obispo. Este comenzó su disertación hablando del mal gobierno de Pedrarias y de la destrucción de la tierra y disminución de sus habitantes. Pero cuando llegó al punto central, o sea, el problema del indio, dijo que en su opinión los de la tierra en que había estado, eran gente inferior y verdaderos siervos por naturaleza (servi a natura), según la expresión de Aristóteles. Las Casas, invitado a hablar por el Emperador, expuso todas las irregularidades que se cometían en el trato de los indios, no obstante las disposiciones reiteradas de los Reyes, y respondiendo a Quevedo dijo que los indios eran “gente capacísima de la fé cristiana y a toda virtud y buenas costumbres por razón y doctrina traibles y de su natura son libres y tienen sus reyes y señores naturales que gobiernan sus policías”. Y arre-

metiendo contra el Obispo y contra Aristóteles, dijo que aquél filósofo era gentil y debería estar achicharrándose en los infiernos y que no era dable usar de su doctrina, sino en cuanto se amoldase con el espíritu de la religión cristiana". Las Casas fue autorizado, a raíz de esta discusión, a emprender un plan de colonización pacífico y persuasivo en la costa de Paria, que fracasó por utópico.

Pero las huellas medioevales y modernas no sólo las habremos de encontrar en la ideología y en la actuación del hombre español del siglo XVI, frente a los títulos valederos, en torno al indio y sobre la tierra, sino también la podemos hallar en las grandes transformaciones que se introducen en el Nuevo Mundo. Creo que lo más esencial de ellas es la fundación de ciudades, actividad ésta en que el conquistador se convierte de soldado en poblador y la acción, antes guerrera, pasa a ser acto funcional. "Se exploraba y se peleaba sólo para poblar. Nos ha de decir Carlos Pereyra: "El que no hacía esto era un fracasado". Y Claudio Sánchez Albornoz anota el trasplante al Nuevo Mundo de la experiencia de fundar ciudades por un pueblo saturado de medioevalismo. Pero, según mi leal saber y entender la ciudad indiana está también saturada del espíritu moderno.

Fundamentaré esta aseveración. La ciudad en América no nace como las de la temprana o alta Edad Media, en torno de un monasterio o una catedral o en el trayecto de una ruta comercial, sino por una decisión del conquistador, por una necesidad principalmente política.

Pero para fundar se necesitarán una serie de requisitos minuciosamente legislados por la Corona. En ellos podemos adivinar muy claramente la concepción urbanista del *dámero*, o sea la ciudad trazada a línea y compás, sistema que reviven con toda lozanía los Reyes Católicos. Y digo reviven porque podemos encontrar su remoto origen en el campamento romano. En el centro del *castrum* estaba la plaza del ejército donde residían las oficinas de la legión. Allí se encontraban dos calles: la *vía decumana* que se iniciaba en el norte con la *puerta pretoria* y terminaba en el sur con la *puerta decumena*; de este a oeste corría la *vía principalis*, que también se iniciaba y terminaba en las puertas principales derecha e izquierda. En estas cuatro secciones se instalaban las tiendas de campaña formándose entre ellas calles transversales.

Esta concepción urbanista de España para las Indias se legisla por primera vez en las instrucciones que se dan a Pedrarias para la conquista de Castilla del Oro en el año de 1513. Luego se amplían en las ordenanzas de Felipe II de 1573.

El acto preliminar era la elección del sitio de la ciudad que había de llenar una serie de requisitos preñados de modernidad. Se contemplaba, en primer término al hombre, luego a los animales y por último, la calidad

de la tierra. Vayamos directamente al documento: "Elijase la provincia, comarca o tierra que se ha de poblar, teniendo en consideración que sean saludables, lo cual se conocerá en la copia que hubiere de hombres viejos y mozos de buena complexión disposición y color y sin enfermedades; y en la copia de animales sanos y de competente tamaño, y de sanos frutos y mantenimientos, que no se crien cosas ponzoñosas y nocivas, de buena y feliz constelación, el cielo claro y benigno, el aire puro y suave, sin impedimento ni alteraciones, y de buen temple sin exceso de calor o frío, y habiendo de declinar mejor que sea frío".

Como si esto fuera poco, se añaden más requisitos: "Y que sean fértils y abundantes de todos frutos y mantenimientos y de buenas tierras para sembrarlos y cojerlos, y de pastos para criar ganados, de montes y arboledas para leña y materiales de casas y edificios, de muchas y buenas aguas para beber y regadío".

Pero la ciudad había de tener, principalmente, una función civilizadora. De ella habría de irradiar la cultura civil y religiosa representada por el templo y las nuevas organizaciones jurídicas y sociales a las cuales había de amoldarse el indio. De allí que también era exigible que las regiones donde se había de levantar la fundación hispana "sean pobladas de indios y naturales a quien se pueda predicar el evangelio, pues este es el principal fin para que mandamos hacer los nuevos descubrimientos y poblaciones".

Escogido el sitio de la ciudad se procedía con el consejo de los oficiales reales y de los religiosos que acompañaban a la expedición a las diversas ceremonias que daban nacimiento a la ciudad.

La ciudad era dividida como un tablero de ajedrez, levantándose un plano en cuyo centro había de estar la plaza mayor. En torno a ella se instalaban los edificios representativos de los tres grandes actores de la vida española de la Edad de Oro... Dios, el pueblo y el Rey, representados en la Iglesia, la casa del Cabildo y la Residencia del Gobernador.

La fundación tenía una serie de ceremonias representativas y solemnes: la colocación de la picota símbolo de la justicia, la instalación de una cruz en el solar reservado para la iglesia, la celebración de una misa y la consagración a un santo patrono y algunos ritos simbólicos, y espectaculares, pero también inútiles y simples, tales como el cortar la hierba y las ramas de los árboles o los cintarasos en el aire, para desafiar a cualquier poseedor o enemigo invisible. Todos estos actos tendían a hacer memorable el hecho de la fundación y a que fuese recordado y respetado por todos, revistiéndole del prestigio de la representación real y religiosa.

Para el estudio de la fundación de ciudades en Panamá no contamos con los documentos sustanciales que tan apasionante materia requiere. Nos hacen falta las actas de fundación de Acla, de Panamá, de Nombre de

Dios y tan sólo nos ha llegado una copia de la de Natá. Pero por vía indirecta podemos recoger algunos datos importantes.

Sabemos por ejemplo, que la ciudad de Panamá se encomendó a Nuestra Señora de la Asunción, que el Gobernador Pedrarias la fundó con gran pompa y majestad, imprimiendo en el acto todo el sentido áulico y cortesano de su persona, y que siguió al pie de la letra las prescripciones jurídicas dadas por la Corona.

Pero si ello es así, no faltará quien pregunte el porqué se escogió este sitio caluroso y malsano, "tierra sombría de arboledas, y algunas ciénagas, teniéndola todos por aborrecida" como nos ha de decir Fray Bartolomé de las Casas, en vez de fundarla en un "sitio sano y no anegadizo" como rezaban las instrucciones dadas a él mismo en 1513. En mi concepto, la respuesta es sencilla, porque entre otras cosas este sitio del cacique Panamá tenía lugares planos y ofrecía perspectivas vastas. Nada o casi nada se había explorado por las costas del Pacífico y con relación a la Metrópoli, que se unió por mar por la ciudad terminal de Nombre de Dios, era corta la distancia, como lo señaló Pascual de Andagoya y lo demostró en la práctica Pedrarias con el camino que abrió entre los dos puntos, el del Atlántico y el del Pacífico.

Sabemos también, por el Adelantado Andagoya, que en la fundación de Panamá se repartió la tierra entre cuatrocientos vecinos "dejando cierta parte de la provincia de Cueva para los vecinos de Acla" y que "por ser la tierra de una a otra mar allí tan poca, al tiempo que se repartió había pocos indios, y así se dieron en repartimiento a noventa indios al que más, y a cincuenta y a cuarenta". Pero sin darme cuenta esta cita nos ha llevado como de la mano a un nuevo problema, cual es el de la encomienda en Panamá en la cual hemos de encontrar indudablemente una marcada huella feudal.

Cuando a los conquistadores se les repartían indios no sólo era para adoctrinarlos, sino también con el objeto material de que estos pagaran tributos a aquellos que vinieron a ser la clase dominante. La población autóctona tenía que trabajar las tierras de labranza y de cultivo que se habían repartido entre los vecinos y que luego vinieron a constituir, según el historiador argentino Juan Agustín García, un cinturón de hierro que detendría, más tarde, el desarrollo económico de la ciudad.

Tenemos el hecho curioso de que en Panamá al igual que en el resto de las Indias españolas, se nos ha de presentar conjuntamente el fenómeno del feudalismo y del municipalismo, cuando en la historia del Viejo Mundo aparece aislado.

También podemos observar que en Panamá, lo mismo que en el resto de América, la vida ciudadana surge mezclada íntimamente con la vida ru-

ral. Pero hay que señalar que no sólo hay un resurgimiento en la ciudad sino también en su gobierno. En efecto, la institución municipal había llegado en España, debido al moderno concepto del Estado de los Reyes Católicos, a un estado de postración y decadencia. El vigoroso régimen castellano de los siglos XII y XIII, reaparecerá en las asambleas populares. Los cabildos abiertos, o sea la reunión de todos los vecinos del lugar para tomar un acuerdo vital para los intereses de la ciudad, lo vemos en el Istmo casi al mismo momento de su colonización, cuando los vecinos de Santa María la Antigua del Darién se reúnen para la elección de alcaldes y regidores ante las disputas que surgen por la gobernación que reclamaban para sí los bandos de Enciso, Balboa y Nicuesa. Luego, casi a los pocos días, siendo ya gobernador Vasco Núñez, ante el próximo arribo de Nicuesa a Darién, los vecinos se vuelven a reunir para jurar en la Iglesia de San Sebastián no permitir su entrada a la gobernación y por consiguiente defender a los gobernadores y alguaciles nombrados por elección popular. Sobre este juramento dice Gonzalo Fernández de Oviedo: "Yo le ví e leí, e conocí después en el Darién a los más de los que le juraron".

Por la muerte de Nicuesa había de pagar Vasco Núñez. El Gobernador Pedrarias a su llegada a Santa María, traía en su pesado equipaje de cédulas y provisiones reales, instrucciones muy precisas de hacer responder a Balboa por la desaparición de aquél, tragado posiblemente por las aguas del mar de las Antillas o perdido en la isla de Cuba, donde dice Las Casas unos expedicionarios encontraron una inscripción en el tronco de un árbol que decía "aquí murió el desgraciado Nicuesa". Sea como fuere, al Licenciado Gaspar de Espinosa le tocará actuar como juez de residencia del Descubridor del Mar del Sur, por haber desposeído a Nicuesa de las tierras de su gobernación y como consecuencia, ser culpable de su muerte.

Como en un comienzo Espinosa no participó de la predisposición de Pedrarias contra Balboa reclamó para sí el derecho de juzgarlo y se opuso a la prisión de éste declarando que en la expulsión de Nicuesa del Darién, no había una falta individual, sino colectiva, y al igual que en la célebre comedia de Lope, cuando el Rey pregunta:

*"Quién mató al Gobernador?*

*Fuenteovejuna señor,*

*Y quién es Fuenteovejuna?*

*Todos a la una".*

la culpa era de todo el pueblo.

Por esta sentencia se le consideró al Licenciado vendido a Balboa. En realidad de verdad lo que hacía el Licenciado era darle el sello legal a una vieja práctica del medioevo castellano. Pero en relación con su

persona defendía su interés económico ya que como hombre moderno que era, al parecer estaba en estas tierras como representante de los banqueros Espinosas de Flandes. Por lo menos así lo hace sospechar el historiador Carande en su célebre obra "Carlos V y los Banqueros".

Este mismo afán por el lucro económico lo vemos en los principales personajes de la conquista panameña: Pedrarias aprovecha su autoridad de gobernador para vender a Gil González Dávila un negrito volteador por la suma de trescientos pesos "con lo que le quedó como participe en la compañía de aquella armada". Verdadero espíritu de negociantes muestran los oficiales reales Diego Marquez y Alonso de la Puente, el clérigo de Taboga, Hernando de Luque sirviendo de testaferro en la compañía del Mar del Sur, y hasta los que son en ese entonces vecinos casi anónimos, como Diego de Almagro, que aunque no sabe leer ni escribir, sabe pelear en Panamá con su socio Francisco Pizarro, cuando se cree relegado en la capitulación que éste ha celebrado en Toledo con el Emperador Carlos V para ir a conquistar las tierras del Levante, o sea del Perú.

Concluyendo, pues, tenemos que todo el descubrimiento y la conquista de Panamá están impregnados de huellas medioevales y modernas. ¿Hasta cuándo vivieron éstas en nuestra historia? ¿Murió, por lo menos la primera, al callar el ruido de los arcabuces o siguió actuando en el hombre panameño que vivía bajo la autoridad de la Real Audiencia que funda Carlos V en Panamá por la Real Cédula del año de 1538, fecha esta que es considerada por los historiadores Juan B. Sosa y Enrique J. Arce como la iniciación de la época colonial panameña?

Contestar estas preguntas es imposible. Porque si se concluyó la conquista en 1538 y se inició el régimen audiencial modificándola en algunos rasgos esenciales, no hizo sino proseguirla. La conquista panameña, con sus elementos medioevales y modernos, fue una siembra. Sobre ella se habría de levantar la gran transformación biológica con la fusión de dos razas contrapuestas por la conquista, para dar nacimiento al mestizaje que es el que ha de fijar las bases de la personalidad de este ser colectivo que es Panamá, el que aún no ha llegado al ejercicio pleno de todas sus potencialidades.

*Del pretérito:*

## Sucesos y Cosas de Antaño

por Ernesto Castellero R.

\* \* \*

141—Significado de nombres. 142—Fracaso de un Congreso Interamericano. 143—Carretera Boyd-Roosevelt. 144—Terminación del Ferrocarril Transistmico. 145—Primera Comisión Istmica. 146—Extraña "Tenida". 147—Reconocimiento de la República por el Paraguay. 148—Los "Criollos" en el gobierno colonial. 149—Desastroso temblor. 150—¡Al fin, ese puente! 151—Tenemos un Mar Interior. 152—Pasaje transistmico. 153—Limpieza de buques en el Lago Gatún. 154—Altos alquileres en Portobelo. 155—Desvalorización de las Acciones del Canal. 156—Día histórico. 157—Nombre del Río Bayano. 158—Costo de la represa de Maddem. 159—Tragedia de un gobernante. 160—La palabra "Salario".

\* \* \*

141—Los siguientes nombres son de origen germano y tienen el significado que inmediatamente se les da: *Federico*, "hombre pacífico"; *German*, "luchador"; *Leopoldo*, "hombre valiente"; *Alfonso*, "listo, decidido"; *Rodolfo*, "lobo glorioso"; *Enrique*, "jefe de familia"; *Ernesto*, "combatiente". Son latinos: *Amadeo*, "el que ama a Dios"; *Blas*, "balbuciente" y *Fausto*, "dichoso, feliz". Sajones son: *Hilda*, "guerrera, belicosa" y *Guillermo*, "poseedor de voluntad". Tienen origen similar: *Jacobo*, *Jaime*, *Yago* y *Santiago*.

\* \* \*

142—El 5 de enero de 1882 se reunió en Panamá un Congreso Internacional convocado por el Presidente de la República de Colombia, Dr. Rafael Núñez, que resultó menos célebre que el de Bolívar en 1826, y menos conocido que el de Ministros de Relaciones Exteriores en 1936. Prácticamente ese congreso fué un rotundo fracaso, haciendo nugatoria la iniciativa del mandatario colombiano.

143—La carretera Boyd-Roosevelt que une las ciudades de Panamá y Colón a través del Istmo, inaugurada por el Presidente don Ricardo Adolfo de la Guardia el 15 de Abril de 1954.

\* \* \*

144—Las paralelas del Ferrocarril Transístmico entre Panamá y Colón fueron unidas en Summit el 27 de Enero de 1855, a la media noche y bajo un aguacero torrencial, y el primer tren que corrió de una costa a otra del Istmo, lo hizo el 28 de Enero del mismo año.

\* \* \*

145—Fue en 1875 cuando por primera vez los Estados Unidos enviaron al istmo una Comisión Científica de oficiales de la Marina para que estudiaran sobre el terreno la posibilidad de construir el Canal.

\* \* \*

146—La sociedad masónica "SHRINES" celebró en 1913 una "tenida" en el fondo de la esclusa de Miraflores, pocos momentos antes de que las aguas llenasen la cámara de la misma.

\* \* \*

147—El gobierno del Paraguay reconoció la independencia de Panamá, iniciando así sus relaciones oficiales con nuestro país, por decreto de 23 de julio de 1904 cuando gobernaba aquella República don Juan Antonio Escurra. Hasta el presente ninguna de las dos naciones ha acreditado Ministro diplomático permanente.

\* \* \*

148—De 170 Virreyes que gobernaron en América, sólo cuatro fueron americanos. De 602 Capitanes Generales, cuatro también habían nacido en América. De 982 Obispos que administraron las diferentes Diócesis del nuevo mundo, 279 eran nativos de él. A los nacidos en este continente, aunque fuesen hijos de españoles de pura raza, se les denominaba "criollos".

\* \* \*

149—Casi a las 4 de la mañana del día 7 de Septiembre de 1881 hubo



en la ciudad de Panamá un fortísimo temblor de tierra que destruyó la parte superior de la fachada de la Catedral, la Iglesia de Malambo, la arcada del Cabildo y causó otros graves daños en los cincuenta escasos segundos que duró.

\* \* \*

150—El martes 29 de Diciembre de 1958, el Presidente de la República, don Ernesto de la Guardia Jr., echó, al fin, la primera palada de concreto en la base occidental del gran puente sobre el Canal que construirán los Estados Unidos a un costo de Bs. 20,000.000.00, cuya ley de autorización para hacerlo firmó en Panamá el Presidente de los Estados Unidos en Julio de 1956. Este gobierno estaba comprometido a erigir ese puente desde la aprobación del Tratado de 1936.

\* \* \*

151—La Laguna de Chiriquí, primitivamente llamada *Bahía de Aburemá*, descubierta por Cristóbal Colón el domingo 16 de Octubre de 1502, es un mar interior de la Provincia de Bocas del Toro, que tiene 1.100 kilómetros cuadrados, en cuyo espacio cabe la escuadra de guerra más grande de país alguno del mundo. Es menor, sin embargo, que el Lago Gatún, formado con las aguas dulces del río Chagres, cuya extensión es de 1.158 millas cuadradas.

\* \* \*

152—En 1606 se decretó un impuesto de peaje de cuatro reales por cada mula que atravesase el Istmo por el camino real de Portobelo. Este gravamen producía \$30.000 de una Feria a otra.

\* \* \*

153—Con cinco días de permanencia en el Lago Gatún, que es de agua dulce, queda limpio el casco de un barco de todos los moluscos que haya recogido en el océano.

\* \* \*

154—En el siglo diecisiete, durante los cuarenta días que poco más o menos duraba una Feria en Portobelo, había que pagar \$5.000 por el alquiler de una casa. El resto del tiempo, entre Feria y Feria se obtenía hasta de balde.

155- Las acciones vendidas por la Compañía Francesa para reunir fondos con que construir el Canal de Panamá, cuyo valor era de Fs.500 (equivalentes a Bs. 100), sufrieron con el fracaso de la empresa tal desvalorización, que se vendieron a Fs.22,50 (Bs.4,50). Fue el escándalo financiero mayor del siglo pasado.

\* \* \*

156—El 5 de Diciembre de 1854, falleció en Bogotá el General Tomás Herrera, Prócer panameño y ex-Presidente de la Nueva Granada.

\* \* \*

157—El nombre de *Bayano* que lleva el caudaloso río de Chepo, fue el de un negro bandolero y asesino que se declaró Rey de los esclavos cimarrones en 1554. Vencido al fin, después de larga y cruenta lucha, el insurrecto caudillo fue remitido prisionero a España, donde falleció. El río Bayano tuvo el nombre indígena de *Mautungantí*, y luego el de río *Cuquirá*.

\* \* \*

158- Por la considerable suma de Bs.13,000.000 se construyó sobre el río Chagres la represa Madden que forma el Lago de Alajuela.

\* \* \*

159—En el temblor de tierra ocurrido el 2 de mayo de 1621, que sacudió violentamente la ciudad de Panamá, pereció el Gobernador Don Juan de la Cruz Rivadeneira, aplastado por una pared de su casa. Su cadáver apareció con las manos cortadas y las gentes lo atribuyeron a castigo del Cielo por haber firmado, pocos días antes, una sentencia contra los intereses de los Frailes Agustinos.

\* \* \*

160—La palabra *salario* o jornal, que representa el sueldo o estipendio con que se remunera un trabajo de un día, de un obrero, se origina en la práctica de los Emperadores Romanos de pagar diariamente a sus soldados con raciones de pan y sal.

## *Sociología:*

### Durkheim y la Sociología

El gran maestro Emilio Durkheim, nació en Espinal. —Francia— el 15 de Abril de 1858 y murió en Noviembre de 1917. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Burdeos, desde 1887, enseñó sociología y allí publicó sus dos principales obras: *“Las Reglas del Método Sociológico”* y *“La División del Trabajo Social”*. Luego fué nombrado en París en donde reemplazó a Ferdinand Buisson en la cátedra de Educación y profesó simultáneamente hasta su muerte, la Pedagogía y la Sociología en la Facultad de Letras. En París organizó una vasta empresa de investigación social. Asoció a su obra a todo un colegio de sabios y creó un laboratorio de estudios sociológicos, una oficina de especialistas en todas las investigaciones que interesan la naturaleza del hombre: Lengüistas, juristas, moralistas, economistas, historiadores, estadísticos, etc., etc. Cada uno debía, por su parte, contribuir a la edificación de la ciencia futura y recoger los documentos relativos a las diferentes investigaciones sociológicas. Durkheim se reservaba la dirección general de esta vasta colaboración, coordinando los estudios particulares y dando de tiempo en tiempo su contribución propia.

Para reunir y clasificar todos esos documentos y todas esas observaciones fundó la Revista *“El Año Sociológico”* en la cual colaboraron un gran número de profesores y de especialistas interesados en las diversas manifestaciones de la vida social.

Murió Durkheim a los cincuenta y ocho años, en plena fuerza y en plena actividad creadora. Siete obras fundamentales publicó.

- 1—Las Reglas del Método Sociológico.
- 2—El Suicidio.
- 3—La División del Trabajo Social.
- 4—La Educación Moral.
- 5—Educación y Sociología.
- 7—Las Formas Elementales de la Vida Religiosa.

A estas obras capitales hay que agregar, un importante capítulo sobre la "*Sociología y las Ciencias Sociales*". Prefacios, en especial en el libro de Hamelin sobre el "*Sistema de Descartes*"; "*La prohibición del incesto*"; de la "*Definición de los fenómenos religiosos*"; "*Dos Leyes de la Evolución Penal*"; "*Sobre el Totemismo*". Algunas formas de clasificación: "*La organización matrimonial en Australia*". Artículos como "*La determinación del hecho moral; la moral positiva, exámen de algunas dificultades*"; "*La eficacia de las doctrinas morales*"; *Representaciones colectivas y representaciones individuales*; *Sociología religiosa y teoría del conocimiento*; *Juzgamientos del valor y juzgamientos de realidad*; *Estudio sobre el Contacto Social*; *Estudio sobre el Emilio*; *Infancia*; *Educación y Pedagogía*; "*Introducción a la sociología de la familia*"; "*Enseñanza de la filosofía y de la sociología en las Universidades Alemanas*"; *Enseñanza secundaria en Francia*.

A más de éstos estudios Durkheim dejó un gran número de obras inéditas. En una mejoría de su larga enfermedad hizo el supremo acto de fé de comenzar a escribir su "*Moral*" objeto de su existencia, fondo de su espíritu. La masa de manuscritos de que se componen sus cursos, fruto de treinta años de la vida de un sabio y de un maestro en toda excepción del vocablo es inmensa. Algunos de sus manuscritos han sido publicados ya y forman un conjunto de 16 estudios que dan a conocer el pensamiento de Durkheim y que nosotros trataremos dentro de nuestra insuficiencia de hacer conocer, en homenaje al maestro, y a los pueblos de habla castellana. Algunos de estos estudios han sido desarrollados por sus discípulos, por Levy Bruhl, cuya obra ha alcanzado la más amplia resonancia, consagrandó sus mejores esfuerzos a estudiar la vida del hombre primitivo, partiendo del trabajo realizado por el maestro en "*Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*". Marcel Mauss quien en colaboración con René Hubert investigan siguiendo las obras del maestro, la vida religiosa y jurídica, lo mismo que el tema de "la magia". Jorge Davy realiza en el derecho "El Idealismo y la Experiencia" una obra capital remontándose hasta la averiguación de los orígenes del vínculo contractual, que demuestra que éste responde a una experiencia social y no racionalista. Moret ataca la sociología política con su obra en colaboración con Davy "*Des clans aux Empires*". Celestin Bougle otro de los discípulos más prestigiosos del maestro con una

copiosa producción. Francisco Simiand en la sociología económica.

Mauricio Halbwaches, entre los temas que este sagaz investigador discípulo de Durkheim, estudia las clases sociales, llegadas por los caminos de la ciencia a establecer el concepto sociológico de *Clase* en "términos de gran nitidez, coincidiendo, aunque por otros caminos con Mark y Engels y también Gurvitch. Paul Fauconnet, Charles Blondel y otros viejos y nuevos discípulos del gran maestro, eruditos profundos, sabios en una palabra. Es una obra grande, fuerte y al mismo tiempo armoniosa que salió de la potencia y de la actividad de ese grupo de sabios formados por ese grande y humilde genio que se llamó Emilio Durkheim. Era un equipo extraordinario con un maestro más extraordinario aún. Durante la primera guerra mundial, ese equipo era una especie de sociedad en plena fuerza del espíritu y del corazón que elaboraron una gran masa de trabajo y de ideas.

Dolor inmenso para Francia y para la humanidad que la guerra, como Moloch, se fué tragando uno a uno a estos sabios y lástima mayor que Durkheim no pudo permanecer mucho tiempo a dirigir a los que quedaron.

Así Durkheim no sólo fué descubridor de un mundo nuevo de investigación y de hecho hasta entonces desconocidos, sino que determinó los métodos que hay que emplear para llegar a conclusiones y dar soluciones definitivas.

**Jefe de Escuela**, su influencia se acentúa a medida que corren los años y que se vayan conociendo sus estudios, sus métodos y las conclusiones y soluciones, que él dió a los problemas, y fenómenos sociales que estudió, problema y fenómenos insolubles para otros, que no quieren ver la verdad, la evidencia, al recurrir al estudio y aplicación de leyes de otras ciencias sin siquiera hechar una mirada sobre el mismo fenómeno, analizarlo, estudiarlo, observarlo, y experimentarlo con él como hacen los investigadores de los fenómenos químicos, físicos, etc., hasta descubrir, sin oposición, las leyes que los rigen y poder así reproducirlos en el tiempo y en el espacio, descubriendo la verdad que les permite solucionar definitivamente esos problemas.

Por eso la influencia de Durkheim crece, como "crece la sombra cuando el sol declina", crece porque es el único o el primero que trae a los hombres azotados por angustias infinitas, azotados por crisis cada vez más profundas e insolubles, sacudidas por los fenómenos sociales cada vez más complicados y difíciles, la explicación necesaria y oportuna, el remedio eficaz y contundente que otros seudos sociológicos reñidos con la realidad social, que otros filósofos trasnochados que se creen aún en los tiempos felices y brillantes de Aristóteles y de Platón, de Sócrates o Epicuro discurren aún, plácidos y eufóricos, por los jardines del academus, ignorantes de que el hombre ha encontrado un instrumento poderoso, la ciencia que

le ha permitido desintegrar la materia, poder que ridiculiza el rayo de Júpiter.

Los filósofos, es decir, aquellos que estudian las relaciones de la materia y del espíritu, de la conciencia y de la naturaleza, de la razón y de la sensibilidad al estudiar los fenómenos sociales, las acciones, reacciones y representaciones colectivas se confunden, se dividen en grupos y en subgrupos, discuten, especulan, afirman los unos lo que niegan los otros y no llegan ni descubren solución alguna y el hombre que ha resuelto problemas inmensos, el problema del fuego, de la luz, del espacio de la materia, de la vida, etc., etc., no puede resolver sus propios problemas, la miseria sigue haciendo estragos, la enfermedad espanta, la injusticia reina por doquier, la guerra amenaza la existencia misma, el vicio, la explotación del hombre por el hombre la incultura, la superstición, etc., etc.

Pero muchos de ellos se sienten profundamente conturbados ante las conquistas actuales de la ciencia positiva, algunos como Boutrox y Bergson en nombre de lo que ellos llaman "*Las exigencias superiores del espíritu*" reclaman otros medios más eficaces para llegar a la realidad detrás de las cosas. Ellos se niegan a admitir que la ciencia puede darnos verdades reales y seguridades definitivas sobre el pensamiento y aún sobre el Universo, "*Tal cual este existe en sí*" y le Roy y Rueff, al mismo tiempo que los primeros afirman sin rubor, que la ciencia da a lo sumo ojeadas prácticas sobre un universo artificial, sobre un universo adaptado a la necesidades diarias para el trabajo utilitario de la inteligencia. La ciencia no es, dicen ellos, un medio de conocer la verdad, sino simplemente es un artificio cómodo para la acción. Ella no se coloca en el plan de la verdad, sino en el plan de la utilidad.

Durkeim niega enérgicamente estos despropósitos de los filósofos. Sostiene que la ciencia no sólo llega a resultados indiscutibles sobre los problemas en que todo el mundo reconoce su competencia sino afirma que sólo ella es susceptible de procurar una claridad inteligente sobre todos los problemas que conciernen a la naturaleza humana, problemas como aquellos del pensamiento, del conocimiento, del arte, de la acción, de las religiones, de la sociedad, de la moral, etc., etc., en una palabra el *Hombre* en toda su acepción, al mismo tiempo en su realidad la más concreta, problemas que parecen insolubles, precisamente porque no han querido o no han sabido aplicarles los verdaderos métodos científicos que ellos reclaman. "So- metamos estos problemas a la prueba de la ciencia y a sus métodos rigurosos y los haremos inteligibles".

En efecto, cuando la vida humana con sus manifestaciones las más ricas, las más interesantes, las más complejas, religión, arte, moral, dere-

cho, lenguaje, política, costumbres, economía, etc., sean traídas al sistema inteligible de hechos y de leyes científicamente determinados, entonces habremos resuelto los problemas del *Hombre Social*.

Porque con la ciencia, son comprensibles para el hombre, todos los problemas de la naturaleza, porque el hombre ha penetrado en los abismos insondables del mar y escalado las mayores alturas de la tierra y ha perforado la inmensidad infinita del Cosmos, conoce las Galaxias y la contextura y la composición de Soles y de Estrellas infinitamente lejanas, estudia y sabe de las nebulosas, sondea y escudriña los arcanos de todo lo creado y en donde sólo *Dios* fulge con luz inmortal. Su pensamiento es más raudo que la luz y que el sonido. Domina las enfermedades, hace recular a la muerte y prolonga la vida. Ha desintegrado a la materia y puede hacer desaparecer al Hombre y al Universo donde vive, porque capturó el fuego, la luz, la electricidad y los puso a su servicio. Nada se le esconde ni nada se le resiste, con el arma de la ciencia en la mano, transforma, modifica, corrige, crea, pero vive mal, dominado por el miedo y por una angustia infinita, porque ha descuidado y no ha podido resolver sus propios problemas, los problemas de la vida humana, del comer, vestir, abrigarse, etc. Porque todas esas realidades sociales misteriosas no han sido reducidas en sistemas y por lo tanto comprensibles como son las otras realidades de la naturaleza.

Por eso el descubrimiento de Durkheim, su originalidad es más incontestable e importante que la de Newton en el dominio de la física o de Lavoisier en el dominio de la Química o de la de Laurens, Oppenheim y Eistein en la desintegración del átomo.

Los astrónomos conocían el mundo sideral; los alquimios no ignoraban la existencia de los cuerpos químicos, ellos sabían que ellos se componían y se descomponían, ellos ignoraban simplemente las leyes que presiden a las transformaciones de la materia.

Antes de Durkheim nadie había afirmado de una manera formal la existencia de un mundo social y ésta es la razón por la cual los filósofos y los seudosociólogos, más filósofos y metafísicos que sociólogos, derrumbaron por predios diferentes buscando soluciones imposibles, pues todo fenómeno social debe ser estudiado socialmente y tener soluciones sociales.

La Fontaine, el filósofo, dice refiriéndose a éstos pensadores: "Cuál es en efecto el objeto preciso de la filosofía sino el conocimiento del *Hombre* no el Hombre individual de los psicólogos, del hombre artificial de los lógicos y los moralistas, del hombre con su naturaleza viva de ser pensante y actuante, con todas las fuentes, todas las razones, todas las posibilida-

des, todas las consecuencias de la vida, de su sensibilidad de su pensamiento, y de su acción."

Henry Poincaré, en su libro *"El Valor de la Ciencia"*, declara que la ciencia y la moral tienen su dominio propio que no se tocan ni se penetran, porque para él la ciencia nos mostrará a qué objeto debe propenderse; mientras que la moral, el objeto ya dado nos harían conocer los medios de alcanzarlos y termina diciendo: *"Il ne peut pas avoir de science immoral pas plus que il ne peut y avoir de moral scientifique"*.

En todo caso, los moralistas afirman que la ciencia es incapaz de dar el *Ideal* que determina nuestra acción, hacia el cual tiende nuestra conducta colectiva o privada.

Durkheim niega también todas esas afirmaciones absurdas y se niega a creer que hay en el Universo dos o más "*órdenes*" de realidades. Para él las "realidades" morales y sociales son, como las otras realidades de la naturaleza "objetos" de conocimientos, que la ciencia es capaz de descubrir las leyes. Si éstas realidades son dominadas por un "*ideal*" es a la ciencia a la que pertenece encontrar ese ideal que determina nuestra acción, de esta manera estaremos seguros de que éste ideal no es quimero y que al contrario él es más eficaz, puesto que sólo la ciencia puede obtener, de los hechos, la ley, que rige nuestra vida en el pasado y que regirá aún en el porvenir.

Augusto Comte al fundar la sociología, como Colón al descubrir la América no sabía que había descubierto un nuevo mundo, pensaba que había llegado a Cipayo y que había encontrado el camino a las Indias. Comte nunca pensó, al denominar a sus estudios de los hechos sociales *Sociología* que había encontrado, que había descubierto una nueva ciencia y por eso se apresuró hacer de la Sociología una especie de metafísica sacada de la Historia, porque para éste toda la vida social está dominada por su ley de los Tres Estados, ley que no puede sacarse de la observación imparcial de los fenómenos colectivos en el prólogo de mi obra *"Principios de Sociología"*. Luis Arasquistain, célebre escritor español dice "que la ley de los Tres Estados de Comte se da en todos los tiempos y grados de civilización y no son sucesivos sino coexistentes, como lo prueban los Latoukas —pueblo "salvaje" de Africa que no creían en ningún Dios— todos ellos profesaban un ateísmo completo y muchos otros pueblos primitivos que han superado, o no han conocido nunca, la fase teológica, en tanto que el noventa por ciento de los más grandes hombres de ciencia creen aún que la Biblia es la palabra revelada. Comte construye un método *a priori* para el estudio de esta nueva ciencia.



El vé en los hechos sociales como en los hechos físicos dos expresiones de la realidad a estudiar; un estado de estabilidad de los hechos y sus consecuencias o sea su "*Estática Social*" análoga a la estática física y después un estado de desarrollo de esta realidad que llamará "*Dinámica Social*". Es así que el creador de la Sociología no nos dió en la especificación de los hechos sociales una demostración sistemática. Por eso sus continuadores y los que se llaman sus discípulos se han desviado y cada uno de ellos filosofando ensaya de ver en la sociología una aplicación de las ciencias ya construídas lo que nos dará solamente un aspecto fraccionario parcial de la realidad social, pero jamás nos darán soluciones integrales y conclusiones definitivas.

Pero la creación, desarrollo y edificación de la *Sociología* como ciencia no solo ha tenido obstáculos entre los Filósofos Metafísicos y Teólogos, sino entre los mismos *Sociólogos* o pretendidos sociólogos, los que sostienen que efectivamente hay hechos, fenómenos sociales que éstos hechos sociales pueden ser objeto de una ciencia pero no se desprende de esta afirmación que hay necesidad de constituir una ciencia diferente y así tenemos distintas interpretaciones: La interpretación biológica de los hechos sociales; la interpretación psicológica de los hechos sociales, la interpretación económica y la interpretación moral a más de otras interpretaciones eclesiásticas y difusas.

*Explicación biológica de los hechos sociales:* La concepción biológica tuvo en el siglo XIX un defensor en la persona de Herbert Spencer y con él los evolucionistas. Para éstos la sociología no es sino una derivación de la Biología.

Spencer ve esta relación o conexión bajo dos puntos de vista. Los elementales de la vida social son los individuos. Las acciones de éstos están regularizadas por leyes generales de la vida. El mecanismo de la vida social se aplica por leyes análogas a las leyes biológicas. Si se considera una sociedad en su evolución se le vé nacer, desarrollarse y morir. Esta curva es comparable a la del individuo. Una sociedad en su funcionamiento estático tiene una estructura comparable a la de los seres vivientes. La Biología dá la clave de la Sociología. Otros como Taine, Homs, Linienfeld Novicov de Grieff, Lombroso, Garafolo, etc., etc., mantienen la misma interpretación biológica o antropológica de los hechos sociales. Este aspecto es fragmentario, parcial, muy parcial, imperfecto, porque indudablemente, la Biología al estudiar la vida en todas sus formas, sus leyes forzosamente se aplican a los elementos vivos de la sociedad humana como ser vivo y no como ser social, lo mismo se puede decir de la qui-

mica y de la física y sin embargo a nadie se le ha ocurrido ni se le ocurrirá decir jamás que porque el cuerpo humano se compone de átomos conociendo las leyes del átomo y conociendo como se desintegra ésta podemos reconocer los fenómenos sociales que existen no por el hecho de que los hombres nos componemos y estamos integrados de materia y ésta de átomos que conociendo las leyes químicas y físicas de la materia y del átomo con sólo aplicárseles a los fenómenos sociales tendremos su explicación. Lo mismo se puede decir de la biología.

El mecanismo de la vida social es distinto con características específicamente distintas del mecanismo de la vida biológica.

*Interpretación Psicológica de los Hechos Sociales.* La escuela alemana con Simel, seguida de los norteamericanos con Lester Ward, creará descubrir en la sociología una psicología de los pueblos, mientras que Gabriel Tarde y sus discípulos pretenderán que ella no es sino un capítulo de la Psicología de los individuos.

Lester Ward mantiene que la materia sociológica es acción humana. No es la estructura sino la función estadística la manera como los diferentes productos sociales han sido creados. Para Tarde el mundo social es un medio en el cual se reflejan las leyes de la psicología. Hay dos elementos esenciales la *Invencción* y la *Imitación*. Pero la sociología Psicológica es impotente para darnos o presentarnos resultados seguros. Ella no nos da sino cuadros muy generales que no pueden servir de explicación verdadera; ciertamente que esta concepción es más amplia que la anterior porque no sólo se aplica a seres vivos sino determinados seres vivos, al hombre pero aún esta interpretación es reducida, fragmentaria, limitada y sólo contempla un breve aspecto de la sociedad, al hombre como ser pensante. El valor de la Sociología Biológica es de orden histórico: afirma la idea de mecanismo. La sociología psicológica es diferente, desde el punto de vista de la utilización actual y futura, ella puede ser parcialmente retenida. La Sociología engloba, encierra la psicología social.

*Interpretación Económica:* Se acercan más a la verdad científica Carlos Marx y Federico Engels con su interpretación económica de los hechos sociales de los fenómenos sociales, pero aún esta interpretación que abarca un campo más amplio que las anteriores no llega a resolver todos los problemas sociales. "*Son las condiciones económicas las que rigen la acción de los hombres*". Dice Marx y luego agrega "*Vivir es primeramente comer, abrigarse, vestirse, y algunas otras cosas*". El primer acto de la historia es el de la producción de los medios destinados a satisfacer esas necesidades, la producción de vida material y es ese gesto histórico la base de toda la historia".

Pero Marx y Engels han exagerado la importancia de los hechos económicos y es el mismo Federico Engels quien así lo reconoce.

“Es Marx y yo mismo particularmente, que debemos llevar la responsabilidad, del hecho que a menudo los jóvenes le dan más importancia que la que tiene al lado económico. En frente a nuestros adversarios, nos fué preciso remarcar el principio esencial negado por ellos, y no tuvimos el tiempo, lugar ni ocasión de hacerle justicia a los otros factores que participaron en la acción “recíproca”.

Pues aún los especializados en la historia económica, recibieron el materialismo histórico de Marx con un excepticismo manifiesto, porque para ellos el método de Marx no aporta pruebas.

Lucien Tobore en 1935 en los anales de Historia Económica escribía: “Historiadores, somos “gente de Santo Tomás” como se decía en el siglo XVI. Nosotros queremos tocar con nuestras manos, palpar y sobrepesar. En tanto que no nos pongan ante nuestros ojos una obra, siquiera en la cual nos puedan decir: “He aquí, la historia según nuestra concepción, esta concepción que hemos sacado de Marx y que nosotros creemos que puede renovar la práctica y la doctrina de los historiadores”. “En tanto no hagan eso, en tanto que esta experiencia no haya sido intentada lealmente, estén convencidos que pueden continuar haciendo ceder con sus dos brazos tendidos la roca del materialismo histórico hasta la cumbre del Pico Carlos Marx. Los historiadores seguirán de lejos, con espejuelos su ascensión. Después de lo cual la roca se deslizará a lo largo de la pendiente”.

Pero lo que Marx presintió, Durkheim lo descubrió. Durkheim define y estudia la realidad colectiva en ella misma, porque la acción social no es suma sino síntesis y del estudio directo y positivo de ésta síntesis obtiene la respuesta solicitada que es la solución del problema. Durkheim nos da un ejemplo: el bronce, compuesto de cobre y estaño metales ductiles. No es analizando esos dos elementos que lo integran como podemos estudiar la dureza del bronce, dureza que no se encuentra ni en el cobre ni en el estaño, elementos que componen el bronce, para tener una solución hay que estudiar al bronce mismo, así mismo dice Durkheim, no es estudiando al hombre como obtendremos la solución del problema de la sociedad no obstante que ésta está compuesta por el hombre. El declara que la sociología es una ciencia completamente independiente y que se basta a sí misma y bien lejos de confundir su objeto, su método y sus leyes con el objeto, las leyes, el método de las otras ciencias, físicas, biológicas, económicas, jurídicas, etc., él va a aprobar que es más bien la sociología la que presta sus luces a la Biología, a la Psicología, a la Economía Política, a la moral y

aún a la Lógica en una palabra a todas las ciencias que se ocupan del hombre. "La Sociología es una ciencia bien determinada, ella es a la vez una ciencia particular y una ciencia general, una filosofía. No solamente ella nos hará conocer la naturaleza y las leyes de los hechos sociales, sino que ella nos dará sobre la naturaleza humana las perspectivas más preciosas, las hipótesis más fecundas, porque ella va a buscarle en la realidad humana cuyas huellas están consignadas en la Historia. La Sociología para Durkheim no será una simple especulación filosófica, sino que al investigar los fenómenos sociales y aún individuales encontrará una solución. Durkheim afirma así la existencia indiscutible de un mundo social bien determinado y ese nuevo mundo tiene para él una realidad tan independiente como aquella del mundo físico o del mundo biológico. Es él, quien el primero descubre y afirma la originalidad de ese nuevo Universo. Todos los pretendidos sociólogos dice La Fontaine, que le ha precedido, no hablaron sino vagamente, nadie se dió cuenta de esto ni lo definió expresamente.

Y así Emilio Durkheim, para gloria de Francia y del mundo es uno de los grandes benefactores de la Humanidad, pues al descubrir la Sociología como Ciencia ha descubierto el camino para resolver los problemas más angustiosos y más trascendentales de la Humanidad, mucho más importantes que el descubrimiento de la desintegración de la materia y la de la conquista del espacio sideral.

Honor al maravilloso sabio y honor a Francia el glorioso país, que ha dado tal hijo.

# *Tesoro Cultural Panameño:*

## **DISPOSICIONES LEGALES SOBRE LUGARES Y MONUMENTOS HISTÓRICOS, MONUMENTOS, ESTATUAS, BUSTOS, RETRATOS Y PLACAS...**

por JUAN ANTONIO SUSTO

La Constitución de la República de Panamá, de 1º de Marzo de 1946, en su artículo 212, establece lo siguiente:

*“Toda la riqueza artística e histórica del país, sea quien fuere el dueño, constituye el tesoro cultural de la Nación y estará bajo la salvaguarda del Estado, que podrá prohibir su destrucción transmisión o exportación, regular su enajenación y decretar las expropiaciones que estime oportunas para su defensa, indemnizando a su dueños. Es deber del Estado proteger el patrimonio artístico y conservar la tradición folklórica en sus diversas expresiones artísticas y literarias mediante la acción de la escuela y de organismos de investigaciones que hagan uso de métodos científicos”.*

Por el artículo 80 de la Ley Número 47, de 24 de Septiembre de 1946, Orgánica de Educación, se creó la Comisión Nacional de Arqueología y Monumentos Históricos, dependiente del Ministerio de Educación y se facultó al Órgano Ejecutivo para designar la citada Comisión y organizar sus funciones.

En virtud de esta disposición legal se expidió el Decreto Número 1971, de 13 de Enero de 1948, nombrando los miembros de la Comisión Nacional de Arqueología y Monumentos Históricos, que fue constituida por los señores Ernesto J. Castillero R., Juan Antonio Susto, Rafael Moscote, Angel Rubio, Rodrigo Miró, Manuel María Alba, César A. de León, Gerardo Córdova, Isidro A. Beluche, Juan María Aguilar, Enrique Ruiz Vernacci, más el Director del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación, señor Bonifacio Pereira.

Deseosos nosotros de facilitar a la Comisión de la cual hicimos parte, el conocimiento de las disposiciones adoptadas hasta el año de 1950 sobre arqueología, museos, bibliotecas, y monumentos y lugares históricos, preparamos una compilación de disposiciones legales, la que dividimos en tres partes:

A.—Conferencias Internacionales Americanas;

B.—Legislación sobre arqueología, museos bibliotecas y monumentos y lugares históricos, y

C.—Legislación sobre honores, estatuas, bustos, pensiones, etc.

Hasta la fecha no han sido declarados monumentos nacionales, a pesar de que existen méritos para ello, las Ruinas del Convento y Universidad de los Jesuitas, las Iglesias de San José, San Francisco y San Felipe, en la ciudad de Panamá, y en David (Chiriquí), la Iglesia de San José.

\* \* \*

#### a) LUGARES Y MONUMENTOS HISTORICOS

*Chagres*: Castillo de San Lorenzo: leyes 61 de 1908 y 68 de 1941, monumento nacional.

*Las Tablas*: Iglesia de Santa Librada: ley 32 de 1954, monumento histórico nacional.

*Los Santos*: Iglesia de San Atanasio: leyes 32 de 1938 y 60 de 1941, monumento histórico y ley 127 de 1943, restauración.

*Natá*: Basílica: ley 61 de 1908, conservación y leyes 46 de 1924 y 68 de 1941, monumento nacional.

*Panamá*: Arco Chato de San Domingo: ley 17 de 1932, se autoriza su compra y ley 68 de 1941, monumento nacional.

Catedral: ley 68 de 1941, monumento histórico nacional.

—Iglesia de la Merced: Decreto 672 de 26 de Noviembre de 1956, monumento nacional:

Panamá La Vieja: ley 12 de 1912 y 9 de 1918, monumento público y ley 68 de 1941, monumento histórico nacional.

—Murallas de Las Bóvedas (Plaza de Francia) Ley 2 de 1920, monumento nacional.

—Murallas, en la Plaza de Herrera: Decreto número 537, de 22 de Octubre de 1954.

—Salón Bolívar: ley 63 de 1941, monumento nacional.

*Parita*: Iglesia: leyes 35 de 1926 y 68 de 1941, monumento histórico.

*Portobelo*: Aduana, leyes 61 de 1908, 69 de 1926 y 68 de 1941, monumento histórico.

—Castillo de San Jerónimo: leyes 69 de 1926 y 68 de 1941 monumento nacional.

—Iglesia de San Felipe: leyes 69 de 1926, 56 de 1928 y 68 de 1941, monumento histórico nacional.

—Población: leyes 61 de 1908, 69 de 1926 y 68 de 1941, monumento histórico nacional.

*San Francisco, (Veraguas)*: Iglesia: ley 29 de 1937, monumento histórico y ley 68 de 1941, monumento histórico nacional.

#### b) MONUMENTOS

*Aguadulce*: Monumento a don Rodolfo Chiari (1869-1937), ex-Presidente de la República, ley 51 de 1938.

*David*: Monumento a don José Domingo de Obaldía (1845-1910), ex-Presidente de la República, ley 125 de 1943.

—Monumento a los Coroneles Tomás Armuelles A. y Benjamín E. Zurita, Teniente Arcadio Porto y Sub-teniente Francisco Durán, en la Plaza Sucre.

*Las Tablas*: Casa natal del Dr. Belisario Porras (1856-1942).—ex-Presidente de la República, ley 42 de 1953.

*Los Santos*: Monumento a los Próceres santeños de 1821, leyes 34 de 1924 y 51 de 1928.

*Panamá* —Mausoleo al Cuerpo de Bomberos, ley 16 de 1916.

—Monumento al Dr. Justo Arosemena (1817-1896), Decreto Legislativo 21 de 1946.

—Monumento al General Buenaventura Correoso (1831-1911) y Dr. Gil Colunje (1831-1899), en pascos públicos y don Manuel José Hurtado (1821-1887), ley 5 de 1912.

—Monumento a los franceses (Plaza de Francia), ley 2ª de 1920.

—Monumento al General Aníbal Gutiérrez Viana, en el Cementerio Amador, ley 66 de 1928.

—Monumento al Dr. Octavio Méndez Pereira (1887-1954), ley 34 de 1958.

—Monumento al Dr. Belisario Porras, (1856-1942).—ex-Presidente de la República, ley 107 de 1943.

—Monumento a los Próceres panameños, ley 4ª de 1955.

—Monumento al General José Antonio Remón Cantera (1908-1955), ex-Presidente de la República, ley 5ª de 1955.

—Monumento a Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), ex-Presidente de los Estados Unidos, ley 52 de 1955.

—Obelisco al "Batallón Istmo" de 1824, ley 38 de 1924.

*Santiago, (Veraguas)*: —Monumento al Dr. Juan Demóstenes Arosemena (1879-1939), ex-Presidente de la República, leyes 1ª de 1940 y 42 de 1941.

### c) ESTATUAS

AROSEMENA, Dr. Justo (1817-1896).—Estatua en el Parque de la Independencia.

Leyes 34 de 1916 y 12 de 1918.

AROSEMENA, Dr. Pablo (1836-1920).—Estatua en la Plaza de Francia.

Ley 7 de 1930.

CERVANTES, Miguel de (1547-1616).—Estatua en la ciudad de Panamá.

Ley 13 de 1919.

FABREGA, José de (1774-1841).—Estatua en Santiago de Veraguas.

Ley 23 de 1937.

HERRERA, Tomás (1804-1854).—Estatua de bronce en la Plaza de Herrera.

Leyes 7 de 1904 y 29 de 1926.

LOPEZ, Carlos L. (1879-1944).—Estatua en Las Tablas.

Decreto Legislativo Número 19 de 1946.

PORRAS, Belisario (1856-1942).—Estatua en Las Tablas.

Ley 36 de 1958.

ROOSEVELT, Theodore (1868-1918).—Estatua.

Ley 48 de 1928.

d). BUSTOS

AGUILERA, Rodolfo (1858-1916).—Busto en una Plaza pública de la ciudad de Panamá.

Ley 33 de 1926.

AMADOR GUERRERO, Manuel (1833-1909).—Busto en la Plaza de la Independencia.

Ley 49 de 1924.

ARANGO, José Agustín (1841-1909).—Busto en la Plaza de la Independencia.

Ley 49 de 1924.

ARDILA Francisco (1840-1900).—Busto en una Plaza Pública de la ciudad de Panamá.

ARIAS, Ricardo (1852-1927).—Busto en la Plaza de la Independencia.

Ley 23 de 1937.

ARJONA, Arístides (1860-1935).—Busto en la población de Pesé.

Ley 118 de 1943.

BOLIVAR, Simón (1763-1830).—Busto en bronce en la ciudad de Colón.

Ley 11 de 1930.

BOYD, Federico (1852-1934).—Busto en la Plaza de la Independencia.

Ley 49 de 1924.

BRID, Demetrio H. (1862-1917).—Busto.

Ley 27 de 1953.

CASTILLERO, Cecilio Augusto (1903-1958).—Busto en el Hospital de Chitré.

Ley 11 de 1958.

COLUNJE, Gil (1831- 1899).—Busto, frente a la escuela de su nombre.

Ley 30 de 1930.

DIAZ, Domingo (1875-1949).—Busto en la Plaza de Santa Ana.

Ley 18 de 1925.

DIAZ, Pedro Antonio (1854-1919).—Busto en la Plaza de Santa Ana.

Ley 18 de 1925.

DUQUE, José Gabriel (1849-1919).—Busto en bronce en la ciudad de Panamá.

Leyes 68 de 1928 y 88 de 1955.

EISENHOWER, Dwight David (1890).—Busto frente a la Embajada Americana.

Ley 39 de 1955.



- ESPINOSA BATISTA, Manuel (1857-1919).—Busto en la Plaza de la Independencia.  
Ley 49 de 1924.
- ESPRIELLA, Francisco Vicente de la (1844-1916).—Busto en uno de los parques de la ciudad.  
Ley 42 de 1926.
- LEWIS, José Guillermo (1898-1949).—Busto frente al Hospital, en Colón.  
Ley 119 de 1943.
- LEWIS Samuel (1871-1939).—Busto en Panamá La Vieja  
Ley 11 de 1943.
- LORENZO, Victoriano (....-1903).—Busto en la Plaza de Francia.  
Ley 67 de 1955.
- MASTELLARI, Amadeo Vicente (1907-1956).—Busto.  
Ley 56 de 1956.
- MELLENDEZ, Porfirio (1854-1915).—Busto en el cementerio de la ciudad de Panamá.  
Ley 63 de 1924.
- MENDOZA, Carlos Antonio (1856-1916).—Busto en la Plaza de Santa Ana.  
Ley 9 de 1916.
- MORALES, Eusebio Antonio (1865-1929).—Busto en la ciudad de Panamá.  
Ley 20 de 1930.
- OBALDIA, José Domingo de (1845-1910).—Busto en la Plaza de Santa Ana.  
Ley 50 de 1926.
- OBARRIO Nicanor Arturo de (1873-1941).—Busto en la Plaza de la Independencia.  
Ley 45 de 1941.
- SOTO, León Antonio (1874-1902).—Busto en una Plaza pública de la ciudad de Panamá.  
Ley 33 de 1926.
- ZACHRISSON, Charles R. (.....).—Busto en el Paseo de Las Bóvedas.  
Ley 40 de 1926.

#### e) RETRATOS

- AGUILERA Santos José (1860-1924).—Oleo en el Hospital de Santo Tomás.  
Ley 13 de 1924.
- ARCIA, Rubén Salvador (1869-1928).—Oleo en la Gobernación de Colón.  
Ley 7 de 1940.
- ARIAS, Ricardo (1852-1927).—Oleo en la Secretaría de Relaciones Exteriores.  
Ley 65 de 1923.
- ARJONA, Aristides (1860-1935).—Oleo en la Secretaría de Hacienda y Tesoro.  
Ley 7 de 1936.

- AROSEMENA, Justo (1817-1896).—Oleo en la Asamblea Nacional.  
Ley 41 de 1906.
- AROSEMENA, Pablo (1836-1920).—Oleo en la Asamblea Nacional.  
Ley 10 de 1920.
- GARAY, Narciso (1876-1953).—Oleo en el Ministerio de Relaciones Exteriores.  
Ley 33 de 1959.4
- GARCIA FABREGA, Luis (.....).—Oleo en el Consejo de Santiago de Veraguas.  
Ley 14 de 1928.
- GUARDIA, Santiago de la (1858-1925).—Oleo en la Secretaría de Hacienda y Tesoro.  
Ley 45 de 1926.
- LEWIS, José Guillermo (1898-1949).—Oleo en el Hospital de Santo Tomás.  
Ley 119 de 1943.
- MARTINEZ, Orondaste Luciano (1858-1915).—Oleo en el Concejo de Colón.  
Ley 27 de 1926.
- MENDOZA, Carlos Antonio (1856-1916).—Oleo en la Asamblea Nacional.  
Ley 9 de 1916.
- MORALES, Eusebio Antonio (1865-1929).—Oleo en la Secretaría de Hacienda y Tesoro.  
Ley 20 de 1930.
- ORTEGA, Gerardo (1843-1925).—Oleo del bautizo de la Bandera panameña, en el Concejo de Panamá.  
Ley 108 de 1943.
- PACHECO Nicolás (1853-1924).—Oleo en la escuela de su nombre.  
Ley 6 de 1924.
- SOSA, Martín Felipe (1895-1934).—Oleo en la Contraloría General de la República.  
Ley 8 de 1934.
- VILLALAZ, Nicanor (1855-1932).—Oleo en la Corte Suprema de Justicia.  
Ley 31 de 1936.

#### f) PLACAS

- COLUNJE, Gil (1831-1899).—Placa en su tumba.  
Ley 30 de 1930.
- LEWIS, José Guillermo (1898-1949).—Placa de bronce, en la casa donde nació.  
Ley 119 de 1943.
- ORTIZ, José Joaquín (1774-....).—Placa de bronce en Cádiz (España).  
Ley 3 de 1912.

*Poesía:*

# NAVIDAD OTOMI

por HENRY DELEUZE

\* \* \*

*VERSION EN ESPAÑOL Y PRESENTACION*

por DEMETRIO FABREGA

## AD LIMINA

\* \* \*

Cuántas veces el viajero de América, el hombre de espíritu fino, acosado por terribles recuerdos de nuestra realidad violenta y primitiva, halló en las galerías del Louvre, en los jardines y fuentes de Versalles, en las ojivas de Chartres o en el tranquilo esplendor de los castillos del Loira, las puertas de una dimensión ignorada, el camino hacia una luz distinta, nueva y rejuvenecedora? La Europa de los grandes museos y palacios ofrece al americano cansado del verdor macizo de nuestros trópicos o de las lejanías opacas de las sierras andinas, un remanso estremecedor, una invitación al viaje por siglos de una belleza cuyo sosiego y madurez despiertan regiones del alma ya dormidas, ya bien antes nunca usadas.

A veces, por la reverencia que nos inspiran las grandes y sólidas tradiciones culturales europeas, tendemos a olvidar la belleza grandiosa y desenfrenada del mundo en que nos criamos y que seguirá siendo inevitablemente la tierra y el aire mismo de nuestras inquietudes, el cielo y el pasto mismo de nuestro desenvolvimiento espiritual. Otras, queriendo hacer más firme nuestro ancestro y origen, buscamos afanosamente piedras de apoyo, mitos, realidades singulares con que responder a la atracción insoslayable que un mundo artístico configurado y perenne ejerce sobre el nuestro que insistimos en considerar fragmentario y transitorio.

Hoy, en su libro *Navidad Otomí*, Henri Deleuze, ese Agregado Cultural de la Embajada de Francia que más bien podríamos llamar enviado de

la poesía francesa en Panamá, invierte los papeles. Un hombre criado entre museos y libros, en la vida de brillantes y complejas superficies de las grandes metrópolis, en medio de todas las maravillas y fastos que desde acá recordamos algunos con una tranquila y fecunda nostalgia, rebusca en nuestras fiestas violentas, en la ebriedad profunda y primitiva del indio de nuestros trópicos agobiantes, hollando religiones y ritos desaparecidos o alterados, mirando la vastedad sin riendas de la naturaleza americana, y saca para sí una luz también nueva, una fuerza cargada de hermosura con que atravesar, iluminándola, la vida del europeo cansado y ya sin dioses.

La poesía de Deleuze pone ante nosotros una riqueza distinta. Existen, sí, en nuestro siglo precedentes literarios de europeos que descubren América y hallan en sus tierras y hombres regalos al alma que el Viejo Continente no alcanzaría a dar jamás. Lawrence en "The Plumed Serpent", Valle Inclán en "Tirano Banderas" y la "Sonata de Estío", Cela en "La Catira", o Moravia en "La Mascherata", rozan, inician el sendero que ahora Deleuze, con los recursos expresivos más ricos del lenguaje poético, atraviesa magníficamente, colmándonos de revelaciones. No creo recordar un precedente poético de obra semejante, al menos que haya tenido trascendencia y repercusiones de consideración. Un peregrino de Europa ha venido a América a enseñarnos mucho de lo que nuestros ojos habían desaprendido a ver.

En esta traducción o versión llena de los accidentes que el trasladar la poesía de una lengua a otra implica, he tratado de poner en español siquiera algunos de los contornos de las maravillas que en el original tuve la especial fortuna de poder encontrar. Lamento no poder hacer nada para brindar además de una expresión bastante fiel de las ideas y fórmulas figurativas originales, las calidades rítmicas y estróficas impregnadas con resonancias de los prodigios formales de Apollinaire y Villon. En cuanto a éso que los franceses llaman "la *savoir des sons*", tanto mayor ha sido mi impotencia cuanto nuestra lengua más seca y de menos recursos vocálicos no podría nunca reproducirlo. A veces he tratado de recrear algunas formas que en francés tienen una validez profunda y en español, cuya literatura marcha en asincronía con la francesa, son de un prosaísmo que hubiera estorbado la armonía general que he pretendido. Otras, he transformado fórmulas literarias tratando de buscar el correlato expresivo que mayor riqueza poética tuviera y que, a la vez, con mayor fidelidad se ajustara al texto de Deleuze. El resultado lo veréis a continuación. Si alguno de los lectores de esta "Navidad Otomí" siente, en algún momento, apenas la sombra de un descubrimiento profundo y nuevo, ésa será mi mejor recompensa y la mejor satisfacción. El original está lleno de ellos.

## NAVIDAD OTOMI

A vosotros hermanos cobrizos del Valle  
del Mezquital, hermanos de piel pálida.

Henri Deleuze.

\* \* \*

*He aquí llegado el día temible,  
La Pascua solitaria,  
lejos estoy, los puentes se han caído,  
y con la oscuridad de esta miseria  
tengo que hacer una alegría.*

*"Se ha ido hacia Ixmiquilpan,  
vaya la ocurrencia loca".  
También el lobo cuyos flancos  
sangran, la cueva suya busca, lejos  
en las gargantas montañosas.*

*Y cazar liebres todo el día,  
liebres con sueño en las jaldas de alcores,  
claros mis ojos son, mi mano firme,  
al fin busqué reposo  
junto al molino en ruinas.*

*Caen del blanco muro los escombros  
últimos sobre mi espalda,  
el cuerpo solitario, inmóvil,  
y hasta a mis huesos caían  
las piedras rotas del mundo.*

*Ah, si tan sólo hubiera aún lágrimas,  
diez años llevan muertos mis ojos,  
la desesperación del combatiente  
los secó como a un pozo antiguo  
en un país demasiado blanco.*

*Sí, allí estaban las cuatro liebres,  
y con los ojos como grosellas,  
la muerte de cuchillo llano  
helaba de negro y de rojo  
los pelos flacos de sus orejas.*

*Al fondo del vacío hirviente,  
rojos mis dedos en las heridas,  
algo de tierra, algo de sangre,*

*mezclar las llegas con la pólvora,  
nada mejor para matar el tiempo?*

*Hablaba con las liebres muertas,  
un insensato en medio de la brisa,  
el mar de mudas rocas,  
y las golondrinas rozando,  
volando, bajo mi fusil.*

*Cielo fino de vagas brumas,  
y en todo el ruidoso silencio,  
oh, vieja y joven Esperanza,  
dime lo que Dios te dijo  
del fondo de su gran ausencia.*

*Allí el templo sobre el polvo,  
lejos de todo, y buitres negros,  
encima, en medio de la luz, volando,  
y el bitumen de inviernos perdidos  
cubriendo sus piedras calladas.*

*Hombres de pólvora y silencio,  
fruto filoso de apagados mundos,  
andar de danza y ojos bajos,  
falta tan sólo a sus dolores  
un clavo en mitad de la mano.*

*La horda al lado de los muros,  
viejos y perros reponsándose,  
como un batallón reunido  
el día después de una batalla  
que duró cientos de días.*

*Yo aquí vine sin escándalo,  
mirando con mis propias sienes,  
las manos manchadas de sangre,  
la boca de los que agonizan,  
fuego al costado, el corazón abierto.*

*Esta es un hambre real, la cita  
a que uno va porque ha querido,  
todos allí, chicos y grandes,  
sin música y sin ornamentos,  
en las opacas extensiones.*

*Senti el orgullo de los anfiteatros,  
de los volúmenes leídos,  
paz, saber, la gran mentira,  
es más hondo el teatro inmenso  
de lo que pudo uno creer.*

*Largos cuchillos a la luz del ocaso  
devolverán a Dios sangres perdidas,  
frente al trono de Cristo cubierto,  
dos o tres cuerpos medio desnudos  
dormirán su savia al fin tranquila.*

*Yo, por semejante dicha,  
daría mi ciencia y mi nombre  
mis recuerdos, el vino de casa  
que nace en viñas de la costa,  
(un don distinto os reservó el destino).*

*Tiempo impuro de ostras e himnos,  
antaño los hombres en piras, ardiendo,  
apenas ido el canto de sus bocas,  
frente a las moles, sembrados,  
Jesús. el pesebre y la estrella y los Magos.*

*Es que estás ahora suficientemente lejos  
de lo de allende el mar, los pastos,  
los pobres parientes que lloran  
por tí, con corazón herido,  
pesando en Pascuas del pasado.*

*Estoy más cerca de la anciana  
que corta la encerada punta  
del hilo de los cirios rojos  
que habrá de encender en la víspera  
en honor del Infanzón.*

*Oh qué gran vino el vino de miseria,  
vino de ley, como aquí dicen,  
quien bebe de él sobre sus faltas  
siente que el flanco de una madre nueva  
le da la vida por segunda vez.*

*Aire de los desiertos, búsqueda de soledades,  
almenas lentamente corroídas,*

*el suelo opaco, azul el cielo,  
dura la línea de los montes,  
y hasta las llamas los amigos, fuertes.*

*Liebres sin barras ni academias,  
muertos que mi fusil dañó, erizándolos,  
quién de nosotros fue mejor herido?  
la Navidad nos mece en su locura,  
nada cambia, y mañana el juego sigue.*

*Venid, aquí con las manos en alto,  
dadme la je, tomad mis bienes,  
fusil, mochila, el licor que me embriaga,  
todo, el cuchillo ya con óxido.  
el abrigo de cuero que me cubre.*

*Irán al delirio los últimos pasos?  
envidia al viejo de pupilas que uncen,  
cuando en sus venas corra el universo  
nada querrá añadir al reino  
de sus brazos fuertes y ojos niños.*

*Héroe brutal que agitan los portales  
por entre sombras y el cansancio amado,  
por cien ovejas de almas castradas  
sueña el ataúd de la muerte,  
murió ya nuestra juventud.*

*Vienen abejas sobre los calderos  
de espinas, y el aire hacen vibrar un día,  
no, no es aquí donde el prodigio  
se escucha de la flor tranquila  
que se abre en medio del desierto.*

*Judea india, ardor, rumor, espera,  
frente al altar mayor las jaulas de aves,  
el tiempo es nada para un juramento,  
todo a su sitio, el cáliz a la planta,  
el amigo viajero al quieto amigo.*

*Por eso cumplen la Promesa,  
ellos que nada tienen, torres, perlas,  
príncipes bellos, damas conmovidas,  
y que dejan entrar a sus casas  
pálidas flores con la lluvia.*



*Eh, ya, ay, la bestia tira,  
aun los que la Pascua uniera  
lejos, mañana, sin penachos,  
en un rincón del miserable imperio,  
dicha y amigos perderán al volver.*

*Regresarán los dignos viejos ebrios  
que nadie pudo desunir al alba  
de los libros de piedra posados  
en sus regazos, que una escarcha de humo  
soldó en el curso de la noche.*

*Regresarán los perros, las abuelas,  
lejos del templo, el accidente hermoso,  
en el país quebrado, seco, ardiente,  
donde el destino muele oscuros granos  
con infantiles huesos en la piedra.*

*Adiós amigos, la esencia de nuestra alma  
arde un instante como el rayo verde,  
luego: la vida, la detestable  
madrastra de canallas mentiras,  
quién no pierde al azar del juego suyo?*

*Antes de huir, en una calabaza,  
rodeado por amigos blancos todos,  
bebí mi corazón, su miseria, el espacio,  
y todo terminó, y dejé mis huellas  
entre los muertos vivos de aquel alba.*

*Si supiera, de en medio de mi pólvora,  
rezar como ellos en el momento  
mismo en que el sacerdote los perdona,  
antes de la ebriedad y de las luchas,  
qué plegaria podría robarme el viento?*

*Liebres muertas y hombres engañados,  
acordáos, oh Dios mudo,  
de nuestros deudos desaparecidos,  
de los viejos tragos bebidos  
con compañeros perdidos.  
en ciudades olvidadas,*

# Cuatro zapadores de la Microbiología

*Por Abel Beylía Muñoz*

Como es lógico suponer, la vida y obra de cuatro científicos a quienes la humanidad entera les debe a perpetuidad su reconocimiento no es posible, en forma alguna, enmarcarla en unas cuantas cuartillas que no harán sino llevar al lector a formarse una idea, más o menos aproximada, de nuestro punto de vista sobre la personalidad creadora de: ANTONIO VAN LEEUWENHOCK, nacido en el año de 1632, en la ciudad de Delft, Holanda, hace 250 años. Este holandés era hijo de fabricantes de cestos de cerveza y sus padres trataron de educarle para que sirviera como empleado del gobierno; jamás pensaron que este oscuro ciudadano fuera conocido más tarde como: EL PRIMER CAZADOR DE MICROBIOS.

\* \* \*

LAZARO SPALLANZANI, quien nace en Scandiano en el norte de Italia, en el año de 1729, de padres de regular posición económica pero que jamás pensaron, ni quisieron tampoco, que su hijo fuera a estudiar una profesión que, en aquella época, no despertaba el menor interés entre el elemento estudioso y por el contrario recibía la crítica sarcástica de todo aquel que se aventurase a estudiar patología. Pese a todas estas dificultades, este italiano debía ser conocido en el mundo entero como el científico que probó que "LOS MICROBIOS NACEN DE MICROBIOS".

\* \* \*

LUIS PASTEUR, nace en el este de Francia y tiene su inspiración en el año de 1831, en circunstancias especiales cuando fue impresionado fuertemente por la agonía de un hombre a quien había mordido un lobo y botaba espuma por la boca; este pionero de la caza de microbios empieza a hacerse famoso en el mundo de aquellos días probando que "LOS MICROBIOS SON UN PELIGRO".

ROBERTO KOCH, ya para esta época, el mundo estaba en deuda con estos tres científicos anteriormente citados, mas no por ello había terminado la oportunidad para que otros genios de la medicina, hicieran estremecer de emoción y alegría la humanidad víctima indefensa de las pestes que con regularidad derrochaban vidas y haciendas sin que se conociera la forma de poder contrarrestar la voracidad asesina de los gérmenes o "BAS-TONCITOS", como ellos le llamaban.

Roberto Koch, un estudiante sin mayores méritos allá por los años de 1860-1870, es el otro "saca muelas" que deja con la boca abierta a muchos de los doctos en su época con su sensacional "LUCHA CONTRA LA MUERTE".

## C A P Í T U L O I

ANTONIO VAN LEEUWENHOCK: Para la época en que vivió Leeuwenhock, en pleno oscurantismo europeo, decirle a un niño que preguntaba por qué se enfermaba la gente, era cosa muy sencilla, ya que su padre diría que la gente se enfermaba cuando se les metía el diablo en el cuerpo por algún acto malo que ellos habían ejecutado; pero aquel niño tenía que conformarse con esta explicación pues, por norma general, la desobediencia era castigada con el lanzamiento del rebelde del hogar y el desprecio de todo el pueblo, razón esta que obligaba a los hijos a no preguntar y contentarse con la clase de explicaciones torpes como la anotada anteriormente.

Mas, Leeuwenhock no era de los que se contentaba con tan poco y de allí que naciera en él el deseo de saber el por qué de muchas cosas que le parecían extrañas. Así lo vemos que de fabricante de cestos de cerveza, se va a estudiar una profesión más elevada y de mayor categoría como era la de vendedor y empleado de gobierno.

A los 16 años nuestro biografiado arruma los libros y entra a trabajar de vendedor en una tienda de Amsterdam, más tarde deja el trabajo, se casa y regresa a su pueblo natal en donde se establece por cuenta propia.

Poco se sabe de Leeuwenhock, entre los 20 y los 40 años, pero como era un hombre que no se conformaba así como así, pasa su tiempo apartado del bullicio pueblerino, haciendo estudios de cosas que llamaban su atención. Alguna vez le dijeron que con lentes tallados se pueden ver las cosas más grandes de lo que en realidad son, y allí lo encontraron afanado en hacer estos lentes con vidrio tallado en sus horas que le quedaban libres.

Tanto se esmeró en la construcción de ellos que llegó a hacer los mejores lentes de su país y más tarde los mejores de toda Europa, lo cual le empezó a crear la fama que cimentó más tarde con la ayuda de esos vidrios tallados que él hizo sin otra preocupación que la de probar si era verdad lo que le habían dicho.

Leeuwenhock se pasa horas y horas tallando sus vidrios y mientras esto, no permite que nadie toque aquellos vidrios que para él tienen un valor intrínseco, es bueno anotar que por aquellos tiempos los hombres de ciencia eran burlados en tal forma que muchos prefirieron permanecer anónimos para salir a la luz pública sólo cuando hacían descubrimientos que les pusieran a cubierto de estas burlas. Este es el caso de Leeuwenhock y tantos otros como El "Invisible College" y muchos miembros de otras sociedades científicas. Era cosa común burlarse de Aristóteles ante la sola mención de su nombre diciendo: "Como se trata de Aristóteles, pretenden que hay que dar crédito, aunque mienta".

Nuestro hombre, con esa paciencia característica suya, llega a construir los mejores lentes de su época y con ellos se dedica a observar todo cuanto tiene a mano, así le vemos que examina tejidos de la corteza de varios árboles, la piel de sus manos, las escamas de pescado y en fin todo lo que despertara su interés, pero lo hacía con tanta meticulosidad que no es posible comparación alguna; ya hemos dicho que era sumamente desconfiado y que no dejaba una cosa sino cuando estaba completamente satisfecho de sus observaciones.

Las invenciones de Leeuwenhock llegan a traspasar los linderos patrios y ya le conocen en Londres a donde un amigo de éste había escrito a la Sociedad "Invisible College", que a la sazón había dejado de ser invisible, pues cuando Carlos II subió al trono, estos científicos tuvieron amplia libertad para sus experimentos y así se informaron por medio de Regnier de Graaf, los maravillosos descubrimientos del tendero de Delt. Este hombre les dijo: Hagan ustedes que Leeuwenhock, les escriba dando cuenta de lo que ha descubierto.

Había sonado la hora en que el uraño tendero debía ser conocido por ese mundo del cual ya hemos hecho mención. Un día que estaba lloviendo, Leeuwenhock que ya había examinado con sus lentes todo cuanto le caía a mano, le dió por tomar una gota de agua y examinarla con sus lentes.

Cuál no sería su sorpresa al encontrar infinidad de pequeños animalitos que nadaban despreocupadamente en lo que para ellos era un océano. Maravillado y confuso ante algo que él no conocía y a lo que no podía dar crédito por lo infinitamente pequeño de aquellos bichitos, llamó a su hija y le informó de su descubrimiento.

Ya hemos dicho que este hombre era sumamente desconfiado y por ello no informó a más nadie de lo sucedido y desde ese día se puso a examinar con sumo cuidado a los pequenísimos habitantes del mundo recién descubierto por él. Cada día encontraba algo nuevo en ellos que le llamaba su atención y dió cuenta al fin a la Real Sociedad de Inglaterra sobre su descubrimiento; los hombres de ciencia se maravillaron de lo que les contaba Leeuwenhock y pidieron a éste les siguiera enviando informaciones tan valiosas sobre los microbios (bastoncitos) como les llamaba él.

Las diferentes pruebas que este hombre hizo con el fin de ver de dónde procedían los bastoncitos, lo llevó a la conclusión de que ellos andaban en el aire y que estaban en las aguas estancadas de los canales, pero él buscaba la forma de cómo se reproducían pues la idea que primero le asaltó era de que nacían a voluntad.

Haciendo toda clase de investigaciones llega este holandés a descubrir que la pimienta es el mejor medio de alimentar y reproducir los bastoncitos y así lo manifiesta a los sabios de Londres lo cual después de manifestar su asombro por todas las cosas que éste les describía, lo nombraron miembro de la Real Sociedad de Londres.

Los ingleses envían uno de sus socios a Holanda para que Leeuwenhock les enseñe cómo hizo los microbios y cómo es su método de observar; pero éste no lo permitió sino que además se sintió ofendido. Cómo era posible que le fuera a dar cuenta de un descubrimiento que le había costado tanto! Únicamente permitió al inglés que mirara por unos cuantos de los mejores microscopios que había fabricado y nada más.

Leeuwenhock era un hombre de salud sorprendente, a los ochenta años se conservaba fuerte y seguía haciendo experimentos; así comprobó que el café caliente que tomaba en las mañanas mataba los bastoncitos que tenía en la parte inferior de sus mandíbulas mas no así los de la parte superior. También hizo pruebas calentando agua a una temperatura elevada, lo que mataba los bichitos. Hizo otras tantas pruebas y ya en sus 85 años estaba realmente decayendo su salud física. Sus amigos le recomendaron que se retirara a descansar y que enseñáse a los jóvenes, lo que él no quiso porque decía que si enseñaba a uno tendría que seguir enseñando a otros y que él quería descansar.

A los 91 años, en su lecho de muerte, Leeuwenhock hizo llegar a un amigo suyo y le pidió que le transcribiera unas cartas a los señores de Londres, dándoles cuenta de sus últimos experimentos, cumpliendo con lo pactado de enviarles toda información sobre sus adelantos en la ciencia; es así como muere este primer cazador de microbios a quien el mundo debe tanto y nos parece que la Real Sociedad Científica de Londres no fue lo bastante justa para con él.

## C A P I T U L O   I I

**LAZARO SPALLANZANI:** Natural de Scandiano en el Norte de Italia, debía continuar la maravillosa obra iniciada por Leeuwenhock, así casi cien años después. este joven que le gustaba hacer experimentos arrancándoles las alas y patas a los insectos para luego volvérselas a colocar en su lugar, no hacía preguntas a sus padres sobre el porqué de las cosas sino que quería saber por propia experiencia. Su situación para estudiar medicina era la misma de Leeuwenhock, sus padres se oponían a que su hijo dedicara su vida a profesión tan extraña en esos tiempos. El mundo había evolucionado muy poco y apenas si se sabía de un Leeuwenhock, que cien años antes había hablado de seres tan pequeños que eran capaces de alojarse un millón en una gota de agua, porque como se dijo antes a esto en esa época no se le daba mayor importancia. Por consejos de un amigo de la familia se le permitió al joven estudiar medicina y a diferencia de Leeuwenhock, este joven era impaciente sobre todo cuando deseaba saber algo. Así a los 25 años se ordena sacerdote, estudia matemáticas y critica a Homero, tenido como el más grande de los sabios.

A pesar de ser sacerdote, Spallanzani no creía en todo lo que se le decía y se propuso sólo creer en lo que por propio experimento conociése; así no estuvo de acuerdo con el concepto de la aparición espontánea de la vida que por esa época era cosa tenida como muy cierta.

Esta fue la lucha de Spallanzani, probar que los microbios de Leeuwenhock, las abejas, las moscas, los ratones y tantos otros animales no provienen de la nada sino que tienen progenitores, buscando el origen de la vida pasó muchos de sus ratos desocupados y no tenía quien lo molestara, era sacerdote y tenía el respeto de sus gentes.

Por aquel entonces un clérigo llamado Needham, mantenía la peregrina tesis de que el caldo de carnero engendraba la vida espontánea de los microbios y como Spallanzani no creía esto, se propuso probar lo contrario. En su laboratorio hizo diferentes pruebas con matraces cerrados al vacío, pero encontraba los bichitos siempre que abría los matraces; sigue probando y un buen día se dió cuenta de que los caldos de cultivo se contaminaban de microbios antes de cerrar los matraces; es así cómo más tarde inventó cocer los cultivos a una temperatura en la cual murieron los microbios y llega finalmente a probar que **LOS MICROBIOS PROVIENEN DE MICROBIOS**, para hacer esto tuvo mil y un ensayos diferentes que sería largo enumerar aquí, sólo nos bastará describir la dificultad que tenía en poder observar a través de la lente del microscopio a una cantidad tan grande de animalitos para ver el momento de la reproducción. Después de mucho trabajo logró aislar en una gota de agua por medio de un cana-

lito a uno de los bichitos y se puso a observarlo detenidamente. El animalito nadaba agitando misteriosamente en el océano de la gota de agua y poco a poco fue adelgazándose en el centro y las dos extremidades fueron hinchándose hasta que de repente se sucedió el milagro; las dos mitades se separaron y cada una siguió como si nada hubiera sucedido, nadaban ligeramente a la vez que un poco más tarde se dividían dando vida a otros tantos seres subdivisibles y darle a Spallanzani el arma más poderosa con que desbaratar la teoría de la FUERZA VEGETATIVA, del propagador de la misma (Nidham).

Probó una y otra vez con diferentes formas que la vida sólo proviene de la vida y para ello tuvo que hacer largos viajes por toda Italia y el extranjero para encontrar que la tal fuerza vegetativa no era más que una burla al lector de tales teorías.

Spallanzani fue llamado a la Universidad de Pavía en donde dejó hue-llas imborrables de su afán de sacar al mundo de la ignorancia en que vi-  
vía en las postrimerías del siglo XVIII, cuando este gran cazador de mi-  
crobios empieza a sufrir quebrantos de salud que lo acercaban a la tumba.

Su obra abrió el camino para que Pasteur, Koch y tantos otros cazado-  
res de microbios pudieran seguir por esta senda que cada día se acercaba  
más y más a la meta que todos estos científicos deseaban, pues su mayor  
interés fue siempre trabajar en beneficio de la humanidad doliente que im-  
potente ante la destrucción de que era objeto por las enfermedades, veía en  
estos hombres de ciencia su redención.

### C A P I T U L O   I I I

LUIS PASTEUR: Una mirada retrospectiva nos lleva al hecho real de  
que aquellas gentes del siglo en que vivió Leeuwenhock (XVII), y Lázaro  
Spallanzani (XVIII), no se preocupaban mucho de los seres subdivisibles y  
su buena razón tenían, pues hasta entonces sólo se había probado que los  
microbios existían y que se reproducían por sí mismos, es decir que los mi-  
crobios engendran microbios, pero lo que debía llegar ser conocido por  
la humanidad, lo más terrible, es lo que descubre este francés Pasteur que  
allá por el año de 1831, treinta y dos años después de la muerte de Spallan-  
zani, viene a empezar los experimentos que probaron que los microbios son  
UN PELIGRO.

En pleno siglo XIX, cuando el mundo empieza a evolucionar con la  
máquina de vapor, la invención de la imprenta y tantos otros inventos que  
adelantan la civilización; los microbios de Leeuwenhock y Spallanzani, es-  
taban casi en el olvido.

Siendo un niño todavía, Pasteur vé un día que un hombre mordido por un lobo rabioso de cuya boca brotaba abundante espuma, está muy cerca de la muerte; otros tantos mordidos del lobo mueren con la boca reseca por los tormentos de la hidrofobia; este hecho puede haber influido en su ánimo para sus posteriores estudios.

En sus primeros veinte años, Pasteur, no pasó de ser un estudiante como cualquier otro y realmente los microbios vinieron a preocuparlo más tarde, por ese tiempo era pintor y químico, pero ya los microbios estaban despertando interés tanto en Francia como en Alemania. Un francés notó que la fermentación de las cubas en las fábricas de cerveza se debía a los microbios y un alemán teorizaba acerca de que la carne se dañaba al estar en contacto con el aire contaminado de microbios. Mientras tanto Pasteur se empeñaba en probar las diferentes clases de ácido tartárico comprobando que existen cuatro clases, este fue su primer gran descubrimiento.

Después de esto se dedicó a estudiar la fermentación de las levaduras y explicaba de una patata se saca azúcar, del azúcar alcohol, éter y vinagre, estos experimentos le tomaron mucho tiempo pero él tenía que dejar bien claro ese misterio de la fermentación y así lo hizo.

Pasteur recorrió a Francia, enseñando a los vinicultores lo relativo a la fermentación de los vinos y las cervezas y les explicaba cómo para cada una de estas fermentaciones había una clase de microbios diferentes. Reafirmó la teoría de Spallanzani de que los microbios engendran los microbios con lo cual echó por tierra la otra teoría de la fuerza vegetativa.

Más tarde Pasteur va al norte de Francia a salvar la cría de gusanos de seda, lo cual consigue después de intensos ensayos y sacrificios regresando nuevamente al sur para buscar la mejor forma de hacer la mejor cerveza de Francia, entablando una polémica con los cerveceros alemanes por cuestión de patriotismo; polémica esta que se hizo más fuerte cuando un alemán desconocido en su misma patria descubre el bacilo que lleva su nombre y que lo hizo famoso, este alemán era Roberto Koch.

Más tarde Pasteur comprueba que los microbios son los portadores de las enfermedades que padecemos y que éstas andan en el aire. Si se deja una estufa de cultivo en un sótano en donde no entre aire impuro, no se crearán estos terribles bastoncitos portadores de tantas enfermedades, decía. Volviendo sobre los vinos, probó que si después de la fermentación se calienta el vino bajo el punto de ebullición el calor mata los microbios y el vino se mantiene en buenas condiciones. Se interesó más tarde por la cuestión de que los fermentos en las uvas no nacen espontáneamente y con este fin se fue a su villa al sur e hizo una serie de experimentos que dieron por resultado que si el fruto no es contaminado por impurezas no fermenta en las cubas.



De todos los experimentos de Pasteur y los que le precedieron sacamos en conclusión que la ciencia no progresaba en aquellos tiempos no por falta de científicos sino por la poca disposición de unos y otros de aprovechar los conocimientos y experiencias de los otros. Así vemos que Pasteur se empeñaba en demostrar en su tiempo, algo que ya había sido probado hasta cierto punto por Spallanzani, o sea el hecho de que tal fuerza vegetativa era un mito; pero esto sucedía tal vez por las distancias entre uno y otro país que en esa época era considerado como una hazaña el transportarse dificultosamente entre cualquier parte de Europa; no había ninguna de las facilidades de que disponemos hoy para difundir una noticia y por ello no era raro que a esas alturas en el norte de Italia, tal vez no se tenía conocimiento de los grandes descubrimientos que hacía Pasteur en toda Francia.

#### C A P Í T U L O   I V

**ROBERTO KOCH:** Ya hemos criticado la actitud de la mayoría de los científicos de esos tiempos por el hecho de encerrarse en hacer sus propios experimentos sin estudiar o tomar como base para sus investigaciones los adelantos que otros médicos en otros puntos del planeta hacían, así vemos a un Spallanzani, que toma años en repetir casi lo que ya había dicho Leeuwenhock, es decir que los microbios existen en el aire y que éste les lleva a casi todas partes, por otro lado Pasteur, empeña gran parte de su valioso tiempo en probarnos que era un mito la Fuerza Vegetativa, cosa que ya lo había dicho el gran Spallanzani y lo había probado en forma rotunda. Ahora vamos a ver cómo un médico alemán que en su pueblo se dedicaba a tomar el pulso y ver la lengua de sus enfermos recetándoles algunas piladoras de marca conocida, un buen día le pica el deseo de volverse investigador, es decir cazador de microbios, pero este médico miope no se entera de los valiosos conocimientos y adelantos que sobre la bacteriología ya tenía Pasteur, sino que por el contrario se encierra en su pequeño pueblo de Wollstein, en Prusia Oriental.

Roberto Koch, hombre que había estudiado medicina en la Universidad de Gotinga, soñaba con viajes alrededor del mundo y con cacería de tigres en el África, pero no se había interesado hasta entonces por los microbios que eran el dolor de cabeza de Pasteur quien en el norte de Francia estaba empeñado en salvar la cría de gusanos de seda y salvar la industria del vinagre.

Después de casado, Koch abandonó sus intenciones de explorador y recorrió todos los pueblos de la Prusia Oriental recetando medicinas hasta establecerse en Wollstein, como dijimos antes, allí estaba aburrido e inquieto

y su mujer le regala un buen día un microscopio para distrarse sin pensar que le había abierto las puertas de la fama.

Por esta época los ganaderos se lamentaban de que una peste que ellos no conocían diezmaaba ferozmente sus haciendas, a tal punto llega el mal que habían ganaderos que quedaban totalmente arruinados en poco tiempo y el mal seguía creciendo. Nadie era capaz de pensar que dicho mal se debiera a un microbio, ni el mismo Pasteur que en Francia salvaba el vinagre y la industria de sedas, había hecho experimentos relativos a probar que los microbios son la causa de las enfermedades que padecemos los humanos y los animales irracionales, por ello, repito, nadie pensaba que éstos "bastoncitos", que ya conocían Leeuwenhock, Spallanzini y Pasteur, eran los feroces asesinos.

Un buen día Koch toma tejidos de una vaca muerta del mal que ya era general en ese lugar y lo lleva al microscopio que le regalara su mujer "para matar el tiempo", pero pone los tejidos bajo la lente vé unos pequeñísimos cuerpos que se mantienen inertes y que a ratos dan señales de vida. Intrigado por este descubrimiento sigue probando con toda clase de tejidos de animales muertos por la peste y no tarda en darse en paso decisivo del descubrimiento sorprendente y maravilloso de que los microbios son los portadores de las enfermedades.

Koch, para nosotros, es más grande que Pasteur, porque él buscó el porqué de las enfermedades, la raíz misma, la fuente de donde procede; mientras Pasteur trataba de los medios de cómo evitar las plagas del gusano de seda y de la industria del vinagre y la cerveza, así como el de la rabia. Así tenemos que Pasteur descubre la causa y Koch cómo evitarla.

Así vemos que Koch intrigado por la peste de carbunco hizo mil exámenes a los tejidos de los animales muertos de la peste, en todos ellos encontraba los filamentos inmóviles que ponían la sangre negra en los animales muertos. Experimentó con ratones y probó que dichos bastoncitos eran los que propagaban la peste del carbunco; los injertó en toda clase de animales y todos mató la peste. Los filamentos del carbunco se cristalizan cuando el animal muere, pero son resistentes y duran mucho en ese estado, así cuando un animal muere de carbunco, éstos bastoncitos se cristalizan y resisten grandes temperaturas, hasta que de modo accidental otros animales los comen y una vez en la sangre de los animales sanos, cobran su asombrosa vitalidad y matan el animal en pocas horas. Koch aconsejó a los ganaderos que quemen los animales muertos o que los entierren, sin darse cuenta que los animales muertos de carbunco que son enterrados, son consumidos por gusanos y lombrices de tierra que a su vez llegan nuevamente a la superficie trayendo los filamentos cristalizados del carbunco que siguen siendo tan mortíferos como antes de enterrar el animal muerto; siendo esto así

la mejor manera de acabar con ellos es la de quemar el animal cuando muere de la peste de carbunco.

La hora de la fama para Koch, se acercaba a pasos agigantados. En sus varios experimentos con la sangre de ovejas, vacas, ratones, gallinas, conejos y toda suerte de animales muertos de carbunco, un buen día encuentra que además de los microbios del carbunco hay otras clases de ellos mezclados que ya podían provenir del aire o estar en la sangre de los animales. Intrigado trata de separar los microbios de una sola especie y a ello se dedica con alma y vida, lo consigue después de mucho trabajo, con lo cual prueba que es una sola clase de microbios los que producen el carbunco; así mismo prueba que hay una clase de microbios que producen una misma enfermedad y que jamás dos clases de ellos pueden ser la causa de una sola enfermedad.

Por este tiempo la tuberculosis hacía estragos en la población de Europa y como ya Koch había probado que cada clase de microbios producía una enfermedad distinta, pues había aislado los microbios en una gota pendiente y los alimentaba con humor acuoso de ojo de buey que conseguía en los mercados; pensó y con sobrada razón que los microbios de la tuberculosis eran otros muy difíciles de encontrar y a este punto enfocó toda su atención. Pasó algún tiempo durante el cual nuestro héroe hacía toda clase de ensayos para tratar de aprisionar al astuto asesino humano, pero como todo se consigue con perseverancia, un día cuando examinaba tejidos de un muerto de tuberculosis con los cristales teñidos de azul, percibió un delgado hilito que se reflejaba en su microscopio, examinó con más cuidado y al final localizó a este asesino que era más peligroso que los ejércitos de Napoleón o la peor de las inundaciones.

La fama había llegado para Koch, después de tanto esfuerzo era de suponer que este hombre detuviera un rato a gozar de su bien merecida posición, pero Koch era un hombre demasiado sencillo y a él personalmente no le parecía gran cosa lo que había hecho; él creía que era esa su obligación y que por lo tanto no había razón de que se le rindiera tantos honores.

Koch puso orden en la microbiología, a cada microbio o clase de ellos, los designó por su nombre propio; de allí que a partir de esta era había sonado la guerra contra las enfermedades producidas por los microbios.

Koch merece un pedestal en la conciencia de la humanidad y podemos estar seguros de que toda madre después de conocer su historia, llevará una rosa blanca para depositarla en este pedestal, en homenaje a un hombre que hizo tanto bien sin recibir en cambio más que la satisfacción de todo aquel que hace bien por el bien mismo.

VIAJES  
DE  
LIONEL WAFER  
AL  
ISTMO DEL DARIÉN

(CUATRO MESES ENTRE LOS INDIOS)

TRADUCIDOS Y ANOTADOS

POR

VICENTE RESTREPO

---

BOGOTÁ—1888.  
IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA  
*Director, Antonio María Silvestre.*

## A NEW VOYAGE AND DESCRIPTION OF THE ISTHMUS OF AMERICA

por LIONEL WAFER

Lista cronológica de las ediciones que  
en varios idiomas se han hecho de este  
libro y que reposan en la Biblioteca  
del Congreso de Washington, D. C.

### PRIMERA EDICION (EN INGLES) F. 1564 .W13

*(Sección de libros raros)*

Impresa en 1699 por James Knapton de Londres, Inglaterra.  
Contiene 224 páginas y cinco grabados en cobre, incluyendo mapa.

### SEGUNDA EDICION (EN HOLANDES) G. 420 .D18

*(Sección de libros raros)*

Impresa en 1700 por A. de Hondt en Gravenhage, Holanda.  
Aparece por primera vez dentro de la segunda edición holandesa del  
libro de William Dampier "Viaje alrededor del mundo", ambos  
traducidos de los originales en inglés por Willem Sewell.

### TERCERA EDICION (EN INGLES) F. 1564 .W14

*(Sección de libros raros)*

Impresa en 1704 por James Knapton de Londres, Inglaterra.  
Viene a ser la segunda edición inglesa y contiene 284 páginas y los  
mismos grabados y mapas de la primera edición, además de otros  
nuevos que sirven para ilustrar la narración que se añade de  
Nathaniel Davis sobre la expedición de un grupo de ingleses a  
las minas de oro españolas de América (Santa Cruz de Cana.  
Darién) en 1702. Dicho apéndice tiene 20 páginas.

### CUARTA EDICION (EN FRANCES) F. 1564 .W17

*(Sección de libros raros)*

Impresa en 1706 por C. Cellier de París, Francia.  
La traducción fué hecha del inglés por Monsieur de Montirat.  
Contiene 398 páginas con mapas muy exactos.

QUINTA EDICION (EN HOLANDES) G. 420 .D18

Impresa en 1717 en Amsterdam, Holanda.

Viene a ser la segunda edición holandesa del libro traducido en 1700 por Willem Sewell, donde aparece en forma principal el libro de William Dampier "Viaje alrededor del mundo".

SEXTA EDICION (EN INGLES) G. 420 .D17

Viene a ser la tercera edición inglesa y aparece dentro del libro "A collection of Voyages" en la parte referente a William Dampier, el compañero de Lionel Wafer. Es posible que Don Vicente Restrepo haya confundido a ésta como la segunda edición inglesa.

SEPTIMA EDICION (EN ESPAÑOL) F. 1564 .W19

Impresa en 1888 por Silvestre y Compañía de Bogotá, Colombia.

La traducción fué hecha por Vicente Restrepo de la edición francesa de Monsieur de Montirat y luego revisada en la original inglesa. Tiene 129 páginas con anotaciones del traductor y un apéndice de su hijo Ernesto Restrepo sobre las costumbres de los indios Cuna. No tiene mapas ni grabados.

OCTAVA EDICION (EN INGLES) F. 1564 .W15

Impresa en 1903 por The Burrows Brothers Company of Cleveland, Estados Unidos.

Fuó tomada de la edición original inglesa por el editor George Parker Wiship, quien se anota un extenso comentario. Contiene los grabados y mapas aparecidos en la original, además de una Carta del Istmo de Panamá preparada por los editores. De esta edición se hicieron apenas 500 copias.

NOVENA EDICION (EN INGLES) G. 161 .H2

Impresa en 1934 para la Hakluyt Society en Oxford, Inglaterra.

Contiene el informe secreto de Lionel Wafer dado en 1698 y el relato de la expedición de Davis a las minas de oro de Cana, Istmo del Darién. Las anotaciones y apéndices son de L. E. Elliot Joyce. Tiene mapas y grabados. Esta viene a ser la cuarta edición inglesa.

AMADO ARAUZ

A NEW  
VOYAGE  
AND  
DESCRIPTION  
OF THE  
*Isthmus of America,*

Giving an Account of the

AUTHOR'S *Abode* there,  
The *Form and Make* of the Country,  
the *Coasts, Hills, Rivers, &c. Woods,*  
*Soil, Weather, &c. Trees, Fruit, Beasts,*  
*Birds, Fish, &c.*  
The *Indian Inhabitants,* their Features,  
Complexion, &c. their Manners, Cu-  
stoms, Employments, Marriages, Feasts,  
Hunting, Computation, Language, &c.  
With Remarkable *Occurrences* in the *South*  
*Sea,* and elsewhere.

---

By LIONEL WAFER.

---

*Illustrated with several Copper-Plates.*

---

L O N D O N:

Printed for James Knapton, at the *Crown* in  
*St. Paul's Church yard,* 1699.

Portada de la edición original del libro de  
Lionel Wafer publicado en Londres en 1699.

## P R O L O G O

La excavación del Canal de Panamá da grande interés de actualidad a todo lo que se refiere a aquella parte del territorio colombiano. Al extremo oriental del Istmo se extiende una región privilegiada, cuya historia empieza por la repetición del drama sangriento de Caín, (1) continúa con las depredaciones de los bucaneros y termina con el abandono casi completo, motivado por la sublevación general de los indios, en el primer tercio del siglo XVII, de aquella rica comarca conquistada sobre la barbarie.

El siguiente pasaje de un oficio dirigido por D. Andrés de Ariza, en 1778, al Excelentísimo Señor D. José de Gálvez, Secretario del Consejo de Indias, prueba hasta dónde llegaba en su tiempo la inseguridad en el Darién: "Suplico a Vuestra Excelencia se sirva, como tan activo y celoso ministro, poner los medios más convenientes a conseguir de Su Majestad aquel poderoso incremento que logró esta Provincia y la hizo tan célebre, y con razón, pues toda ponderación parecería hiperbólica, si se hubieran de manifestar menudamente las riquezas que por experiencia se sabe que encierra, tanto en sus copiosísimos y fáciles minerales de oro, como en la fertilidad de la tierra, propensa a exquisitos frutos, cuyas utilidades tienen truncadas las crueles acechanzas de los cobardes indios. En muy pequeñas partidas, amparadas de la fragosidad de la selva y del favor que les presta lo intrincado de los montes, para no poder ser perseguidas de los pocos que aquí somos, el incauto pasajero perece en sus manos, sin que, por no causar estruendo la saeta, sepa de dónde se las disparan, hasta que de su herida alevadamente expira.

Esta es la causa fundamental para que se haya apoderado de un gran terror pánico el ánimo de estos míseros vasallos del Rey, que apenas son osados a salir de sus pobres chozas al beneficio de sus labores, pues no yendo seis u ocho juntos, y bien prevenidos con armas de fuego, es cuasi imposible emprender faena; por lo cual la Provincia se halla tan des poblada, pues aunque infinito número de habitantes desean venir a ella para gozar la comodidad de su benigno temperamento y demás conveniencias que ofrece para pasar descansadamente la vida, no se determinan por el inminente peligro de perderla.

---

(1) La muerte alevosa dada a Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, por orden de Pedrarias Dávila.



Si consideramos la admirable situación topografía del Istmo del Darién entre dos océanos, y nos fijamos en la riqueza de sus filones y aluviones auríferos, en la sorprendente feracidad de su suelo, ponderada por Laet, Wafer, Ariza, Pérez, Selfridge, etc.; en la bondad de su clima, reconocida por todos los exploradores de esa comarca; en la abundancia de las aguas navegables que atraviesan su territorio, es natural preguntar por qué no es hoy la parte más poblada, rica y floreciente de Colombia? Sería demasiado extensa la dilucidación de este punto; bástenos resumirla en unas pocas juiciosas palabras que tomamos de la *Historia Eclesiástica y Civil* del señor J. M. Groot: "Pero es preciso saber que por sus riquezas atrajo sobre sí su decadencia y desgracia. El Darién era una linda doncella que tuvo una madre que no supo cuidarla, y los libertinos la pusieron en un estado deplorable. La codicia de los extranjeros (los bucaneros, filibusteros, etc.) y las malas pasiones de los naturales, incitadas por aquéllos, hicieron la desgracia de esa Provincia llamada a ser la más rica y feliz de la Nueva Granada".

Unas pocas citas bastarán para confirmar la verdad de lo que afirmamos. Dice D. Andrés de Ariza: "Aunque todo lo expuesto abiertamente manifiesta la suma riqueza de esta Provincia, la hace mucho más abundante y recomendable, no sólo la proporción de los ríos para los fáciles transportes del comercio y tráfico de las gentes, hallándose el nacimiento de ellos en paraje eminente para dirigir con mucha facilidad sus corrientes al útil beneficio de los metales, sino también que en todo el terreno, sea o no mineral, es la tierra fertilísima para producir copiosamente todo género de frutos de temperamento caliente. Los que en ella se cogen son de mayor magnitud y sustancia de los de otras partes; sólo con el cacao, café y añil puede hacerse una de las más poderosas de este Reino.

"El territorio de Cana es el más fértil de toda la Provincia, pues cogiéndose los frutos de temperamento caliente, puede también producirlos del frío, por conocerse allí las distribuciones del año.

"Lo más especial de todos los ríos de esta Provincia se admira en que cuanto más se aproximan a sus cabeceras son mucho más fértiles, abundantes y hermosos por los llanos que tienen por sus márgenes".

En lo tocante al clima, nos bastará citar la opinión de uno de los recientes exploradores de esa región, Mr. T. Oliver Selfridge:

"Que el istmo del Darién es mucho más sano que el de Panamá, es no solamente la unánime opinión de todos los anteriores exploradores, sino que está plenamente probado por la experiencia de esta expedición, la que, constando de 280 hombres, solo perdió uno, y éste porque se ahogó. Téngase en cuenta que todos han estado expuestos a la prueba de un tra-

bajo constante a la intemperie. La fiebre que da en el Darién es muy distinta a la de Chagres; no deja ninguno de los malos efectos de ésta en la organización, y proviene más bien de las fatigas y privaciones que de causas climatéricas...

"No tengo duda de que con alojamiento propio y buena alimentación, la excavación de un canal por el istmo del Darién sería menos insalubre que en muchos puntos de los Estados Unidos donde se remueve por primera vez el suelo virgen".

M. Wyse confirma la opinión de Selfridge.

De las riquezas minerales del Darién, nada tenemos que decir. Nos referimos a los capítulos *Panamá y Darién* y *La Mina de Espíritu Santo* de nuestro *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*.

Cuando las poderosas dragas, a impulso del gran genio de M. de Lesseps, abren el cauce por donde se unirán dos océanos, parécenos oportuno sacar del olvido aventuras, descripciones y recuerdos, viejos de dos centurias, que se refieren al territorio del Istmo, cuyas selvas deseamos que muerdan pronto en amenas campiñas y en florecientes ciudades.

Este modesto trabajo, al que hubiéramos podido dar el título de *Historia de una tribu*, tiene también el alcance de una tesis filosófica. Cotejando los usos y costumbres de la interesante tribu en medio de la cual pasó Lionel Wafer algunos meses a fines del siglo XVII, con los de los aborígenes del Darién en la época de la Conquista, y extendiendo luego la comparación a los indios que viven aún en toda esa comarca, hemos visto comprobadas hasta la evidencia las verdades que el abate Moigno anunciaba en los siguientes términos:

"Es un dogma filosófico e histórico positivo que el progreso entre los pueblos salvajes no procede jamás de una presión interior y espontánea, sino de una impulsión exterior y extranjera.

"Todos los pueblos salvajes, aunque originarios de razas civilizadas, abandonados a sí mismos, están condenados a una barbarie eterna o a una destrucción universal".

Es fácil cerciorarse de la exactitud de este aserto, recordando la triste historia de las tribus de toda la América que lograron conservar la independencia después de la Conquista; unas han desaparecido, otras se han sometido al fin\* y las demás continúan sumidas en la ignorancia y la barbarie. En el caso particular del Darién la lectura de las numerosas notas que hemos agregado en la parte del texto que se refiere a los indígenas bastará para ilustrar asunto tan interesante. Unas hemos tomado de los historiadores y cronistas de la conquista, y las hemos puesto en primer lu-

gar; otras de los informes de D. Andrés de Ariza, de fines del siglo XVIII; otras, en fin, son sacadas de las relaciones de algunos de los últimos exploradores del Darién: Eduardo Cullen, que estuvo allí en 1849, 50 y 51; Lionel Gisborne en 1852; Agustín Codazzi en 1854 (los manuscritos de éste fueron utilizados por el señor Felipe Pérez para escribir la geografía de Colombia); Oliver Selfridge en 1874, y Luciano Napoleón Bonaparte Wyse y Armando Reclus en 1876 y 1877. (2) El General Joaquín Acosta, que visitó las márgenes del golfo de Urabá en 1820, dice, de acuerdo con nosotros: "Los indios cunas y caimanes conservan, con el lenguaje, muchos rasgos del carácter primitivo y de las creencias y hábitos de los antiguos habitantes, como nos los describen los historiadores".

Hemos anotado los progresos hechos por los indios en cerca de cuatro siglos, progresos bien insignificantes por cierto, y que se reducen: al uso del vestido en ciertas circunstancias; al empleo de la vela que han agregado a sus barcas; a la sustitución frecuente de la flecha por la escopeta en las cacerías, y a la aplicación del hacha y del machete al cultivo de la tierra. En cambio de esto han renunciado generalmente a muchos de los ricos adornos, en particular de los de oro, con que antes se ataviaban en sus fiestas. Pero lo que es más sensible es que han degenerado física y moralmente, como lo dicen Gisborne, y Wyse, y que perdiendo algunas de sus virtudes primitivas, las han cambiado por vicios detestables. "El ejemplo de los hombres de color —dice Wyse— quienes tan frecuentemente los han engañado, los ha vuelto falsos, vengativos y ebrios".

Nuestro trabajo no ha dejado de presentar algunas dificultades. Como el Darién estaba ocupado por diversas tribus, algunas de ellas ofrecían marcadas diferencias en sus costumbres, como sucede en un mismo país entre los habitantes de distintas provincias; así, por ejemplo, los indios de Cueva (golfo de San Blas), y los de Carreto, en la costa atlántica, eran muy licenciosos y se entregaban a prácticas abominables, mientras que las tribus del interior eran sencillas y morigeradas. Pero en medio de estas desemejanzas se encuentran numerosos rasgos que son comunes a las tribus indígenas conocidas con los nombres de *Mandingas*, *Bayanos*, *Cholos*, *Darienitas*, *Payas*, *Cunacunas*, *Caimanes*, *Cunas*, etc.; son estos rasgos.

(2) El último viajero que ha escrito sobre las costumbres de los indios del Darién es el señor don Ernesto Restrepo, hijo del traductor de estos Viajes, quien visitó esa hermosa comarca en 1887. Su relación nos parece en esta parte la más completa y la que manifiesta una observación más atenta de las tribus que visitó. De sus APUNTES de CARTERA, publicados en el número 11, año VII del REPERTORIO COLOMBIANO, tomamos para formar un capítulo aparte, lo concerniente a las costumbres de los payas y tapalisas.

los que hemos querido hacer resaltar, como prueba de que todas estas tribus pertenecen a una misma raza.

Dos motivos han contribuido poderosamente a que la raza istmeña se conserve sin mezcla: el uno es la resistencia tenaz que en todo tiempo han opuesto los naturales a la ocupación de su territorio por los extranjeros; y el otro es que tienen por regla "no contraer matrimonios con extranjeros o con gentes que hablan distinta lengua". (3)

Cuando acompañábamos con placer en nuestro estudio a los pobres hijos de las selvas del Darién en sus correrías, fiestas y ocupaciones diarias, nos sorprendía el que Wafer no dijera nada de sus creencias religiosas, y aunque Raveneau de Lussan, que estuvo allí muy de paso, asegurase con suma ligereza que "no hay señal de religión ni de conocimiento de Dios entre ellos", por más que cavilábamos no podíamos comprender que un tribu humana y morigerada, que obedecía los preceptos de la ley natural, donde los afectos del matrimonio eran conocidos y respetados, y se castigaba severamente al homicida, al ladrón y al que tomaba mujer ajena, no tuviera alguna creencia y no buscara en el bien que practicaba algún fin elevado, que sólo las ideas de Dios y de la inmortalidad del alma pueden inspirar. Nuestras dudas no eran infundadas, y cuatro autores; uno de la conquista y tres de nuestro tiempo, vinieron a darnos la razón. El primero, Pascual de Andagoya, dice lo siguiente:

"Queriendo saber de estas gentes si tenían alguna noticia de Dios, se halló que tenían noticias del diluvio de Noé, y que se escapó en una canoa con su mujer e hijos, y que después se había multiplicado el mundo de éstos; y que había en el cielo un Señor que ellos llamaban Chiripira, y que hacía llover y las otras cosas que del cielo bajaban".

El viajero francés D. Carlos Saffray no es menos explícito, dice así: "En Quibdó cultive relaciones con un indio anciano llamado Comagre, descendiente del Cacique Comagre, que fue jefe de una tribu numerosa y rica del Darién en el mismo tiempo de la Conquista. El anciano había recibido intacta de su padre la tradición de los acontecimientos notables que pasaron entonces en su país... No se cansaba de hablarme en nuestras largas veladas de las costumbres de sus antepasados, sus creencias en Dios y en otra vida y el culto de los muertos".

M. Wyse, en su última obra, *El Canal de Panamá* (1886), se expresa en estos términos: "Las ideas religiosas de los cunas son vagas y confusas... En general creen en un Ser Supremo y en la vida futura, puesto que dejan cerca de los muertos provisiones para el *Gran Viaje*". Véanse, además, en

(3) Bancroft. Véase además a Gisborne y Wyse.

el capítulo *Costumbres de los indios Payas y Tapalisas* las declaraciones explícitas del señor D. Ernesto Restrepo sobre esta materia.

Estos pasajes confirman, por lo que toca al Darién, la conclusión que formuló el sabio americanista M. Alcides D'Orbigny en los términos siguientes: "Aunque muchos autores hayan rehusado toda religión a los americanos, es evidente para nosotros que todas las naciones, aun las salvajes, tenían una cualquiera. Hasta en el seno de las selvas cien veces seculares del Amazonas, entre esas tribus cuyas costumbres atroces nos repugnan, la noción de un mundo y de seres superiores se comprueban más y más a medida que logramos penetrar algún poco el secreto de aquellas soledades".

Hace veinticinco años que hicimos la traducción de los Viajes de Wafer sobre el texto francés, la que fue publicada en el *Repertorio Colombiano* en 1880 y 1881. Hemos revisado y corregido cuidadosamente esa traducción sobre el original inglés.

En seguida publicamos un estudio sobre la vida y los escritos de Lionel Wafer; y como complemento y natural desarrollo de sus Viajes, reproducimos al fin del libro una relación de las depredaciones de los bucaneros en el Istmo de Panamá, que escribimos en 1884 consultando para ello gran número de obras antiguas y modernas.

VICENTE RESTREPO.

# Vida y Escritos de Lionel Wafer

por VICENTE RESTREPO

\* \* \*

No nos ha sido posible hallar la más leve noticia biográfica sobre el cirujano inglés Lionel Wafer. Para decir algo de él tendremos que limitarnos a entresacar lo poco que de sí mismo se refiere en sus cortas relaciones de viajes.

Wafer nació en Inglaterra. Pasó parte de su juventud en el norte de Irlanda, y recorrió varios lugares de la parte alta de Escocia. Entendía muy bien el dialecto irlandés, y no es dudoso que la vista de las montañas y de los sitios pintorescos de Escocia despertara en su viva imaginación el deseo de los viajes.

En 1677 entró al servicio de cirujano del navío mercante, la *Grande Ana*, de Londres. y estuvo en Bantam, en la isla de Java, y en Jambi, en la de Sumatra. Pero era tan joven aún, que sus observaciones no vinieron a parar en nada.

De vuelta a Inglaterra, en 1679, emprendió un segundo viaje, a bordo

## VIAJES AL ISTMO DEL DARIEN

---

de un buque que se dirigía a las Indias Occidentales. Pasó a Jamaica, donde tenía un hermano empleado en una plantación. Se estableció durante algunos meses en Puerto-Real, y allí ejerció la cirugía. Al fin se embarcó para Cartagena. Habiéndose encontrado con varios armadores en esa costa, siguió con ellos a la isla de Oro, de donde pasó al puerto de Bastimentos el 5 de abril de 1680. Reunido allí a muchos otros bucaneros, atravesaron el istmo del Darién, bajo el mando del capitán Bartolomé Sharp, tomaron la reciente ciudad de Santa María, y después de tentativas inútiles sobre Panamá, cambiaron de designio y se dirigieron a las costas del Perú. Tomaron la pequeña ciudad de Ilo, intentaron en vano apoderarse del puerto de Arica. Volviendo otra vez hacia el norte, divididos y disgustados con la conducta floja de Sharp, los bucaneros se separaron en dos grupos en la isla de Plata. Uno de ellos, entre los cuales estaba Wafer, siguió al golfo de San Miguel, al mando de Guillermo Dampier.

Saltaron a tierra el 1º de mayo de 1681, temiendo a cada instante encontrarse con los españoles. Después de cinco días de penosa marcha, le sucedió a Wafer un accidente grave que le obligó a quedarse atrás con cuatro de sus compañeros, cansados ya: una pipa acercada imprudentemente a un plato en que se secaba pólvora, hizo que se le quemase una rodilla, habiendo sido destruída la carne hasta el hueso. Sin embargo, caminó aún cinco días, hasta que sintió un vivo dolor y se consideró sin fuerzas para seguir por más largo tiempo al través de los ríos y de las selvas. Se quedó en medio de los indios salvajes del Darién, que le curaron la herida con yerbas.

Pasó al principio grandes trabajos y fatigas entre ellos, pero al fin supo ganarse completamente el cariño de su jefe Lacenta. Durante cerca de cuatro meses que estuvo con ellos pudo estudiar atentamente el país y sus riquezas naturales, y conocer a fondo las costumbres y el lenguaje de sus habitantes. Habiendo conseguido de Lacenta permiso de volver a Inglaterra, después de muchos ruegos y promesas, se dirigió con sus compañeros y con una comitiva de indios a la costa del mar de las Antillas. Dampier cruzaba casualmente en esa costa, y deseoso de tener alguna noticia de su samigos, se acercó a tierra, donde estaban Wafer y los suyos esperando.

Dampier y Wafer viajaron largamente juntos entre las islas y las costa oriental de la Nueva Granada y parte de Venezuela. Llegaron en abril de 1682 a la isla de la Tortuga, donde se separaron. Wafer acompañó al capitán yanqui a la isla de Vaca; allí fueron despojados por los bucaneros franceses y puestos en tierra. El capitán Tristán, uno de ellos, con-

dujo a su bordo a unos nueve o diez, y los llevó muy cerca del Pequeño-Goave, en la isla de Santo Domingo. Estando él con parte de su gente en tierra, se hicieron dueños de su buque, volvieron a la isla por sus compañeros y se dirigieron a la costa de Virginia en abril de 1683. Allí estaba ya Dampier, y tanto él como Wafer se pusieron bajo las órdenes del capitán Cook, que se preparaba para una larga expedición al mar del sur.

El 23 de agosto de 1683 se hicieron a la vela, tocaron en algunas islas cerca del Cabo Verde, costearon el Africa, doblaron la Tierra del Fuego y siguieron lentamente su viaje cerca de las costas de Chile, Perú, Ecuador, Nueva Granada y Guatemala, deteniéndose en algunos puertos e islas, en los cuales ejercían su oficio de piratas.

En el puerto de Realejo, en Guatemala, se separaron por la última vez Dampier y Wafer. Este se volvió con el capitán Davis, por el mismo camino que acababa de recorrer.

Se dieron a la vela el 27 de agosto de 1685. En ese último viaje, que duró hasta el mes de mayo de 1688, sufrieron mucho de la fiebre y de otros contratiempos, y tuvieron que combatir con los españoles en varios puntos. Algunos incidentes de este viaje merecen relatarse.

“Habiendo saltado a tierra, dice Wafer, en Vermejo (sobre la costa del Perú), a diez grados de latitud sur, con treinta hombres en busca de agua y de provisiones, caminamos unas cuatro millas, subiendo por una bahía arenosa; toda ella estaba cubierta de cuerpos de hombres, mujeres y niños. Eran tantos que uno hubiera podido pasearse por el espacio de media milla tropezando a cada paso con un cadáver. Esos cuerpos parecía que no tuvieran más de una semana de yacer sin vida, pero si se les tocaba, se les hallaba tan secos y ligeros como una esponja o un pedazo de corcho. Al cabo de algún tiempo vimos una humareda, y siguiendo en su dirección nos encontramos con un anciano, mestizo, que buscaba en la ribera algunas yerbas secas para preparar unos pescados que sus compañeros de bote habían cogido. Le hicimos muchas preguntas en español sobre el lugar en donde nos hallábamos y como habían venido allí a dar esos cuerpos; a lo cual nos contestó, que en los tiempos de su padre, el suelo, actualmente estéril, se veía, verde bien cultivado y lleno de frutos. Que la ciudad de Vormia había sido habitada por los indios, quienes eran tan numerosos que habían podido pasarse de mano en mano un pescado a veinte leguas de distancia del mar hasta ponerlo en manos del Rey o Inca. Y que la razón por la cual se veían allí tantos cuerpos era porque cuando vinieron los españoles y bloquearon y sitiaron la ciudad, los indios prefirieron hacer hoyos en la arena y sepultarse vivos, más bien que quedar a merced de ellos. Los hom-



bres tienen todavía sus arcos rolos y las mujeres sus husos, en los cuales se ve envuelto hilo de algodón. Hice transportar a bordo el cuerpo de un niño de nueve a diez años de edad, con intención de llevarlo a Inglaterra, pero los marineros me hicieron desistir por su ridícula superstición de que la brújula no señalaría el rumbo rectamente mientras el cuerpo estuviera a bordo. Con gran disgusto tuve, pues, que arrojarlo al mar.

“Otra cosa singular tengo que referir. Abordámos en un lugar llamado Santa (situado a ocho grados cuarenta minutos de latitud sur); nos internamos a tres millas de distancia de la ribera para ir a la ciudad, pasamos una colina baja, y en un valle entre ésta y la ciudad vimos sobre el terreno tres buques pequeños de 60 a 100 toneladas cada uno, en muy mal estado. Esto nos causó grande admiración y nos movió a pensar como habían llegado allí esas naves. Siguiendo nuestro camino interrogamos a un indio. Díjonos que cosa de nueve años antes esos buques estaban anclados en la bahía, cuando sobrevino un terremoto e hizo retirar las aguas del mar a pérdida de vista. Así permanecieron durante 24 horas y luego volvieron, subiendo y rodando con tal violencia, que llevaron los buques por entre la ciudad, que estaba entonces edificada sobre la colina y los dejaron en el valle. El terremoto destruyó una considerable extensión de la costa. Esta relación nos fue confirmada en la ciudad por el cura y por otros muchos de sus habitantes...

“Llegamos a la isla de Juan Fernández a fines del año de 1687. Tres o cuatro de los nuestros (1) que habían perdido al juego todo el dinero que tenían y que no querían regresar de estos mares tan pobres como virrieron, resolvieron quedarse en la isla, y esperar que otros corsarios se acercaran. Dímoles una pequeña canoa, una olla, hachas, machetes, maíz, y otras cosas necesarias. Después supe que habían sembrado maíz, domesticado cabras y alimentándose de pescado y de aves; hay en especial una de color gris, del tamaño de un pollo, que hace hoyos en la tierra como el conejo. Ocúltase allí durante la noche y de día sale a coger peces. Es un animal acuático, y aunque tiene algún sabor de pescado, es de bastante buen gusto después de haberlo enterrado un poco. Oí decir que estos hombres fueron llevados a bordo de un buque corsario que abordó a la isla uno o dos años (2) después, y que uno de ellos ha venido después a Inglaterra.

“Estábamos pronto a salir de este mar para doblar la Tierra del Fuego. Antes de llegar al Cabo de Hornos experimentamos una terrible tempestad que duró cerca de tres semanas. No vimos el Cabo, pues nos halla-

(1) Cinco, dice Dampier.

(2) El capitán Juan Strong los tomó a bordo del Welfare en Octubre de 1690.

bámos a una gran distancia al sur, a 62 grados 45 minutos de latitud; ni sabíamos que camino tomar, porque no teníamos a bordo un marino entendido. Siguiendo rumbo hacia el norte en los días de Navidad, encontramos muchas islas de hielo que de lejos parecían de tierra. Las había desde media milla de extensión hasta una y dos leguas. Costeando la más grande de todas, que tendría de 400 a 500 pies de altura, echamos la sonda y no hallábamos tierra, lo que nos hizo concluir que eran islas flotantes. Se veían tan bien durante la noche, que podíamos fácilmente evitarlas. Más había algunas debajo del agua que chocaban con nuestro navío, pero que no le causaron ningún daño.

"Mientras estuvimos doblando la Tierra del Fuego el tiempo estuvo tan tempestuoso y el sol y la luna tan oscuros, que no pudimos tomar ninguna observación de la latitud, pero por el reconocimiento que hicimos nos hallábamos como a 63 grados de latitud sur, que es la parte más distante a donde haya llegado hasta hoy un europeo. Cuando nos vimos a 62 grados 30 minutos, creímos deber volver al norte hacia el mar Atlántico y nos dirigimos al momento al noreste, conservando el mismo rumbo por muchos días.

"Sufrimos error respecto de la variación del compás, de tal manera que habiendo llegado a la latitud del río de la Plata, cuando creíamos hallarnos a cien leguas de la ribera, estábamos aun en realidad a quinientas leguas de distancia. Anduvimos algunos centenares de leguas al oeste en la misma latitud sin hallar señales de tierra. Temiendo nuestros hombres que siguiéramos aún un camino errado, y viéndose todos en peligro de perecer por falta de provisiones y de agua se descorazonaron. Quiso Dios enviarnos en esta emergencia una lluvia copiosa; llenamos muchos barriles de agua, que nos fue de grande alivio y levantó nuestros ánimos por algún tiempo. Pero habiendo andado 450 leguas en la misma latitud sin encontrar tierra, esto dió origen a un nuevo alboroto, en el cual estuvimos a pique de hallarnos todos de acuerdo. Los más querían que se cambiara de rumbo, pues juzgaban que el que llevábamos tenía que ser errado; pero el Capitán Davis y Mr. Knott, el patrón del buque, les pidieron por el amor de Dios que continuasen navegando en la misma dirección por dos días más, a lo que accedieron. No había pasado el término convenido cuando un viento de oeste nos arrojó una bandada de langostas y de otros insectos, lo que nos dió la seguridad que la tierra estaba próxima. Si esto no hubiera sucedido providencialmente, habríamos cambiado de rumbo, pues los más de los nuestros, que eran hombres muy ignorantes, estaban persuadidos de que se hallaban en el mar de Sur, y entonces habríamos perecido. Seguimos la dirección del

viento y de las langostas y saltamos a tierra cerca de la boca del río de la Plata. Allí encontramos agua y provisiones en abundancia...

"Dimos de nuevo a la vela, costeamos el Brasil y de allí fuimos a las islas Caribes, donde encontramos a Mr. Edwin Caster en una nueva nave de la Barbada. El nos dió la noticia de que el rey Jacobo había publicado una proclama, en la cual perdonaba y llamaba a los bucaneros. Seguimos a bordo de su nave al río Delaware y de allí pasamos a la ciudad de Filadelfia, a donde llegamos en mayo de 1688.

"Permanecemos algún tiempo en esta ciudad, después de lo cual bajé el río Delaware con el capitán Davis y Juan Hingson. De allí pasamos a Punta-Comfort, en el río James, en Virginia. Pensaba establecerme allí, pero habiendo sobrevenido algunos disturbios, después de tres años de residencia, regresé a Inglaterra en el año de 1690".

Hasta esa época de su vida alcanzan las noticias que da Wafer de sí mismo en sus viajes. El debía de estar entonces muy joven aún, y su edad no pasaría de treinta y cinco años. El resto de su vida lo pasó en Inglaterra, donde se publicaron sus escritos en 1699.

Treinta años después, en 1729, dió a luz una segunda edición de su *Viaje y descripción del Istmo de América*, que dedicó a Su Gracia el Duque de Marlborough. Su propósito al hacer esta publicación fue llamar la atención del gobierno inglés a la rica comarca del Darién e incitarlo a ocuparla, por la sola razón que hallaba muy cómodo y conveniente que ese territorio pasara del poder de los españoles al de los ingleses. El dicho de Lafontaine fue siempre cierto: "La raison du plus fort est toujours la meilleure". "Deseo únicamente, dice en el prólogo, que todo hombre de sentido y de juicio considere cuánto adelantarian los intereses de Inglaterra en Europa con la adición de las Indias Occidentales españolas a sus otras adquisiciones en América; puesto que así el enemigo común se vería privado del fundamento más positivo que tiene para hacer la guerra. En una palabra, las dificultades y el gasto no pueden ponerse en competencia, por ningún hombre razonable, con la gloria y las ventajas de semejante expedición".

Luego agrega: "Por lo que hace al libro en sí mismo, aunque lleve el título de *Viajes*, no se debe esperar que sea un diario completo, o una relación histórica de todo lo ocurrido en el teatro de mis correrías, sino como una descripción, tan particular como puedo darla, del Istmo del Darién, donde se me dejó entre los indios salvajes. En la narración que la precede y la sigue, sólo he dado brevemente noticias del curso de mis viajes, para que el lector no se prive del placer de saber cuáles fueron las aven-

turas que me llevaron a esa comarca y cómo encontré medios de salir de ella.

“Sólo me queda decir una cosa, y es que pienso muy conveniente aprovechar esta oportunidad de vindicarme ante el mundo, respecto de ciertas circunstancias del relato que hice del modo de conjurar de los *Pagueveres* indígenas, y de los indios blancos (albinos); del que muchos de los hombres más eminentes de la nación parecieron muy sorprendidos. Mas espero que el testimonio de todos los caballeros escoceses (3) y de otros que han visitado posteriormente el Darién, será considerado por los hombres juiciosos como una autoridad suficiente para confirmar la verdad de lo que he afirmado sobre esas materias. Ninguno de ellos me ha contradicho de palabra ni por escrito, sino que al contrario han confirmado lo que he dicho en cada caso, lo que ha sido para mí motivo de no pequeña satisfacción. Asimismo Mr. Davis, que es el autor de la relación de la *Ultima expedición a las Minas de Oro* (las minas de Cana) me dijo, en una reciente conferencia que tuve con él, que deseaba manifestar al mundo, que si dicha relación no se hubiera publicado antes de haber hablado conmigo, había declarado que el paguever de los indios que seguía a D. Pedro (su cacique) en la expedición, fue quien indujo a algunos de los ingleses, más supersticiosos que los demás, a abandonar las minas mucho más pronto de lo que intentaban; porque la inquietud que mostraban entonces los indios los puso temerosos de que se presintiera algún peligro extraordinario de parte de los españoles”.

Después de haber viajado por espacio de trece a catorce años, sólo escribió una corta relación de sus aventuras en el Darién, y de su último viaje de Realejo a los Estados Unidos, con una descripción del Istmo, de sus producciones naturales y de las costumbres de sus habitantes.

Pasaremos ahora a hacer algunas observaciones sobre su obra.

Con un poco más de vanidad, Wafer sería citado hoy entre los viajeros de renombre. Acompañó al capitán Sharp en su expedición al Darién, y se contenta con decir: “Hicimos todas esas correrías que refiere Mr. Ringrose en su *Historia de los Bucaneros*”. En los más de sus viajes se halló con Guillermo Dampier, a quien se refiere a cada paso; y se contenta con escribir la pequeña parte de ellos que ninguno de sus compañeros había tocado, como quien sólo piensa en llenar una laguna. Sin embargo, es superior a todos ellos en su narración, que es sencilla, pero nutrida y animada. No se embaraza, como Dampier, en ese fárrago de nombres propios, de fechas y detalles insignificantes de que están plagados los es-

---

(3) Los que pretendieron fundar una colonia en el Darién.

critos de éste. Era sin duda muy instruído, y Dampier hace de él un elogio muy significativo. "Habría podido —dice— hacer una relación más amplia de las cosas del Darién. Pero dejo este cuidado a Mr. Wafer, que estuvo allí más largo tiempo que yo, y que es más capaz de hacerlo que ninguno de los hombre que conozco".

Wafer dice que el objeto principal de su obra fue dar la descripción del Istmo; pero es de sentirse que hubiera pensado tarde en escribir, después de que ya había olvidado muchas cosas. Los pasajes siguientes prueban la veracidad de nuestra aserción: "No hablaré de todos los lugares que ví, ni de todo es que nos sucedió, puesto que yo no llevaba diario de eso". "Aprendí —dice en otra parte— regularmente el dialecto del Darién, pero sólo me acuerdo de algunas palabras o frases, cuya lista daré". Y en el curso de su obra usa frecuentemente éstas y otras expresiones análogas: "No recuerdo tal cosa; olvidé tal otra; no observé tal particularidad". Ese olvido es causa de que en sus descripciones zoológicas y botánicas sea algunas veces tan lacónico y oscuro, que es imposible saber la especie de animal o de vegetal de que trata. Sin embargo, si se extraña y se siente esa falta, se admira aún más la feliz memoria del escritor, que relata mil detalles minuciosos, con tanta exactitud como si los tuviera a la vista.

El estilo claro, sencillo e ingenuo de Wafer es la mejor garantía de su veracidad. "Los viajes de Wafer", leemos en el *Gran Diccionario Universal* de Larousse, "contienen la primera relación exacta que haya visto la luz sobre el Istmo de Panamá". Poco inclinado a lo maravilloso, el no asegura nada que no haya visto. Sólo un hecho sorprende el juicio del lector: es la profecía de los adivinos del Darién, que refiere extensamente, y que dice que se cumplió al pie de la letra. No pretenderemos explicar ese hecho sobrenatural. ¿Habría coincidencias tales, que pudiesen sorprender la buena fe desprevenida de Wafer? Lo ignoramos, mas aceptamos la curiosa descripción de las ceremonias de los *Paguéveres* (adivinos) darienitas, y los hechos sustanciales relativos a la profecía, pues Dampier, que los presencié, los refiere en su *Viaje alrededor del Mundo*.

Raveneau de Lussan confirma las curiosas revelaciones de Wafer sobre los paguéveres en el siguiente pasaje de su *Diario del Viaje hecho al Mar del Sur con los Filibusteros en 1685*: "Aseguran que tienen comunicación con el diablo: cuando quieren saber alguna cosa, pasan la noche en los bosques con el fin de consultarlo. Algunas veces nos anunciaron cosas que se efectuaron con todas las circunstancias particulares de la relación que nos habían hecho".

Una reflexión se le ocurrirá naturalmente al que lea estos viajes:

¿cómo pudieron, hombres de cierta posición, instruidos, de inteligencia y de corazón, tales como Dampier y Lionel Wafer, andar en compañía de aventureros de mala ley, que ejercían el oficio de piratas y vivían del saqueo practicado en grande escala. A esto no se nos ocurre qué responder. Tenemos por principio invariable no excusar el mal en ningún tiempo, ni bajo latitud alguna. No alegaremos, pues, en favor de ellos circunstancias atenuantes: sólo si haremos constar que no fueron jefes de filibusteros, y que parece que hubieran seguido esas expediciones, más por cierto amor a las aventuras que por el deseo de hacer fortuna apoderándose de lo ajeno.

Por otra parte, el estudio de la historia nos ha acostumbrado a ver tantos extravíos del criterio humano, aun en hombres dotados de raras cualidades de espíritu y de corazón, que si muchos cosas lastiman nuestros principios y nuestras convicciones, nada nos sorprende. Como dice el proverbio, que quien con los lobos anda a aullar se enseña, no nos parece raro encontrar en la narración de Wafer incidentes como el que refiere en estos términos: "Bajamos a la ciudad de Arica, la saqueamos y tomamos allí algunos cerdos, volatería, azúcar y vino". Le hacemos, no obstante, la justicia de reconocer que no hace alarde de sentimientos crueles, y que más bien se muestra humano y generoso. Hallándose en 1685 en el golfo de Amapalla se declaró una fuerte epidemia de fiebre maligna a bordo de los cuatro pequeños buques que mandaba el capitán Davis. Bajaron a una isla, donde construyeron barracas para los enfermos, cuyo número pasó de 130, muchos de los cuales murieron. "Sin embargo, -- dice Wafer --, de que yo los atendía constantemente, doy gracias a Dios de que me libré de la infección".

Con esto tenemos dicho todo lo que sabemos del doctor Lionel Wafer, y lo que nos revelan sus viajes de su carácter. El lector completará su juicio recorriendo las páginas de su interesante relato, escrito con soltura y amenidad, y revestido con las galas de ingenua verdad.

# **VIAJES DE LIONEL WAFER**

**AL ISTMO DEL DARIEN**

**(Cuatro meses entre los indios)**

\* \* \*

## CAPITULO I

Viaje de Lionel Wafer a las Indias Occidentales.—Se encuentra con varios aventureros en la costa de Cartagena.—Trescientos treinta bucaneros desembarcan en el Istmo.—Wafer se quema una rodilla.—Sus sufrimientos lo obligan a quedarse en el Darién.—Los indios lo curan con yerbas.—Mal trato que él y su compañeros reciben de ellos—Los indios resuelven inmolarlos a su venganza en una hoguera.—Su jefe Lacenta llega a tiempo de salvarlos. Penoso viaje hacia el mar del Norte.—Terrible inundación.—Vuelven a las plantaciones de los indios, casi muertos de hambre y de fatiga.—Estos los reciben muy bien.—Residencia de Lacenta.—Wafer sangra una de las mujeres de Lacenta, la cura y se granjea el cariño de los indios.—Modo de sangrar de los indígenas.—Cómo lavan el oro en los ríos.—Lacenta permite a Wafer que vuelva a Inglaterra.—Viaja al mar del Norte.—Ceremonia de los adivinos darienitas y rara profecía.—Llegada de dos buques a la costa.—Wafer y sus compañeros se embarcan y se despiden de los indios.—Muerte de Gopson.

\* \* \*

En 1679 emprendí mi segundo viaje por mar, a bordo de un buque mandado por el Capitán Buckemham, que iba a las Indias Occidentales. Entré al servicio del cirujano, y a nuestra llegada a Jamaica sucedió que todavía no era la estación del azúcar; de suerte que, entre tanto, el Capitán resolvió hacer un corto viaje a la bahía de Campeche, pero yo no quise ser de la partida, y bien me valió, pues el Capitán fue aprehendido allí por los españoles y llevado a la ciudad de México. Un tal Russel, que estaba entonces prisionero y que tuvo la felicidad de fugarse, me dijo que había visto al Capitán Buckemham con un trozo de madera atado a una pierna



y un cesto en la espalda vendiendo pan por las calles, por cuenta de un panadero amo suyo. Bien que ese Capitán fuese gentilhombre y que tuviese amigos muy ricos que ofrecían una suma considerable por su rescate, los españoles no quisieron nunca ponerlo en libertad.

Yo tenía un hermano en Jamaica, empleado en una plantación llamada de Los Angeles, y el deseo de verlo fue el principal motivo de mi viaje. Después de haber vivido algún tiempo con él, me establecí en una casa de Puerto-Real, donde ejercí la cirugía durante algunos meses. Encontré enseguida dos corsarios, los Capitanes Cook y Linch, que iban de Puerto-Real hacia la costa de Cartagena, y que me llevaron consigo. Encontramos otros corsarios sobre esta costa, pero el mal tiempo nos separó de ellos a la altura de la isla de Oro, que es una de las Samballas, de suerte que seguimos hacia Bastimentos, donde nos juntamos con muchos otros que se habían citado allí, y que habían ido a la toma de Portobelo. Aquí ví por la primera vez a Mr. Dampier, y fuí con él al mar del Sur. Después de haber pasado revista a nuestras fuerzas en la isla de Oro y desembarcado en el Istmo, hicimos todas esas correrías que Mr. Ringrose refiere en su *Historia de los Bucaneros*.

Mr. Dampier ha referido en la Introducción de su *Viaje alrededor del Mundo*, cómo se separó la compañía. Yo estuve en esto de acuerdo con él y fuí del número de los que prefirieron volver al Istmo en barcos, expuestos a inauditas fatigas, más bien que permanecer bajo el mando del Capitán Sharp, que carecía de experiencia y de valor. Él ha publicado también una relación de lo que sucedió a nuestro regreso, hasta el momento en que, por descuido de nuestra compañía, mi rodilla fué desollada por la pólvora y se me abandonó entre los indios salvajes, en el Istmo del Darién. (1)

Era el 5 de Mayo de 1681. Yo estaba sentado en tierra, cerca de uno de nuestros compañeros de fortuna, que secaba pólvora en un plato de plata; la pólvora ardió por imprudencia de él, y me quemó toda una rodilla; la carne fue consumida hasta el hueso, y aun el muslo sufrió mucho. Apliqué al principio los remedios que mi morral pudo suministrarme, y temiendo que se me dejara atrás, seguí algunos días con bastante trabajo. Durante ese intervalo, nuestros esclavos nos abandonaron con el negro que se me había dado para servirme y llevar los medicamentos; él huyó con todo lo que yo tenía, y no me dejó nada para curarme la herida. Sentí entonces un vivo dolor, y sin poder fatigarme más largo tiempo al través de las sel-

(1) En el capítulo *La vida en el Istmo de Panamá* se hallará una corta relación de las excursiones de los bucaneros en que tomó parte Wafer y que él pasó por alto.



Mapa del Istmo del Darién y de la Bahía de Panamá, trazado por el bucanero inglés William Dampier en 1687 para ilustrar su libro "A New Voyage round the World". Sus correrías fueron las mismas de Lionel Wafer.

vas y de los ríos, me despedí de mis compañeros y me detuve en el Darién el día 10 de Mayo.

Ricardo Gopson, que había hecho su aprendizaje de farmacéutico en Londres, me acompañó: no faltaba ni inteligencia ni saber; tenía el Nuevo Testamento en griego, que leía con frecuencia y que traducía incontinenti en favor de los que estaban dispuestos a escucharlo. Un marinero nombrado Juan Hingson, fue también de la partida; estaban ambos tan cansados, que no pudieron pasar adelante. Se había hecho la resolución, al tomar tierra, de matar a todos los que se detuvieran en la marcha; pero esa orden rigurosa fue dada para impedir que alguno de nosotros se entretu-

viera inoportunamente en el camino y cayera en manos de los españoles, que no habrían dejado de ponerlo en tortura para descubrir nuestra marcha; así es que no fué ejecutada, y la tropa se despidió de nosotros tres muy amistosamente. Otros dos de nuestros compañeros, Roberto Spratlin y Guillermo Bouman, se habían separado ya de nosotros, en el río Congo, al otro día de mi desgracia. El lugar por donde pasamos ese río era bastante profundo, y la corriente tan rápida, que me arrastró muchos pasos, hasta una punta a donde rebotaba el agua. A pesar de todo, salvé el obstáculo; pero los dos hombres que llegaban últimos, luego que vieron la pena que tuve en ese paso, no se atrevieron a seguirme, y prefirieron quedarse donde estaban; ellos fueron los primeros que se me juntaron, y los otros dos poco después que toda la tropa partió para el mar del Norte. Así es que nos quedamos cinco atrás a merced de los indios.

Reducido a vivir con esos bárbaros parecía que no tuviera ningún medio de aliviar mi dolor; sin embargo, emprendieron curarme con ciertas yerbas que mascaban hasta la consistencia de pasta, y que extendían sobre una hoja de plátano para cubrirme la herida. Se renovaba este emplasto todos los días, y su virtud fue tan grande, que al cabo de tres semanas no me quedó en la rodilla sino una debilidad que me duró largo tiempo después, y un entumecimiento del que sufro ataques aún algunas veces.

Pero los indios no fueron igualmente caritativos en lo demás: había algunos que nos miraban con muy malos ojos, y que nos arrojaban plátanos verdes como se arrojan huesos a un perro, cuando ateridos de frío nos arrastrábamos a sus pies. Era ese un pobre alimento con que teníamos no obstante que contentarnos. El joven indio en cuya casa vivíamos, nos daba frecuentemente plátanos maduros, sin que lo supieran sus vecinos, lo que contribuía grandemente a fortalecernos. Ese indio había sido hecho prisionero por los españoles en su infancia, y puesto al servicio del Obispo de Panamá, de quien aprendió bastante bien el español, hasta que encontró ocasión de huir y de volver a sus compañeros. Nos fue de un grande auxilio, y no tuvimos trabajo en hacernos entender con algunas nociones que teníamos de español, algunas palabras indias que habíamos aprendido en el país, y el uso de signos. Por otra parte, ese joven era tan generoso, y ejerció tan bien la hospitalidad con nosotros, que si durante el día sólo se nos daban malos plátanos verdes, se levantaba de noche para coger maduros a escondidas, y nos los distribuía. No era que los otros fuesen inclinados a maltratarnos, pues todos son de un natural benigno y franco, pero estaban disgustados porque nuestros compañeros habían obligado a algunos de ellos a servirles de guías contra su voluntad, y la estación lluviosa

era entonces tan fuerte, que los indios mismos se afanaban poco para viajar, aun cuando ellos generalmente no se cuidan del mal tiempo ni de la dificultad de los caminos.

Después de que Copson, Hingson y yo pasamos tres o cuatro días de esta manera, se nos juntaron Spratlin y Bouman, muy fatigados de haber corrido sin guías entre los bosques y los ríos, y sin más alimento que algunos plátanos que habían encontrado aquí y allá. Nos dijeron que Jorge Gainy había tenido la desgracia de ahogarse, como lo refiere Dampier. Lo vieron extendido a la orilla del río, después de que bajó la marea, con una cuerda envuelta en el cuerpo, y su dinero atado al cuello; pero estaban tan cansados, que no se detuvieron a quitárselo. Ambos permanecieron con nosotros unos quince días en la plantación donde nos abandonaron nuestros compañeros, y fuimos tratados de la misma manera, es decir, que poco teníamos que comer, y que los indios nos miraban mal porque no tenían noticias de sus amigos, que nuestras gentes habían conducido de guías. A pesar de su disgusto, cuidaron de mi herida, y me hallaba ya en estado de caminar un poco. Pero, en fin, cuando vieron que sus hombres no volvían, comenzaron a perder la paciencia, y por su semblante parecía que tramaban vengarse contra nosotros de la pretendida injuria que sus compañeros habían recibido de los nuestros. Con ese designio se consultaban frecuentemente para saber de qué manera dispondrían de nosotros: unos opinaban por la muerte, otros decían que se nos detuviera en medio de ellos, y otros que se nos entregara a los españoles, para congraciarse con ellos; pero casi todos odiaban tan mortalmente a esta nación, que el último parecer fue pronto abandonado, y resolvieron que no se haría mal alguno hasta que hubiese pasado el tiempo que sus amigos podían emplear en la vuelta. Ese término fue de diez días, que venían a contar-nos en los dedos.

Cuando se acercó el término, sin que ninguno de sus hombres apareciera, sospecharon que los nuestros los habían asesinado o llevado consigo, y resolvieron inmolarnos a su venganza. En esa resolución, levantaron una grande hoguera el décimo día por la mañana, y nos advirtieron que seríamos quemados allí tan pronto como se pusiera el sol, pues querían aplazar nuestro suplicio hasta esa hora. Pero su jefe Lacenta, que por fortuna pasó, los disuadió de esa barbaridad, y les propuso que nos enviasen del lado del norte con dos indios, que podrían saber de los habitantes de la costa qué suerte habían corrido los otros guías. La proposición fue aceptada al instante, y se escogieron dos hombres para conducirnos hacia el norte. Uno de esos indios había sido siempre nuestro enemigo capital,

pero el otro era aquel indio generoso que se levantaba por la noche a traer-  
nos plátanos maduros.

Fuimos, pues, despedidos el día siguiente con nuestra escolta, y mar-  
chamos alegremente tres días consecutivos, bien persuadidos de que nues-  
tros amigos no habían hecho ningún mal a sus guías. Pasamos esos tres  
días por caminos pantanosos, con fuertes lluvias, acompañados de truenos  
y relámpagos; y nos vimos obligados a acostarnos dos noches bajo los ár-  
boles, que no nos preservaban de la humedad. Acampamos el tercer día  
en una colina, que el día siguiente por la mañana nos parecía una isla; tan  
grande era la inundación en los alrededores. Sin embargo por toda pitanza  
no habíamos tenido los dos primeros días más que un puñado de maíz, que  
nuestros guías indios nos habían dado, y tanto pronto como fue consumi-  
do, se volvieron a sus casas y nos abandonaron.

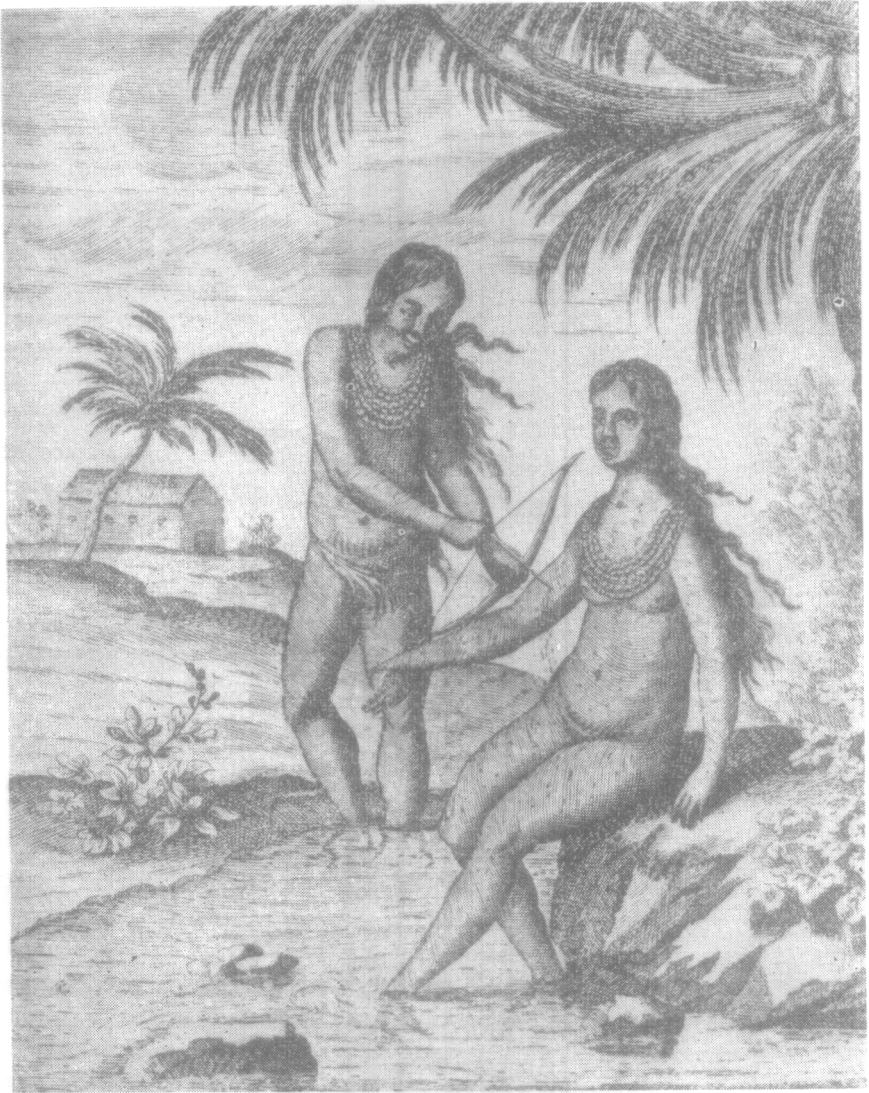
Nos quedamos el cuarto día en la colina, y el quinto, después de co-  
rridas las aguas, proseguimos nuestro camino hacia el norte, gracias a una  
pequeña brújula que teníamos. Nuestra marcha continuó hasta las seis de  
la tarde; encontramos un río que tenía cerca de cuarenta pies de ancho, y  
era muy profundo; (2) había un árbol caído que la atravesaba, lo que nos  
hizo conjeturar que nuestros amigos habían pasado por allí, de suerte que  
nos vimos precisados a sentarnos a deliberar qué camino tomaríamos.

Después de haber discurrido bien sobre ese punto, se acordó que atra-  
vesáramos el río, y que buscaríamos la senda que nuestros compañeros ha-  
bían seguido. Por otra parte, el agua que corría un poco al norte en aquel  
paraje, nos persuadió que estábamos del otro lado de la gran cadena de  
montañas que separan la parte septentrinal del Istmo de la meridional, y  
que no nos hallábamos muy lejos del mar del Norte. Pero en lugar de  
atribuir a las fuertes lluvias que habían caído el rápido crecimiento y de-  
crecimiento del río juzgamos sin fundamento que provenían de la marea,  
y que siendo así estábamos cerca del mar.

Sea de ello lo que fuere, pasamos el río por el árbol, pero la lluvia  
lo había puesto tan resbaladizo, que no era posible caminar sobre él, y  
nos costó mucho trabajo arrastrarnos encima a horcajadas. A pesar de  
eso, cuatro de entre los cinco tuvimos la felicidad de llegar a la otra ori-  
lla; mas Bouman, que era el último, resbaló y la corriente lo arrastró en  
un minuto lejos de nuestras vista, de suerte que lo creímos ahogado. Pa-  
ra colmo de aflicción, nos fue imposible encontrar una senda, porque la  
inundación había cubierto todas las tierras de fango. Reducidos a tal  
extremidad, volvimos a pasar sobre el mismo árbol, con el designio de se-

---

(2) El río Cañaza.



Lionel Wafer fué de aquellos cirujanos que trataban de curar sangrando a la manera de la época. Wafer les mostró el método europeo menos doloroso del torniquete para dilatar la vena con la lanceta o el bisturí.

guir el curso de ese río, que creíamos desembocaba en el mar del norte. No habíamos caminado más de un cuarto de milla, cuando vimos a nuestro compañero sentado a la orilla del río; nos refirió que la violencia de la corriente lo había conducido allá, y que gracias a un recodo que hacía el río, había tenido tiempo de volver en sí y de agarrarse a algunas ramas que colgaban en el agua, por medio de las cuales se había salvado: llevaba entonces al hombro cuatrocientas piezas de a ocho. El era de oficio sastre, y de una complexión bastante débil.

Nos quedamos allí toda la noche, y el día siguiente continuamos nuestra marcha al través de lugares llenos de guaduas y de espinos, bien debilitados por falta de víveres; pero cuando estábamos a punto de expirar, abatidos de hambre y de cansancio, la Providencia nos hizo descubrir una palmera que llamaban *Macao*, (3) que produce frutos, de los que comimos con avidez. Después de haber en alguna manera aplacado el hambre, guardamos un racimo y proseguimos nuestro camino hasta la noche.

El sexto día de este viaje, a las cuatro de la tarde, encontramos otro río que se junta con el que habíamos costeadado hasta aquí, y entonces nos vimos encerrados en ambas partes sobre una colina que está en su confluencia. (4) Este era tan ancho y tan profundo como el precedente, de suerte que no sabíamos qué sería de nosotros. No había modo de vadearlos, ni de encontrar un árbol que alcanzase de una ribera a otra, ni aun de cortar uno de ese largo, pues por todo instrumento sólo teníamos un machete; nos hallábamos, pues, ante un *Non Plus Ultra*. Examinamos el curso del último río por medio de la brújula, y hallamos que se dirigía al norte, lo que nos confirmó en nuestro error de que estábamos en la parte septentrional de la gran cadena de montañas. Entonces resolvimos hacer dos balsas para bajar el río, según todos creíamos, hasta la costa del mar del Norte. Los bosques nos suministraban guaduas, que son muy propias para ese uso; las cortamos de buen tamaño, y amarramos muchas unas sobre otras, con bejucos sacados de una planta parecida a la vid.

Tan pronto como terminamos nuestras balsas, sobrevino la noche; de suerte que nos vimos obligados a retirarnos a una colina, en donde, después de haber amontonado una brazada de madera, prendimos fuego, resueltos a bajar el río al día siguiente por la mañana. Pero poco tiempo después de puesto el sol, comenzó a llover con una fuerza tan terrible, que parecía que el cielo y la tierra iban a confundirse; la tempestad era acompañada

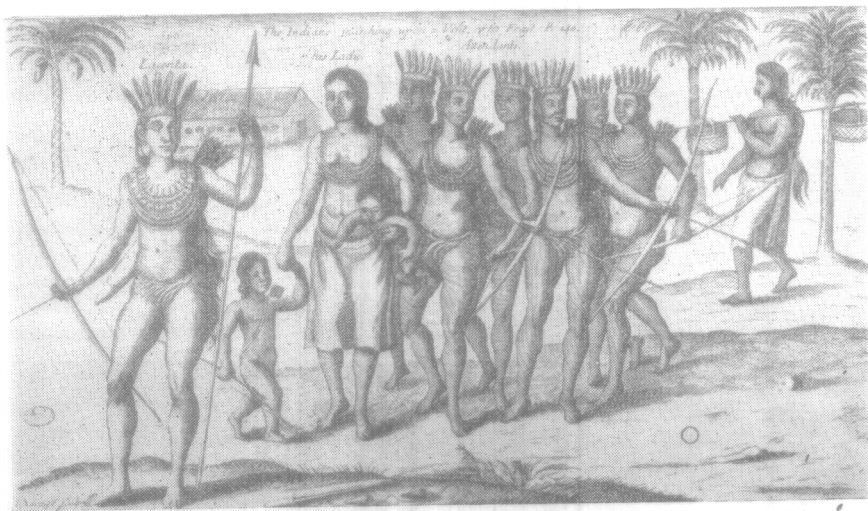
(3) El Chontaduro.

(4) La colina en que se vieron detenidos se halla probablemente en la confluencia del río Cañaza y de uno de sus tributarios.

de furiosos truenos, y los relámpagos tenían un olor de azufre tan fétido, que nos vimos casi sofocados.

La tempestad duró hasta media noche, y entonces fuímos sobrecogidos de espanto al oír el ruido que hacían los ríos al rededor de nosotros. La oscuridad era aún tan grande, que sólo veíamos nuestro fuego, a menos que resplandeciesen los relámpagos. En esos momentos descubríamos la colina, y pronto advertimos que el agua nos alcanzaba, pues arrastró nuestro fuego en menos de media hora. Cada uno pensó entonces en salvar su vida, y en subir a algún árbol para preservarse del diluvio que nos amenazaba. Pero no había sino árboles de algodón de un grueso prodigioso, y donde no parecía ninguna rama a cuarenta o cincuenta pies de altura, de suerte que no era posible trepar a tales árboles.

Por mi parte, no sabía de qué lado dirigirme, tan grande era mi consternación; pero en medio de tal peligro, tuve la felicidad de encontrar un enorme árbol de algodón que estaba podrido de vejez, o por cualquier otro accidente, en el cual había un hueco como a cuatro pies de altura. Subí como pude a la cavidad y hallé en ella una corcova que me sirvió de asiento. Acurrucado y recogido como un rollo, sin poder pararme ni extender las piernas, esperé el día con mucha impaciencia. Por otra parte, estaba tan rendido del viaje, que a pesar del hambre y del frío que me acosaban, me dormí; pero mi sueño fue pronto interrumpido por el ruido de los gran-



En este grabado Wafer demuestra cómo viajaba el Cacique Lacenta, cuya diversión en tiempos de paz era la de cazar en grandes partidas. Siempre llevaba a una de sus siete mujeres y a un grupo numeroso de sirvientes.



des árboles que la corriente arrastraba y que chocaban contra el mío con tanta violencia, que lo hacían tambalear.

Tenía entonces las rodillas en el agua, a pesar de que, como he dicho, había cuatro pies desde la raíz del árbol hasta la parte más baja de la cavidad, y el agua corría con la misma rapidez que la del río. La oscuridad y los relámpagos hacían la inundación tan terrible, que olvidé el hambre, y sólo pensé en rogar a Dios que me salvara la vida. Orando y meditando sobre la triste situación a que me veía reducido, ví aparecer la estrella de la mañana, que levantó mi ánimo abatido, y que fue seguida del amanecer en menos de media hora. Pronto cesaron la lluvia y los relámpagos, y el agua se escurrió tan ligero, que ya no la había al pié de mi árbol cuando el sol se levantó.

Desde luego salí de mi fría caverna; pero estaba tan entumecido, y el terreno se había puesto tan resbaladizo, que apenas podía estar de pie. Sin embargo, me arrastré lo mejor que fue posible hasta el lugar donde habíamos prendido fuego, y no encontré allí a nadie. Llamé enseguida a mis compañeros en alta voz, y sólo oí la respuesta del eco, lo que me llenó de un terror tan grande, que caí en tierra como muerto, agobiado de tedio y de hambre, pues hacía ya siete días que comíamos únicamente frutas de palmera.

Me quedé algún tiempo sobre la tierra húmeda, sin esperanza de volver a ver a mis amigos, ni de disfrutar de ningún consuelo, cuando oí, al fin, una voz cerca de mí, que me volvió la vida, sobre todo luego que ví a Mr. Hingson. Los otros, que se habían salvado sobre pequeños árboles, se nos juntaron después. Nos abrazamos, con los ojos llenos de lágrimas, y le dimos gracias a Dios, que nos había preservado de tan gran peligro.

Buscamos en seguida nuestras balsas, que habíamos amarrado a un árbol, pero las hallamos atascadas, y las guaguas llenas de agua, lo que nos sorprendió mucho, porque creíamos que no admitían ni aún el aire, y que eran como grandes vejigas infladas. Era muy probable que tuviesen hendiduras, y tal vez nosotros mismos las habíamos hecho por descuido cuando las juntamos: al menos los utensilios que de ellos se fabrican guardan muy bien el agua.

Este fue, pues, otro nuevo motivo de disgusto y un obstáculo más a nuestra salida; pero la Providencia lo dispuso todo para nuestro bien, pues si hubiéramos bajado ese río, que se une al Chepo, y corre en seguida hacia la bahía de Panamá y el mar del Sur, nos habría conducido en medio de los españoles, nuestros enemigos, de quienes no podíamos esperar cuartel.

Por otra parte, la aproximidad de las montañas y su rápida pendiente, son la causa de que los ríos crezcan así de un golpe después de esas

violentas lluvias, y vuelven con la misma prontitud a su primer estado.

Pero, volviendo a nuestras balsas, éstas no podían ya servirnos para bajar ni para atravesar esos ríos; de suerte que debimos contentarnos con regresar a la plantación india de donde habíamos salido. Tomamos, pues, otra vez el camino por donde habíamos venido a la orilla del río, y como el hambre nos obligaba a dirigir la vista a todo lo que podía remediarla, descubrimos un gamo profundamente dormido. Nos acercamos tanto, que habríamos podido arrojarnos sobre él y cogerlo, si uno de nuestros compañeros no hubiera juzgado a propósito dispararle un tiro de fusil a quemarropa; pero sucedió por desgracia que las balas, que estaban sin taco, salieron antes de que disparase el fusil; de suerte que el gamo no sufrió más mal que el de despertarse al ruido de la pólvora, y pasar el río nadando. No nos vimos, por otra parte, poco embarazados cuando nos fue preciso dejar el río para buscar la habitación de los indios. Ya hacía ocho días que sólo nos alimentábamos de frutas de macao y del jugo de un árbol llamado bibi (árbol de leche), que nos agradó mucho.

Después de haber discutido sobre el camino que tomaríamos, resolvimos seguir el rastro de un saíno o cerdo montés, con la esperanza de que nos condujese a algún platanar o a algún campo sembrado de patatas, a donde esos animales acostumbran ir a alimentarse. En efecto, nos llevó a una antigua plantación, y cerca de una nueva. Aquí fue donde el miedo nos sobrecogió, expuestos por una parte a morir de hambre, y por otra a sufrir el mal humor de los indios, que creíamos aún irritados contra nosotros. Pero no había medio, y se resolvió que uno de nosotros iría a la casa vecina, mientras que los demás se quedarían a distancia para esperar el resultado. Fui en persona, y sucedió que era la casa de donde habíamos partido. Los indios, muy sorprendidos al verme, comenzaron a interrogarme sobre muchas cosas; pero el calor del fuego y el olor de la carne que se asaba, me hicieron caer en un desvanecimiento que puso fin a todas sus preguntas. Se mostraron muy apresurados en hacerme salir de ese estado, y tan pronto como volví en mí, me dieron algo que comer. En seguida me preguntaron dónde estaban mis cuatro compañeros, y los enviaron a buscar al momento, pero solo condujeron tres, pues Gopson se había quedado un poco más lejos y nos trataron a todos con mucha bondad. Los guías estaban ya de vuelta de la costa del norte, y se felicitaban mucho de la manera cortés y generosa como los habían tratado nuestras gentes; de suerte que los indios habían venido a ser nuestros buenos amigos. Aquel que nos había manifestado tanta benevolencia, tan pronto como notó que Gopson no había llegado aún, le llevó víveres y lo condujo a la plantación. En una palabra, nos vimos de nuevo todos reunidos y se tuvo gran cuidado de nosotros.



En 1681 Wafer pudo observar cómo fumaban los indios del Darién.

Pasamos siete días fortaleciéndonos, y continuamos nuestra marcha, con el designio de dirigirnos al mar del Norte, tan pronto como nos fuese posible. Desde que nuestros compañeros se habían despedido de los guías con mucho agasajo y presentes, como hachas, collares, etc., los indios estaban más dispuestos a servirnos que nunca. Así es que nos proporcionaron cuatro jóvenes vigorosos para conducirnos hasta el río donde habíamos encontrando un árbol caído que lo atravesaba. (5) Llegamos allí en un día, porque nuestros guías nos servían con mucho gusto, cuando en nuestro primer viaje habíamos gastado tres. Luego que llegamos a ese punto, caminamos aun una milla subiendo el río, y en seguida nos fue necesario meter-nos en una canoa y seguir contra la corriente; nuestros guías remaron vi-gorosamente hasta la noche, y entonces nos alojamos en una casa, donde ellos dijeron tanto bien de nuestros compañeros que habían ido al mar del Norte, que el dueño de ella nos trató lo mejor que pudo. Salimos al día siguiente con dos nuevos remeros, es decir, que teníamos seis por todos, y que nuestra condición era entonces muy diferente de la primera.

Seis días después llegamos a la casa de Lacenta, que nos había salvado la vida. Esta se halla situada sobre una colina muy agradable, donde hay la más vistosa floresta de árboles de algodón que yo haya visto. El grueso

(5) El río Cañaza.

de esos árboles era, en general, de seis pies de diámetro, y había algunos de ocho, de nueve, de diez y aun de once. Cuatro indios y yo, teniéndonos por las manos, nos pusimos al rededor de uno, y faltaron a lo menos tres pies para que pudiéramos abarcarlo. Había también una hermosa calle de plátanos, y otro bosquecillo de árboles pequeños, que se había podido convertir en un delicioso parque, si se hubiera empleado alguna industria.

Esta colina contiene por lo menos cien acres de tierra (6), y es una península de figura ovalada, casi rodeada por dos grandes ríos, el uno de los cuales viene del este y el otro del oeste. (7) Sólo hay una punta de tierra de cuarenta pies de ancho que los separa a la entrada de la colina; pero se juntan después y forman un grande hermoso río muy rápido. Esa única entrada se halla defendida por guaduas, zarzales y perales silvestres, tan entrelazados que hacen imposible la aproximación del enemigo.

Cincuenta de los principales del país viven en esta colina, bajo la dominación de Lacenta, quien es como el Príncipe de toda la parte meridional del Istmo del Darién. Los habitantes de la parte septentrional lo respetan mucho, pero la del sur es propiamente su país, y esta colina forma su residencia. Aquí sólo hay una canoa, que sirve a Lacenta y a todos los que habitan en esta península, para pasar el río.

Cuando llegamos aquí, Lacenta despidió nuestros guías, y nos dijo que era imposible viajar hacia el norte en la estación lluviosa, que estaba entonces en su más alto punto; ofreciéndonos que si permanecíamos con ellos, él cuidaría de nosotros, de suerte que nos fue forzoso complacerlo.

Pronto después se presentó una ocasión que contribuyó mucho a aumentar la buena opinión que Lacenta y su gente habían formado de nosotros, y a granjearse particularmente su estimación. Sucedió, pues, que una de las mujeres de Lacenta enfermó, y se resolvió sangrarla. Hé aquí de que manera ejecutan los indios esta operación: hacen sentar al enfermo sobre una piedra que está en el río; en seguida el operador, armado de un arco pequeño y de cortas flechas, las tira tan ligero como puede, por todo el cuerpo desnudo del paciente, sin omitir un solo punto. Es cierto que las flechas tienen un óbice, y así no penetran más adentro que nuestras lancetas; pero si por casualidad tocan una vena llena de viento, y la sangre sale con alguna impetuosidad, saltan, hacen cabriolas y ejecutan mil posturas grotescas en

---

(6) Cien acres ingleses equivalen a unas cuarenta hectáreas.

(7) Se comprende que la residencia de Lacenta estaba situada a la margen del río Cañaza, quizá en su confluencia con el Sábalo; en el territorio donde historiadores y geógrafos colocan la tribu de los Mandingas.

señal de regocijo y de triunfo. Yo estaba presente cuando se hizo esta operación a la esposa de Lacenta, y sorprendido de su ignorancia, no pude menos de decirle que si quería, le mostraría un método más fácil, y que no causaría tanto dolor a la enferma. "Veamos", me dijo. Entonces hice una ligadura en el brazo de su mujer con una tira de corteza de árbol, y le abrí la vena con mi lanceta; pero poco faltó para que mi empresa me costase la vida. Tan pronto como Lacenta vió correr la sangre, que ellos sacaban gota por gota, tomó su lanza y juró por su diente que si su mujer se veía mal me atravesaría el corazón. No manifesté ninguna emoción, y le supliqué que tuviese un poco de paciencia. Le saqué como doce onzas de sangre, y después de haberle vendado el brazo, dispuse que descansase hasta el día siguiente. Por fortuna la fiebre disminuyó y los accesos no volvieron. Esto me valió tan gran fama, que Lacenta vino a visitarme, y en presencia de toda su corte se inclinó delante de mí y me besó la mano. Entonces todos los demás me rodearon, los unos me besaban la mano, los otros la rodilla y algunos el pie. Fuí puesto en seguida en una hamaca y llevado en hombros de los indios, mientras que Lacenta pronunció un discurso en alabanza mía, en el cual me colocó mucho más alto que todos sus doctores. Se me llevó de esta manera de una plantación a otra, y viví con mucho brillo y reputación, gracias a los remedios y a la sangría que hacía a los que lo necesitaban. Aunque había perdido mis ungüentos y mis emplastos, a consecuencia de la huida del negro que me había robado el morral, conservaba en el bolsillo una caja de instrumentos y algunos pocos medicamentos, que tenía envueltos en un pedazo de hule.

Pasé de esta manera algunos meses entre los indios, que me adoraban, por decirlo así. Algunos de entre ellos se habían escapado de las manos de los españoles, de quienes habían sido esclavos; y supongo que por esa razón me pedían el bautismo; aunque lo desean más bien por tener un nombre europeo, que por ningún conocimiento que posean del Cristianismo.

Durante mi mansión cerca de Lacenta, lo acompañé frecuentemente a la caza, que le agradaba mucho, y no le faltaba para divertirlo. Fuimos una vez hacia el sureste, al principio de la estación seca, y llegamos hasta un río donde los españoles sacaban oro. Creí, por otra parte, que era uno de los que van a desaguar en el golfo de San Miguel. (8) Habiendo llegado a la altura del lugar donde trabajaban, nos escabullimos al través de los bosques, y después de habernos apostado detrás de gruesos árboles, los observamos largo tiempo, sin que nos descubriesen. Hé aquí de que manera

(8) Probablemente se trata del río Balsas o del Marea.

secan el oro: tienen platos de madera, que hunden poco a poco en el agua, y que en parte llenan de arena. En seguida los retiran mañosamente y los sacuden en redondo, lo que hace elevar la arena, que se sale con el agua por encima del borde del plato, mientras que el oro cae al fondo. Después de haberlo sacado del plato, lo hacen secar al sol, y cuando está seco lo pilan en un mortero. En seguida lo extienden sobre papel, y con una piedra de imán que pasan por encima, atraen todo el fierro que contiene. En fin, echan ese oro bien limpio en calabazos. Por otra parte, sólo se ocupan en ese trabajo durante la estación seca, es decir, tres meses del año, porque las fuertes lluvias que trae la estación húmeda arrastran el oro de lo alto de las montañas, y los ríos son impracticables a causa de su profundidad; pero cuando el buen tiempo ha vuelto, sólo hay un pie de agua. Tan pronto como esta labor ha terminado, los trabajadores se dirigen a Santa María en pequeñas embarcaciones, y he oído decir a un español, a quien aprehendimos en esa ciudad, bajo el mando del capitán Sharp, que si la estación es buena traen hasta el peso de diez y ocho a veinte mil libras de oro. Pero sea que recojan más o menos, la cantidad que se saca todos los años de esos ríos es increíble.

Mis cuatro compañeros se quedaban en la casa de Lacenta, mientras yo me divertía con éste. Aun más, había llegado a merecer de tal manera su consideración, que no quería ir a ninguna parte sin mi compañía; de tal suerte que comprendí que su designio era detenerme todos los días de mi vida. Este pensamiento me causó inquietud, pero lo oculté lo mejor que me fué posible.

Una vez que estábamos cazando sucedió que hicimos levantar un saíno que fatigó en balde a los naturales del país y a sus perros durante la mayor parte del día, hasta que Lacenta, casi agotadas sus fuerzas por falta de alimento, pareció tan disgustado por el mal suceso de ese día, que deseó con ardor que se pudiese hallar algún otro medio más fácil para tener buen éxito en la caza.

Comprendía ya medianamente bien su lengua, y me serví de esa ocasión para obtener mi libertad. Luego, pues, que le hice el elogio de nuestros perros de Inglaterra, ofrecí a Lacenta traerle algunos si quería permitirme hacer un corto viaje. El se quedó un momento cortado al oír esta proposición; pero al fin juró por su diente, sobre el cual puso los dedos, que yo tendría mi libertad y la de mis compañeros, con tal que le prometiera y jurara por mi diente volver a casarme en su país, porque él se había comprometido a darme su hija, que no era aún núbil, en matrimo-

nio. Acepté las condiciones, y me prometió, por otra parte, que a mi vuelta haría por mí más de lo que yo podía esperar.

Le di las gracias y me despidió al día siguiente con una escolta de siete hombres vigorosos. Iban también cuatro mujeres, que llevaron nuestras provisiones y mis vestidos: éstos consistían en una blusa de lino y unos calzones, y los conservaba para cubrir mi desnudez en caso de volver algún día a verme entre los cristianos, pues aquí andaba casi desnudo como los salvajes, y sus mujeres me habían pintado el cuerpo de pequeñas manchas; pero no quise permitir que, para hacer indeleble la pintura, me picasen el cutis a la manera de mi país.

Partí, pues, de cerca del mar del Sur, donde Lacenta se divertía cazando, para dirigirme a su palacio, al que llegué en unos quince días, con gran contento de mis compañeros, que me esperaban allí con impaciencia. Después de muchas saluciones de ambas partes, y algunas lágrimas que la alegría nos hizo derramar, les referí cómo había obtenido mi libertad de Lacenta y lo que le había prometido hacer a mi vuelta. Esa noticia los contentó a todos, con la esperanza de salir pronto de un país salvaje, en el que habíamos pasado tan largo tiempo.

Yo me fortalecí aquí algunos días, al cabo de los cuales partimos con una buena escolta de indios armados, que debían conducirnos hacia el mar del Norte.

Atravesamos varias montañas muy altas, pero la última les excedía a todas; gastamos cuatro días en subirla, aunque había una que otra hovada. Desde que llegamos a la cima, sentí que la cabeza me daba vueltas de una manera extraña; se lo dije a mis compañeros y a los indios, quienes me respondieron que se hallaban en el mismo estado. Probablemente esto provenía de la altura excesiva de esa montaña, y de la sutileza del aire. Creo que era más elevada que la que pasamos con el Capitán Sharp, y que aquella otra que Dampier y el resto de los nuestros atravesaron a su vuelta; al menos las que habíamos pasado nos parecieron más bajas que ésta, y aun algunas veces las nieblas que había de por medio nos impedían verlas; pero cuando éstas llegaban a disiparse y a elevarse poco a poco hacia la cima de la montaña, las descubríamos confusamente.

Supliqué a dos hombres que se colocasen sobre mis piernas, mientras yo miraba para abajo desde ese punto de la montaña, que me pareció ser el más perpendicular; pero no pude ver la cima a causa de las nieblas que interceptaban su vista.

Los indios nos condujeron a un paso tan estrecho, que nos vimos en la necesidad de arrastarnos sentados; ellos mismos emplearon este expedien-

te, y se pasaban del uno al otro sus arcos, sus flechas y todos sus arreos. En fin, el vértigo nos abandonó a medida que bajamos.

Habiendo llegado al pie de la montaña, hallamos un río que corre hacia el norte, y cerca de él algunas casas de indios, quienes nos suministraron con qué satisfacer nuestro apetito. Eran las primeras casas que veíamos hacía seis días; pasamos allí una noche, y diré de paso que tuve por cama una hamaca amarrada a dos árboles, y una hoja de plátano por cobertor.

Partimos de allí al día siguiente por la mañana, y llegamos a la ribera del mar en dos horas. Cuarenta indios de los principales del país se nos juntaron, y después de habernos dado la enhorabuena por nuestra feliz llegada, nos recibieron en sus casas. Estaban todos ataviados con sus más hermosos vestidos, los cuales consisten en largas batas blancas que bajan hasta el tobillo, guarnecidas de franjas en su parte inferior. Llevaban, además una pica en la mano. Pero hablaré más largo de todo esto cuando haga la descripción del país, así como de todas las otras particularidades que observé allí.

Preguntamos primero a los indios si llegarían navíos europeos. Nos contestaron que no sabían nada, pero que se informarían. Entonces llamaron a uno de sus adivinos, quien se preparó con sus compañeros para evocar al diablo, a fin de saber cuándo llegaría algún navío; pues ellos son muy expertos y hábiles en sus diabólicos conjuros. Lo primero que se hizo en la casa donde estábamos, fue hacer una separación con hamacas para que los *Paguêveres* (así llaman a los magos) pudiesen estar aparte. Gastaron algún tiempo en sus tortilegios, y les oímos dar gritos y aullidos espantosos; tan pronto imitaban el canto de las aves como el grito de las bestias; unían a ese ruido el de piedras y conchas que golpeaban entre sí, y el de una especie de tambores hechos de gaduas; toda esa algazara era acompañada del ruido discordante producido por sartales de grandes huesos de animales: se ponían algunas veces a dar alaridos terribles, y de repente se quedaban en un profundo silencio. Después de haberse agitado mucho, sin obtener ninguna respuesta, juzgaron que provenía de que nosotros estábamos en la casa; nos hicieron salir y comenzaron de nuevo todas sus ceremonias. No obtuvieron mejor resultado en esta vez, lo que los obligó al cabo de más de una hora a registrar nuestro departamento, en el cual encontraron algunos de nuestros vestidos colgados en la pared; los arrojaron con mucho desdén fuera de la casa, y volvieron a su ejercicio. Pronto salieron con la respuesta; pero tan cubiertos de sudor, que se vieron obligados a bañarse en el río. En seguida nos pronunciaron el oráculo, el cual de-



cía, en sustancia, que el décimo día del viaje, que era el siguiente, llegarían dos navíos; que por la mañana del mismo día oiríamos un cañonazo, y algún tiempo después otro; que uno de nosotros moriría poco después, y que al ir bordo de esos navíos, perderíamos uno de nuestros fusiles. (9)

Todo esto se cumplió al pie de la letra. El décimo día, por la mañana, oímos un cañonazo, y algún tiempo después otro. Perdimos uno de

(9) Los indios del Darién han tenido en todo tiempo adivinos. Pascual de Andagoya dice en sus **Relaciones de Sucesos de Pedrarias Dávila**: "Había aquí algunos particulares que se hacían maestros, que ellos les llamaban Tequina, que les decían que hablaban con el diablo (al cual llamaban Tuirá), y tenía el tequina una choza muy pequeña, sin puerta y por arriba sin ninguna cobija, y se metía allí de noche y hacía que hablaba con el diablo, y mudaba muchas maneras y tonos de hablar, y decía al señor lo que a él placía, diciendo que el diablo le respondía aquello".

"Ciertamente hablan con el diablo", dice Pedro Cieza de León, "los que para ello señalan y le hacen la honra que pueden, teniéndole en gran veneración".

D. Andrés de Ariza, dice:

"En cada río, ranchería o población de indios hay para su gobierno un Cacique o Capitán que siempre es la persona de primera clase; de la segunda es el Lere; de la tercera el Camoturo, o tocador de flauta.

"Suele haber en un pueblo dos o más leres; pero entre sí y para la plebe, se lleva la preferencia el más embustero, charlatán y sectario. Su ejercicio es vaticinar lo que les puede suceder a los de su pueblo, a quienes engaña fingiendo que habla con el dios chiquito, y que éste es quien le encarga la precaución recíproca de sus personas, para que anden con mucho cuidado, porque los quieren matar, y también les persuade que allá arriba en la región del fuego ve y sabe todo lo que en ella pasa, con otras embusterías muy fútiles y despreciables, que sólo su estolidez admitiera. De cuyas patrañas, anunciadas por los respectivos leres, les viene a los indios aquel espíritu de desconfianza y cobardía, que reside generalmente en todos; porque para tenerlos subordinados les hacen creer que han de morir muerte violenta a manos de los guacas: así llaman a los blancos o españoles.

"Cuando hay alguna fiesta clásica, se dedica anticipadamente el lere a lerrear, o a hacer oración; esto lo practica en un paraje independiente, cerrado a manera de observatorio, que llaman el carro; sus oraciones se reducen a hablar mucho (a que todos los indios son propensos) y ha de imitar precisamente en su oración los balidos y gritería con que distinguen las varias especies de animales y aves que son vecinas de aquel pueblo, especialmente las que son propias de sus monterías, para lo cual siempre que van a cazar llevan al lere para reclamo, y el que con perfección no hace esta maniobra, no lo reputan por buen estudiante. Es tanta la autoridad y respeto con que se portan los leres, que casi primero se trata con ellos algún asunto de importancia que con el Cacique siendo gubernativo".

nuestros fusiles, yendo a bordo de los navíos, y hé aquí de qué manera: estábamos todos cinco con tres indios en una canoa que se volcó, cuando pasábamos sobre la barra; poco faltó para que Gopson se ahogara, y con trabajo lo sacamos del agua; pero perdió allí su fusil, que sin duda no había amarrado bien. Salvamos los otros, que estaban sujetos a los lados inferiores de la canoa, que es lo que se acostumbra siempre en las Indias Occidentales. La mejor cosa puede hacer voltear la embarcación, y se correría frecuentemente el riesgo de perder las armas, si no se tuviera el cuidado de amarrarlas a los lados de aquélla.

Salimos a la orilla lo mejor que nos fue posible, arrastrando con dificultad a Mr. Gopson, y corrimos en seguida más cerca de tierra hasta la isla de la Sonda. Vimos entonces un buque inglés y una tartana española que aquél había capturado dos o tres días antes. Pero no podíamos adivinar cual de esas dos embarcaciones estaban en poder de la otra; sin embargo, fastidiados de vivir con los indios salvajes, tomamos el partido de llegar a ellas a toda costa. Tuvimos mucho trabajo en hacer resolver a nuestros remeros, que temían más que nosotros encontrar allí españoles, por ser éstos enemigos comunes nuestros. La razón que tenían, y que merece ser anotada, es que la respuesta de sus demonios sobre esos buques era positiva con respecto al inglés y muy dudosa en cuanto al otro. En efecto, la tartana era española y estaba en poder de los españoles cuando los magos hicieron sus sortilegios, y aun algunos días después hasta que los ingleses se apoderaron de ella.

Fuimos, pues, a bordo del navío inglés con nuestros indios, y se nos recibió con mucha amistad. Mis cuatro compañeros fueron al momento reconocidos y acariciados por toda la gente de la tripulación. En cuanto a mí, que estaba pintado y desnudo, con un sencillo ceñidor en medio del cuerpo, y una placa de oro que me colgaba de la nariz sobre la boca, me quedé algún tiempo sentado sobre las pantorrillas, a la manera de los naturales del país, para ver si me reconocían. Pasó casi una hora sin que nadie se cuidase de mí. Pero al fin un tripulante me miró más fijamente que los otros, y de repente empezó a gritar: "Ah; hé aquí a nuestro doctor!" Tan pronto como pronunció esas palabras se apresuraron todos a darme el parabien por mi feliz llegada cerca de ellos. Trabajé mucho en lavarme la pintura, y, a pesar de mis cuidados, no logré borrarla hasta pasado un mes. Estaba tan bien impresa en el cutis, sea por lo largo del tiempo o por el ardor del sol, que no había modo de quitarla sin arrancar aquélla. Con respecto a Mr. Gopson, aunque llegó con vida a bordo del buque, no se restableció de sus fatigas ni del mal que había sufrido con el

## VIAJES AL ISTMO DEL DARIEN

---

vuelco de la canoa; penó dos o tres días, y murió en la isla de la Sonda. Así es que su muerte verificó otra de las predicciones de los *paguéveres*.

Después de haber festejado seis o siete días a nuestros indios a bordo, de recibir a muchos otros que iban y venían con sus mujeres y sus hijos, y de ser visitados por Lacenta durante quince días o tres semanas, nos despedimos de todos los indios, excepto de dos o tres que quisieron acompañarnos hasta entrar en alta mar. y seguimos con la tartana hacia las islas Samballas, que están más al este, de donde volteamos hacia la costa de Cartagena.

.....

Paso a la descripción del Istmo del Darién, objeto principal que me he propuesto al publicar esta relación.

## FIN DEL CAPITULO I

*(Continúa en el próximo número)*